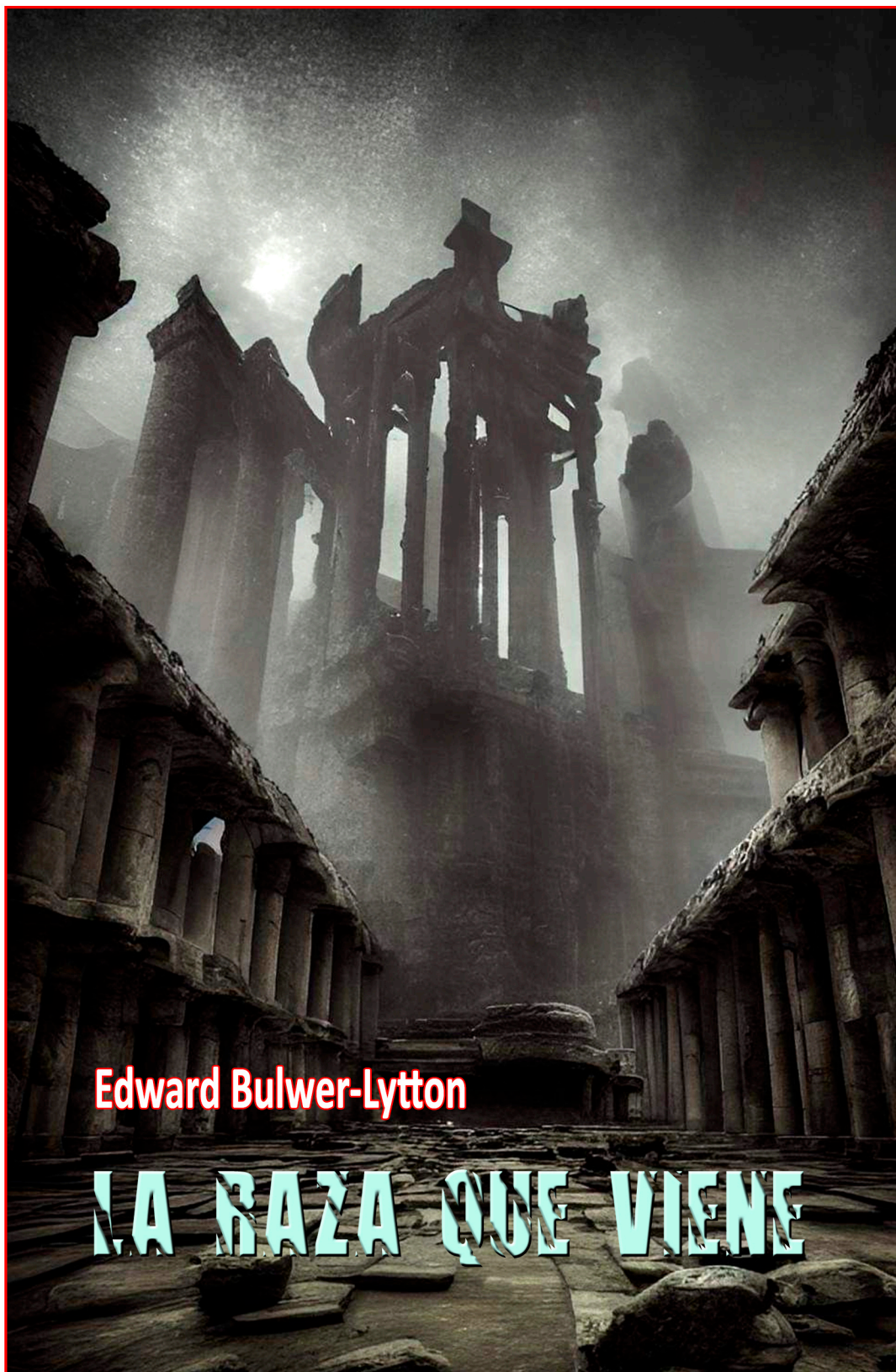




Edward Bulwer-Lytton

LA RAZA QUE VIENE

The Coming Race [La raza que vendrá], es una novela de Edward Bulwer-Lytton, publicada inicialmente de forma anónima en 1871 en la que dibuja una civilización subterránea.

Los Vril-ya han dado forma a una sociedad en la que no existe la pobreza, las rivalidades ni los comportamientos extremos. Cada cual vive según sus inclinaciones y se han eliminado el crimen y los delitos, por lo que ejército y policía son innecesarios. Las escasas diferencias de carácter civil son resueltas por un Consejo de Sabios. Además, son capaces de comunicarse telepáticamente.

Sin embargo, el viajero descubre una terrible amenaza para los seres humanos de la superficie: si en el futuro esta raza sale de las profundidades y se encuentra con el Homo sapiens no dudará en eliminarlo, así como a su civilización.

The Coming Race



Edward Bulwer-Lytton

Edward Bulwer-Lytton

LA RAZA VENIDERA

Publicada inicialmente de forma anónima en 1871 con el título de *The Coming Race* [La raza venidera].

Digitalizado por Internet Archive en 2017

<https://archive.org/details/comingrace00lytt>

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

La raza que vendrá, de Bulwer–Lytton. Ben Beck

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Acerca del autor

A Max Muller

en homenaje de respeto y admiración.

LA RAZA QUE VENDRÁ, DE EDWARD BULWER-LYTTON

Ben Beck

William Godwin influyó en la obra de Lytton, e incluso le escribió expresando su admiración por el primer trabajo de éste, *Paul Clifford*.

Goodwin llegó incluso a apoyar a Lytton cuando éste se presentó al parlamento.

Sin embargo, George Woodcock señala que si bien Lytton admiraba profundamente a Godwin como filósofo, se sentía más atraído por él como novelista.

La obra por la que Lytton es principalmente reconocido en los círculos de la ciencia ficción es “The coming race” [La raza que llega]. Se trata de una utopía subterránea donde las

relaciones sociales se han modificado desde el descubrimiento del “Vril”, una fuente casi mágica de energía ilimitada disponible por todos los individuos.

“El poder político queda así inoperante: El hombre estaba tan completamente a merced del hombre, pudiendo cualquiera con quien se encontrarse, si así lo deseara matarlo al instante, que toda noción de gobierno por la fuerza desapareció gradualmente de los sistemas políticos y las formas de derecho”.

M^a Luisa Berneri detectó la influencia de Godwindn en el modelo de sociedad sin Estado de Lytton.

Ángel Cappelletti también insinúa cierta influencia de Proudhon. Pero sin admitir una influencia directa, quizás la sugerencia de Woodcock sea la más acertada: que la utopía de Litton es similar a la de los egoístas stirnerianos.

Reseñado en AnarchySf:

<https://www.anarchysf.com/>

LA RAZA QUE VIENE

CAPÍTULO I

Soy nativo de ———, de los Estados Unidos de América. Mis antepasados emigraron de Inglaterra durante el reinado de Carlos II; y mi abuelo tuvo una destacada participación en la Guerra de Independencia. Por lo tanto, mi familia gozaba de una posición social relativamente alta por derecho de nacimiento; y, al ser también opulenta, se les consideraba inhabilitados para el servicio público. Mi padre se postuló una vez para el Congreso, pero fue derrotado rotundamente por su sastre. Después de ese suceso, se involucró poco en la política y dedicó gran parte de su tiempo a la lectura. Yo era el mayor de tres hermanos y, a los dieciséis años, me enviaron a mi país natal, en parte para completar mi formación literaria y en parte para comenzar mi formación en una empresa de comercio en Liverpool. Mi padre falleció poco después de que yo cumpliera veintiún años; y, al quedar bien económicamente y tener afición por los viajes y la aventura, renuncié, por un tiempo, a la búsqueda del dinero y me convertí en un vagabundo errante por el mundo.

En el año 18__, estando casualmente en ____, fui invitado por un ingeniero profesional, con quien había entablado amistad, a visitar las profundidades de la mina ____, en la que trabajaba.

El lector comprenderá, antes de concluir esta narración, mi razón para ocultar toda pista sobre el distrito del que escribo, y tal vez me agradezca que me haya abstenido de cualquier descripción que pueda contribuir a su descubrimiento.

Permítanme decir, pues, lo más brevemente posible, que acompañé al ingeniero al interior de la mina y quedé tan extrañamente fascinado por sus sombrías maravillas, y tan interesado en las exploraciones de mi amigo, que prolongué mi estancia en la zona y descendí diariamente, durante algunas semanas, a las bóvedas y galerías excavadas por la naturaleza y el arte bajo la superficie de la tierra. El ingeniero estaba convencido de que se encontrarían depósitos de riqueza mineral mucho más ricos de los que se habían detectado hasta entonces, en un nuevo pozo que se había iniciado bajo su dirección. Al perforar este pozo, un día nos topamos con un abismo irregular y aparentemente carbonizado en los laterales, como si hubiera sido abierto en algún tiempo remoto por fuegos volcánicos. Mi amigo se hizo bajar por este abismo en una "*jaula*", después de comprobar primero la atmósfera con la lámpara de seguridad. Permaneció casi una hora en el abismo. Cuando regresó, estaba muy pálido y con una expresión ansiosa y

pensativa en el rostro, muy diferente de su carácter habitual, que era abierto, alegre e intrépido.

Comentó brevemente que el descenso le parecía peligroso y que no conduciría a ningún resultado; y, suspendiendo las operaciones en el pozo, regresamos a las zonas más conocidas de la mina.

Durante el resto del día, el ingeniero pareció absorto en algún pensamiento. Estaba inusualmente taciturno, y en sus ojos se reflejaba una mirada asustada y desconcertada, como la de un hombre que ha visto un fantasma. Por la noche, mientras estábamos sentados solos en la cabaña que compartíamos cerca de la entrada de la mina, le dije:

«Dime con franqueza qué viste en ese abismo: estoy seguro de que fue algo extraño y terrible. Sea lo que sea, te ha dejado con la mente llena de dudas. En estos casos, dos cabezas piensan mejor que una. Confía en mí.»

El ingeniero intentó durante mucho tiempo eludir mis preguntas; pero mientras hablaba, inconscientemente bebió de la petaca hasta un punto al que no estaba acostumbrado, pues era un hombre muy sobrio, y su reserva se fue desvaneciendo poco a poco. Quien quiera mantenerse al margen debería imitar a los animales y beber agua. Por fin dijo: Te lo contaré todo. Cuando la jaula se detuvo, me encontré en una cresta rocosa; y debajo de mí, el abismo, tomando una dirección oblicua, descendía a una

profundidad considerable, cuya oscuridad mi lámpara no podría haber penetrado. Pero a través de él, para mi infinita sorpresa, fluía hacia arriba una luz brillante y constante. ¿Podría ser algún fuego volcánico? En ese caso, seguramente habría sentido el calor. Aun así, si había alguna duda al respecto, era de suma importancia para nuestra seguridad común aclararla. Examiné los lados del descenso y descubrí que podía aventurarme a confiar en las proyecciones o repisas irregulares, al menos durante un tramo. Salí de la jaula y descendí. A medida que me acercaba más y más a la luz, el abismo se hacía más ancho, y por fin vi, para mi indescriptible asombro, un amplio camino nivelado en el fondo del abismo, iluminado hasta donde alcanzaba la vista por lo que parecían lámparas de gas artificiales colocadas a intervalos regulares; intervalos, como en la avenida principal de una gran ciudad; y oí a lo lejos, confusamente, un murmullo como de voces humanas. Sé, por supuesto, que ningún minero rival trabaja en este distrito. ¿De quién serían esas voces? ¿Qué manos humanas podrían haber nivelado ese camino y colocado esas farolas?

La creencia supersticiosa, común entre los mineros, de que gnomos o demonios habitan en las entrañas de la tierra, comenzó a apoderarse de mí. Me estremecí al pensar en descender más y enfrentarme a los habitantes de este valle subterráneo. Y, de hecho, no habría podido hacerlo sin cuerdas, ya que desde el punto al que había llegado hasta el fondo del abismo, las paredes de roca descendían

abruptamente, lisas y verticales. Regresé sobre mis pasos con cierta dificultad. Ahora ya te he contado todo.

“¿Volverás a descender?”

“Debería, pero siento como si no me atreviera”.

“Un compañero de confianza reduce a la mitad el camino y duplica el valor. Iré contigo. Nos aseguraremos de llevar cuerdas de la longitud y resistencia adecuadas; y, perdóname, no debes beber más esta noche. Mañana debemos tener las manos y los pies firmes y seguros”.

CAPÍTULO II

Con la llegada de la mañana, los nervios de mi amigo se tranquilizaron y su curiosidad no disminuyó, al igual que la mía. Quizás incluso más; pues evidentemente creía en su propia historia, y yo tenía serias dudas al respecto: no porque creyera que hubiera mentido deliberadamente, sino porque pensaba que debía de estar bajo una de esas alucinaciones que se apoderan de nuestra imaginación o nuestros nervios en lugares solitarios e inusuales, y en las que damos forma a lo informe y sonido a lo mudo.

Seleccionamos a seis mineros veteranos para que observaran nuestro descenso; y como la jaula solo tenía capacidad para una persona a la vez, el ingeniero descendió primero; y cuando llegó a la cornisa donde se había detenido el día anterior, la jaula volvió a subir para mí. Pronto me puse a su lado. Nos habíamos provisto de una cuerda resistente.

La luz me impactó como el día anterior a mi amigo. El hueco por donde entraba tenía una pendiente diagonal: me pareció una luz atmosférica difusa, no como la del fuego, sino suave y plateada, como la de una estrella polar. Saliendo de la jaula, descendimos, uno tras otro, con bastante facilidad, gracias a los salientes laterales, hasta llegar al lugar donde mi amigo se había detenido anteriormente, una proyección lo suficientemente amplia como para que pudiéramos estar uno al lado del otro. Desde allí, el abismo se ensanchaba rápidamente como el extremo inferior de un enorme embudo, y vi con claridad el valle, el camino, las farolas que mi compañero había descrito. No había exagerado nada. Oí los sonidos que él había oído: un zumbido indescriptible mezclado, como de voces, y unos pasos sordos, como de pies. Aguzando la vista aún más, distinguí claramente a lo lejos el contorno de un gran edificio. No podía ser simple roca natural; era demasiado simétrica, con enormes y pesadas columnas de estilo egipcio, e iluminado desde dentro. Llevaba conmigo un pequeño telescopio de bolsillo, y con él pude distinguir, cerca del edificio que menciono, dos figuras que parecían humanas, aunque no podía asegurarlo. Al menos estaban vivas, pues se movían, y ambas desaparecieron dentro. Procedimos entonces a sujetar el extremo de la cuerda que habíamos traído a la cornisa donde nos encontrábamos, con la ayuda de abrazaderas y garfios, con los que contábamos, así como con las herramientas necesarias.

Estábamos casi en silencio en nuestro trabajo. Nos afanábamos como hombres que temían hablarse. Un extremo de la cuerda, aparentemente bien sujeto a la cornisa, el otro, al que atamos un fragmento de roca, descansaba en el suelo, a unos cincuenta pies de distancia. Yo era más joven y activo que mi compañero, y habiendo servido a bordo de un barco en mi juventud, este modo de descenso me resultaba más familiar que a él. En un susurro, reclamé la prioridad, para que, al llegar a tierra firme, pudiera sujetar la cuerda con más firmeza para su descenso. Llegué sano y salvo al suelo, y el ingeniero comenzó a bajar. Pero apenas había descendido diez pies cuando las sujeciones, que creíamos tan seguras, cedieron, o más bien la roca misma resultó ser traicionera y se desmoronó bajo la tensión; y el desdichado hombre se precipitó al fondo, cayendo justo a mis pies y arrastrándolo consigo, caían fragmentos de roca, uno de los cuales, afortunadamente pequeño, me golpeó y me aturdió por un momento. Cuando recuperé la consciencia, vi a mi compañero una masa inanimada a mi lado, la vida completamente extinta. Mientras me inclinaba sobre su cadáver con dolor y horror, oí cerca un sonido extraño entre un resoplido y un silbido; y volviéndome instintivamente hacia donde provenía, vi emerger de una oscura fisura en la roca una cabeza enorme y terrible, con las fauces abiertas y ojos apagados, espantosos y hambrientos: la cabeza de un reptil monstruoso parecido al del cocodrilo o al caimán, pero infinitamente más grande que la criatura más grande de esa

especie que jamás había visto en mis viajes. Me puse de pie de un salto y huí valle abajo a toda velocidad. Finalmente me detuve, avergonzado de mi pánico y mi huida, y regresé al lugar donde había dejado el cuerpo de mi amigo. Había desaparecido; sin duda el monstruo ya lo había arrastrado a su guarida y lo había devorado. La cuerda y los garfios seguían donde habían caído, pero no me daban ninguna posibilidad de regresar: era imposible volver a sujetarlos a la roca de arriba, y las paredes de la roca eran demasiado escarpadas y lisas para que los pies humanos pudieran trepar. Estaba solo en este extraño mundo, en medio de las entrañas de la tierra.

CAPÍTULO III

Lenta y cautelosamente, avancé en solitario por el camino iluminado por farolas hacia el gran edificio que he descrito. El camino parecía un gran paso alpino, bordeando montañas rocosas, entre las que se encontraba aquella por cuyos abismos había descendido. Abajo, a la izquierda, se extendía un vasto valle que, ante mi asombrada mirada, mostraba inconfundibles vestigios de arte y cultura. Había campos cubiertos de una vegetación extraña, distinta a cualquier otra que hubiera visto en la tierra; su color no era verde, sino más bien de un tono plomizo apagado o de un rojo dorado.

Había lagos y riachuelos que parecían haber sido curvados para formar orillas artificiales; algunos de agua pura, otros que brillaban como charcos de nafta. A mi derecha, barrancos y desfiladeros se abrían entre las rocas, con pasos intermedios, evidentemente contruidos por el arte, y

bordeados por árboles que se asemejaban, en su mayoría, a helechos gigantes, con exquisitas variedades de follaje plumoso y tallos como los de la palmera. Otros eran más parecidos a la caña de azúcar, pero más altos, con grandes racimos de flores. Otros, en cambio, tenían la forma de enormes hongos, con tallos cortos y gruesos que sostenían un amplio techo abovedado, del que se elevaban o colgaban largas y delgadas ramas. Todo el paisaje detrás, delante y a mi lado, hasta donde alcanzaba la vista, resplandecía con innumerables farolas. El mundo sin sol era brillante y cálido como un paisaje italiano al mediodía, pero el aire era menos opresivo, el calor más suave. El paisaje ante mí tampoco estaba exento de señales de presencia humana. A lo lejos, ya fuera en las orillas de lagos o riachuelos, o a media altura en las elevaciones, entre la vegetación, podía distinguir edificios que sin duda eran hogares humanos. Incluso podía divisar, aunque a lo lejos, formas que me parecieron humanas moviéndose entre el paisaje. Al detenerme a contemplar, vi a la derecha, deslizándose velozmente por el aire, lo que parecía una pequeña barca, impulsada por velas con forma de alas. Pronto desapareció de mi vista, descendiendo entre las sombras de un bosque. Justo encima de mí no había cielo, solo un techo cavernoso. Este techo se elevaba cada vez más a medida que se alejaba el paisaje, hasta volverse imperceptible, mientras una bruma se formaba debajo.

Continuando mi paseo, me encontré, desde un arbusto que parecía una gran maraña de algas, intercalada con

arbustos parecidos a helechos y plantas de hojas grandes con forma de aloe o chumbera, con un animal curioso del tamaño y la forma de un ciervo. Pero cuando, tras alejarse unos pasos, se giró y me miró con curiosidad, me di cuenta de que no se parecía a ninguna especie de ciervo que exista actualmente sobre la tierra, sino que me trajo a la memoria al instante una réplica de yeso que había visto en algún museo de una variedad de ciervo macho, que se decía que existía antes del Diluvio. La criatura parecía bastante dócil y, tras observarme un momento, comenzó a pastar tranquilamente la escasa vegetación que la rodeaba.

CAPÍTULO IV

Ahora pude divisar el edificio por completo; sí, había sido construido a mano y excavado parcialmente en una gran roca. A primera vista, habría supuesto que pertenecía a la forma más primitiva de la arquitectura egipcia. Estaba flanqueado por enormes columnas que se estrechaban hacia arriba desde macizos pedestales, y con capiteles que, al acercarme, percibí como más ornamentales y de una gracia más fantástica de lo que permite la arquitectura egipcia. Así como el capitel corintio imita la hoja del acanto, los capiteles de estas columnas imitaban el follaje de la vegetación circundante, algunos parecidos al aloe, otros al helecho. Y entonces surgió de este edificio una figura... humana; ¿era humana? Se detuvo en la amplia avenida, miró a su alrededor, me observó y se acercó. Llegó a pocos metros de mí, y ante su visión y presencia me invadió un asombro y un temblor indescriptibles, que me clavarón los pies en el suelo.

Me recordó a las imágenes simbólicas del Genio o del Demonio que se ven en los vasos etruscos o dibujadas en las paredes de los sepulcros orientales; imágenes que toman prestadas las siluetas humanas, pero que pertenecen a otra raza. Era alto, no gigantesco, pero alto como los hombres más altos, solo superado en estatura por la de los gigantes.

Su vestimenta principal me pareció estar compuesta de grandes alas plegadas sobre su pecho y que le llegaban hasta las rodillas; el resto de su atuendo consistía en una túnica interior y polainas de algún material fibroso y delgado.

Llevaba en la cabeza una especie de tiara que brillaba con joyas, y portaba en su mano derecha un bastón delgado de metal brillante como acero pulido. ¡Pero el rostro! Eso fue lo que inspiró mi asombro y mi terror. Era el rostro de un hombre, pero de un tipo de hombre distinto de nuestras razas existentes conocidas. Lo más parecido en contorno y expresión es el rostro de la esfinge esculpida, tan regular en su belleza serena, intelectual y misteriosa.

Su color era peculiar, más parecido al del hombre rojo que a cualquier otra variedad de nuestra especie, y sin embargo diferente de él: un tono más rico y suave, con grandes ojos negros, profundos y brillantes, y cejas arqueadas como un semicírculo.

El rostro no tenía barba; pero algo indefinible en su semblante, aunque sereno en su expresión y bellos en sus

rasgos, despertó en mí ese instinto de peligro que despierta la visión de un tigre o una serpiente. Sentí que aquella imagen humana estaba dotada de fuerzas hostiles al hombre. Al acercarse, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Caí de rodillas y me cubrí el rostro con las manos.

CAPÍTULO V

Una voz me abordó —una voz muy suave y muy musical— en un idioma del que no entendía ni una palabra, pero sirvió para disipar mi miedo. Descubrí mi rostro y levanté la vista. El desconocido (apenas podía llamarlo hombre) me observó con una mirada que parecía leer hasta lo más profundo de mi corazón. Luego colocó su mano izquierda sobre mi frente y, con el bastón que sostenía en la derecha, tocó suavemente mi hombro. El efecto de este doble contacto fue mágico. En lugar de mi terror anterior, me invadió una sensación de satisfacción, de alegría, de confianza en mí mismo y en el ser que tenía delante. Me levanté y hablé en mi propio idioma. Me escuchó con aparente atención, pero con una ligera sorpresa en su mirada; y negó con la cabeza, como para indicar que no me entendía. Luego me tomó de la mano y me condujo en silencio al edificio. La entrada estaba abierta; de hecho, no tenía puerta. Entramos en un

inmenso salón, iluminado por el mismo tipo de resplandor que la escena exterior, pero que desprendía un aroma fragante. El suelo estaba cubierto de grandes bloques teselados de metales preciosos, parcialmente cubierto por una especie de alfombra. Una melodía suave, que se extendía por encima y alrededor, ondulaba como si proviniera de instrumentos invisibles, pareciendo pertenecer naturalmente al lugar, del mismo modo que el murmullo del agua pertenece a un paisaje rocoso, o el trino de los pájaros a las arboledas primaverales.

Una figura, vestida con ropas más sencillas que las de mi guía, pero de aspecto similar, permanecía inmóvil cerca del umbral. Mi guía la tocó dos veces con su bastón, y la figura se puso en movimiento rápido y deslizante, rozando el suelo sin hacer ruido. Al observarla, comprendí que no era un ser vivo, sino un autómatas mecánico. Unos dos minutos después de que desapareciera por una abertura sin puerta, parcialmente oculta por cortinas al otro extremo del pasillo, apareció por la misma abertura un niño de unos doce años, con rasgos muy parecidos a los de mi guía, de modo que me parecieron padre e hijo. Al verme, el niño lanzó un grito y alzó un bastón como el que portaba mi guía, como amenazante. Ante una orden del mayor, lo soltó. Los dos conversaron durante unos instantes, observándose mientras hablaban. El niño tocó mi ropa y acarició mi rostro con evidente curiosidad, emitiendo un sonido parecido a una risa, pero con una hilaridad más contenida que la alegría de

nuestra risa. Enseguida se abrió el techo del salón y descendió una plataforma, aparentemente construida según el mismo principio que los ascensores que se utilizan en hoteles y almacenes para subir de una planta a otra.

El desconocido se colocó junto al niño en la plataforma y me indicó que hiciera lo mismo, cosa que hice. Ascendimos rápida y seguramente, y descendimos en medio de un pasillo con puertas a ambos lados.

A través de una de estas puertas, me condujeron a una cámara decorada con un esplendor oriental; las paredes estaban revestidas de listones, metales y joyas sin tallar; abundaban los cojines y los divanes; en la cámara había aberturas, como ventanas pero sin cristal, que daban al suelo; y al pasar, observé que estas aberturas conducían a amplios balcones y ofrecían vistas del paisaje iluminado del exterior. En jaulas suspendidas del techo había pájaros de extraña forma y brillante plumaje, que a nuestra entrada entonaron un coro de cantos, modulados en una melodía similar a la de nuestros jilgueros. Una deliciosa fragancia, procedente de incensarios de oro finamente esculpidos, llenaba el aire. Varios autómatas, como el que había visto, permanecían inmóviles junto a las paredes. El desconocido me sentó a su lado en un diván, y de nuevo me habló, y yo volví a hablar, pero sin el menor avance hacia la comprensión mutua.

Pero ahora comencé a sentir los efectos del golpe que recibí por las astillas de la roca que caía con mayor intensidad que al principio.

Me invadió una sensación de debilidad, acompañada de dolores agudos y punzantes en la cabeza y el cuello. Me dejé caer en el asiento y traté en vano de reprimir un gemido. En ese momento, el niño, que hasta entonces parecía mirarme con desconfianza o aversión, se arrodilló a mi lado para sostenerme; tomó una de mis manos entre las suyas y acercó sus labios a mi frente, exhalando suavemente sobre ella. En unos instantes, el dolor cesó; una calma soñolienta y placentera me invadió. Me quedé dormido.

Desconozco cuánto tiempo permanecí en ese estado, pero al despertar me sentí completamente recuperado. Abrí los ojos y vi un grupo de figuras silenciosas, sentadas a mi alrededor con la gravedad y la quietud propias de los orientales; todas más o menos como el primer extraño: las mismas alas que cubrían el cuerpo, la misma vestimenta, los mismos rostros esfinges, con los ojos oscuros y profundos y el color rojo del hombre; sobre todo, el mismo tipo de raza, una raza similar a la humana, pero de forma infinitamente más fuerte y de aspecto más grandioso, e inspirando la misma inefable sensación de pavor. Sin embargo, cada rostro era apacible y tranquilo, e incluso amable en su expresión. Y, curiosamente, me pareció que en esa misma calma y benevolencia residía el secreto del pavor que inspiraban. Parecían tan desprovistos de las líneas y sombras

que la preocupación, el dolor, la pasión y el pecado dejan en los rostros de los hombres, como los rostros de los dioses esculpidos, o como, a los ojos de los dolientes cristianos, las frentes serenas de los muertos.

Sentí una mano cálida en mi hombro; era la del niño. En sus ojos había una especie de compasión y ternura elevadas, como la que podemos sentir al contemplar a un pájaro o una mariposa que sufre. Me estremecí ante ese contacto, me estremecí ante esa mirada. Me invadió la vaga sensación de que, si hubiera querido, aquel niño podría haberme matado con la misma facilidad con que un hombre mata a un pájaro o una mariposa. Al niño pareció dolerle mi repugnancia, me abandonó y se colocó junto a una de las ventanas. Los demás continuaron conversando en voz baja, y por sus miradas hacia mí pude percibir que yo era el objeto de su conversación. Uno en particular parecía estar sugiriendo algo que me afectaba sobre el ser que había conocido primero, y este último, por su gesto, parecía a punto de asentir, cuando de repente el niño abandonó su puesto junto a la ventana, se interpuso entre las otras figuras y yo, como para protegerme, y habló rápida y vehementemente. Por alguna intuición o instinto sentí que el niño al que antes tanto temía estaba intercediendo por mí. Antes de que terminara, otro extraño entró en la habitación. Parecía mayor que los demás, aunque no viejo; su semblante, menos sereno que el de ellos, aunque igualmente regular en sus rasgos, me pareció tener más el toque de una humanidad

afín a la mía. Escuchó en silencio las palabras que le dirigieron, primero mi guía, luego otros dos del grupo, y por último el niño; luego se volvió hacia mí y me habló, no con palabras, sino con signos y gestos. Creí entenderlos perfectamente, y no me equivoqué. Comprendí que me preguntaba de dónde venía. Extendí el brazo y señalé el camino que me había llevado desde el abismo en la roca; entonces me asaltó una idea. Saqué mi libreta y dibujé en una de sus hojas en blanco un boceto del saliente de la roca, la cuerda, yo aferrado a ella; Luego, de la roca cavernosa que había debajo, la cabeza del reptil, la forma inerte de mi amigo. Le di este jeroglífico primitivo a mi interrogador, quien, tras examinarlo con seriedad, se lo entregó a su vecino, y así circuló entre el grupo. El ser con el que me había encontrado al principio pronunció unas palabras, y el niño, que se acercó y miró mi dibujo, asintió como si comprendiera su significado y, volviendo a la ventana, extendió las alas unidas a su cuerpo, las agitó una o dos veces y luego se lanzó al espacio exterior.

Me levanté de un salto, asombrado, y me apresuré hacia la ventana. El niño ya estaba en el aire, sostenido por sus alas, que no batía como un pájaro, sino que se elevaban sobre su cabeza y parecían llevarlo con firmeza y sin esfuerzo alguno. Su vuelo parecía tan veloz como el de un águila; y observé que se dirigía hacia la roca de la que yo había descendido, cuyo contorno se vislumbraba en la brillante atmósfera. En pocos minutos regresó, deslizándose por la abertura por la

que había salido, y dejando caer al suelo la cuerda y los garfios que había dejado al descender del abismo. Unos cuantos diálogos en voz baja se intercambiaron entre los presentes: uno de ellos tocó un autómata, que avanzó y salió de la habitación deslizándose; entonces el último en llegar, que me había dirigido con gestos, se levantó, me tomó de la mano y me condujo al pasillo. Allí nos esperaba la plataforma por la que había subido; nos colocamos sobre ella y descendimos al vestíbulo. Mi nuevo compañero, aún sujetándome de la mano, me condujo desde el edificio hasta una calle (por así decirlo) que se extendía más allá, con edificios a ambos lados, separados entre sí por jardines rebosantes de vegetación de colores intensos y flores singulares. Entre estos jardines, divididos entre sí por muros bajos, o caminando lentamente por la calle, se veían muchas figuras similares a las que ya había visto. Algunos transeúntes, al observarme, se acercaron a mi guía, evidentemente por su tono, mirada y gestos, que le hacían preguntas sobre mí. En pocos instantes, una multitud se congregó a nuestro alrededor, examinándome con gran interés, como si fuera un exótico animal salvaje. Sin embargo, incluso al satisfacer su curiosidad, mantuvieron una actitud seria y cortés; y tras unas palabras de mi guía, quien pareció lamentar la obstrucción en nuestro camino, retrocedieron con una majestuosa inclinación de cabeza y reanudaron su camino con tranquila indiferencia. A mitad de camino, nos detuvimos ante un edificio que se diferenciaba de los que habíamos visto hasta entonces, pues formaba tres

lados de un vasto patio, en cuyos ángulos se alzaban altas torres piramidales. En el espacio abierto entre los lados había una fuente circular de dimensiones colosales, que arrojaba un deslumbrante chorro de lo que me pareció fuego. Entramos al edificio por una puerta abierta y accedimos a un enorme salón, donde había varios grupos de niños, todos aparentemente trabajando como en una gran fábrica. En la pared había una enorme máquina en pleno funcionamiento, con ruedas y cilindros, parecida a nuestras máquinas de vapor, salvo que estaba ricamente ornamentada con piedras y metales preciosos, y parecía emitir una tenue atmósfera fosforescente de luz cambiante. Muchos de los niños estaban ocupados en algún misterioso trabajo con esta maquinaria, otros estaban sentados a las mesas. No me permitieron detenerme el tiempo suficiente para indagar en la naturaleza de su trabajo. No se oyó ni una sola voz joven, ni un solo rostro joven se volvió para mirarnos. Todos permanecían inmóviles e indiferentes, como fantasmas, por entre los cuales pasaban desapercibidas las formas de los vivos.

Al salir de esta sala, mi guía me condujo a través de una galería ricamente pintada en compartimentos, con una mezcla bárbara de oro en los colores, como cuadros de Louis Cranach. Los temas descritos en estas paredes parecían, a mi parecer, ilustrar acontecimientos de la historia de la raza en la que me encontraba. En todas había figuras, la mayoría parecidas a las criaturas antropomórficas que había visto,

pero no todas vestidas de la misma manera, ni todas con alas. También había efigies de diversos animales y aves completamente desconocidas para mí, con fondos que representaban paisajes o edificios. Hasta donde me permitía mi conocimiento imperfecto del arte pictórico, estas pinturas parecían muy precisas en su diseño y muy ricas en colorido, mostrando un perfecto dominio de la perspectiva, pero sus detalles no estaban dispuestos según las reglas de composición reconocidas por nuestros artistas; carecían, por así decirlo, de un centro; de modo que el efecto era vago, disperso, confuso, desconcertante; eran como fragmentos heterogéneos de un sueño artístico.

Entramos entonces en una habitación de tamaño moderado, donde se encontraba reunida la que después supe que era la familia de mi guía, sentada a una mesa puesta como para una comida. Las figuras allí reunidas eran la esposa de mi guía, su hija y sus dos hijos. Reconocí de inmediato la diferencia entre ambos sexos, aunque las dos mujeres eran de mayor estatura y proporciones más robustas que los hombres; y sus rostros, si bien aún más simétricos en contorno, carecían de la dulzura y timidez que dan encanto al rostro de la mujer tal como se ve en la tierra. La esposa no llevaba alas, la hija llevaba alas más largas que las de los hombres.

Mi guía pronunció unas palabras, tras las cuales todos los presentes se pusieron de pie y, con esa peculiar dulzura en la mirada y en los modales que ya he notado, y que, en

verdad, es el rasgo común de esta formidable raza, me saludaron según su costumbre, que consiste en colocar la mano derecha muy suavemente sobre la cabeza y pronunciar un suave monosílabo sibilante: «Si», equivalente a un «Bienvenido».

La dueña de la casa me sentó a su lado y colocó delante de mí una bandeja dorada llena de una de las fuentes.

Mientras comía (y aunque los manjares eran nuevos para mí, me maravilló más su delicadeza que la extrañeza de su sabor), mis compañeros conversaban en voz baja y, por lo que pude percibir, evitaban cortésmente cualquier referencia directa a mí o cualquier escrutinio indiscreto de mi apariencia. Sin embargo, yo era la primera criatura de esa variedad de la raza humana a la que pertenezco que habían visto y, por consiguiente, me consideraban un fenómeno de lo más curioso y anormal. Pero toda grosería es desconocida para este pueblo, y al niño más pequeño se le enseña a despreciar cualquier demostración vehemente de emoción. Cuando terminó la comida, mi guía me tomó de nuevo de la mano y, al entrar de nuevo en la galería, tocó una placa metálica con inscripciones de extrañas figuras, que acertadamente supuse que era del tipo de nuestros telégrafos. Una plataforma descendía, pero esta vez ascendimos a una altura mucho mayor que en el edificio anterior, y nos encontramos en una habitación de dimensiones moderadas, y que en su carácter general tenía mucho que podría resultar familiar para las asociaciones de

un visitante del mundo superior. Había estantes en la pared que contenían lo que parecían ser libros, y de hecho lo eran; la mayoría muy pequeños, como nuestros duodécimos de diamante, con forma de nuestros volúmenes y encuadernados en finas láminas de metal. Había varias piezas de mecanismos de aspecto curioso esparcidas por ahí, aparentemente maquetas, como las que se podrían ver en el estudio de cualquier mecánico profesional. Cuatro autómatas (dispositivos mecánicos que, para esta gente, cumplen con los propósitos habituales del servicio doméstico) se erguían como fantasmas en cada ángulo de la pared. En un hueco había un diván bajo, o cama con almohadas. Una ventana, con cortinas de algún material fibroso corridas, se abría a un gran balcón. Mi anfitrión salió al balcón; yo lo seguí. Estábamos en el piso más alto de una de las pirámides angulares; la vista que se extendía más allá era de una belleza salvaje y solemne imposible de describir: las vastas cordilleras de roca escarpada que formaban el fondo distante, los valles intermedios de mística vegetación multicolor, el destello de las aguas, muchas de ellas como arroyos de llama rosada, el sereno brillo que se difundía por todo gracias a miríadas de lámparas, todo ello combinado para formar un conjunto que ninguna palabra mía puede describir adecuadamente; tan espléndido era, y sin embargo tan sombrío; tan hermoso, y sin embargo tan imponente.

Pero mi atención pronto se desvió de estos paisajes infernales. De repente surgió, como de las calles de abajo,

una explosión de música alegre; luego una forma alada se elevó en el espacio; otra, como persiguiendo a la primera, otra y otra; otras tras otras, hasta que la multitud se hizo densa y el número incontable. ¡Pero cómo describir la fantástica gracia de estas formas en sus movimientos ondulantes! Parecían estar inmersas en algún juego o diversión; ahora formando escuadrones opuestos; ahora dispersándose; ahora cada grupo entrelazándose con el otro, elevándose, descendiendo, entrelazándose, separándose; todo en un tiempo medido al ritmo de la música de abajo, como en la danza de la legendaria Peri.

Dirigí mi mirada hacia mi anfitrión con asombro febril. Me atreví a posar mi mano sobre las grandes alas que yacían plegadas sobre su pecho, y al hacerlo sentí una leve descarga eléctrica. Retrocedí asustado; mi anfitrión sonrió y, como para satisfacer mi curiosidad, extendió lentamente sus alas. Observé que su vestimenta se dilató como una vejiga que se llena de aire. Los brazos parecieron deslizarse dentro de las alas, y en un instante se lanzó a la atmósfera luminosa, donde se mantuvo suspendido, inmóvil, con las alas extendidas, como un águila que se deleita al sol. Luego, con la rapidez de un águila que se abalanza, descendió en picado hacia el centro de uno de los grupos, rozando la multitud, y con la misma rapidez volvió a elevarse. Entonces, tres figuras, en una de las cuales creí reconocer a la hija de mi anfitrión, se separaron del resto y lo siguieron como un pájaro sigue a otro. Mis ojos, deslumbrados por las luces y

desconcertados por la multitud, dejaron de distinguir los giros y las evoluciones de estos compañeros de juego alados, hasta que, de repente, mi anfitrión reapareció entre la multitud y se posó a mi lado.

La extrañeza de todo lo que había visto comenzó a operar rápidamente en mis sentidos; mi mente misma comenzó a divagar. Aunque no inclinado a ser supersticioso, ni creyendo hasta entonces que el hombre pudiera ser puesto en comunicación corporal con demonios, sentí el terror y la excitación salvaje con la que, en la época gótica, un viajero podría haberse convencido de que presenciaba un *aquelarre* de demonios y brujas. Tengo un vago recuerdo de haber intentado con vehementes gestos, formas de exorcismo y fuertes palabras incoherentes, repeler a mi cortés e indulgente anfitrión; de sus suaves esfuerzos por calmarme y tranquilizarme; de su inteligente conjetura de que mi miedo y desconcierto fueron ocasionados por la diferencia de forma y movimiento entre nosotros que las alas que habían despertado mi asombrada curiosidad habían, en ejercicio, hecho aún más perceptible; de la suave sonrisa con la que había intentado disipar mi alarma dejando caer las alas al suelo y tratando de mostrarme que no eran más que un artilugio mecánico. Esa repentina transformación no hizo sino aumentar mi horror, y como el miedo extremo a menudo se manifiesta con una audacia extrema, me abalancé sobre su garganta como una bestia salvaje. En un instante caí al suelo como por una descarga eléctrica, y las

últimas imágenes confusas que flotaban ante mis ojos antes de quedar completamente inconsciente fueron la figura de mi anfitrión arrodillado a mi lado con una mano en mi frente, y el hermoso y sereno rostro de su hija, con ojos grandes, profundos e inescrutables fijos en los míos.

CAPÍTULO VI

Permanecí en ese estado de inconsciencia, como supe después, durante muchos días, incluso algunas semanas, según nuestros cálculos. Cuando recuperé la consciencia, me encontraba en una habitación extraña, mi anfitrión y toda su familia estaban reunidos a mi alrededor, y para mi total asombro, la hija de mi anfitrión se dirigió a mí en mi propio idioma con un ligero acento extranjero.

—¿Cómo te sientes? —preguntó ella.

Pasaron algunos momentos antes de que pudiera superar mi sorpresa lo suficiente como para balbucear: "¿Conoces mi idioma?". ¿Cómo? ¿Quién y qué eres?

Mi anfitrión sonrió e hizo un gesto a uno de sus hijos, quien tomó de una mesa varias láminas metálicas delgadas en las

que estaban calcados dibujos de diversas figuras: una casa, un árbol, un pájaro, un hombre, etc.

En estos diseños reconocí mi propio estilo de dibujo. Debajo de cada figura estaba escrito su nombre en mi idioma y con mi letra; y debajo, con otra letra, una palabra que me resultaba desconocida.

El anfitrión dijo: “Así comenzamos; y mi hija Zee, que pertenece al Colegio de Sabios, ha sido vuestra instructora y también la nuestra”.

Zee colocó entonces delante de mí otras láminas metálicas, en las que, con mi letra, estaban inscritas primero palabras y luego oraciones. Debajo de cada palabra y cada oración, extraños caracteres escritos por otra persona. Recuperé la compostura y comprendí que se había improvisado un diccionario rudimentario. ¿Lo habrían hecho mientras soñaba? «Ya basta», dijo Zee con tono autoritario. «Descansa y come».

CAPÍTULO VII

En este vasto edificio me asignaron una habitación individual. Estaba decorada con gusto y de forma fantástica, pero carecía del esplendor de la orfebrería o las gemas que se exhibían en las habitaciones más públicas. Las paredes estaban cubiertas con esteras multicolores hechas de tallos y fibras de plantas, y el suelo estaba alfombrado con el mismo material.

La cama no tenía cortinas, sus soportes de hierro descansaban sobre bolas de cristal; las sábanas, de una fina sustancia blanca parecida al algodón. Había varios estantes con libros. Un hueco con cortinas comunicaba con un aviario lleno de pájaros cantores, de los cuales no reconocí ninguno parecido a los que he visto en la tierra, excepto una hermosa especie de paloma, aunque esta se distinguía de nuestras palomas por una alta cresta de plumas azuladas. Todos estos

pájaros habían sido entrenados para cantar con melodías ingeniosas, y superaban con creces la habilidad de nuestros camachuelos¹, que rara vez logran más de dos melodías, y creo que no pueden cantarlas en conjunto. Uno podría haberse imaginado en una ópera al escuchar las voces en mi aviario. Había dúos y tríos, cuartetos y coros, todos dispuestos como en una sola pieza musical. ¿Acaso quería silenciar a los pájaros? Bastó con correr una cortina sobre el aviario para que su canto se apagara al quedar sumidos en la oscuridad. Otra abertura formaba una ventana, sin cristal, pero al accionar un resorte, una contraventana se elevaba desde el suelo. Estaba hecha de un material menos transparente que el cristal, pero lo suficientemente translúcido como para permitir una visión tenue del exterior. A esta ventana se adosaba un balcón, o más bien un jardín colgante, donde crecían numerosas plantas elegantes y flores brillantes. El apartamento y sus dependencias tenían, por lo tanto, un carácter que, si bien era peculiar en algunos detalles, resultaba familiar, en su conjunto, para las nociones modernas de lujo, y habría suscitado admiración si se encontrara en los aposentos de una duquesa inglesa o un escritor francés de moda. Antes de mi llegada, esta era la

1 Ave de pequeño tamaño (aprox. 15 cm) inconfundible debido al color de su plumaje. Dorso de color gris ceniza, boina de color oscuro en la cabeza que se proyecta hasta el pico, de color negro. Plumaje ventral, pecho, garganta y mejillas de color rojo. [N. T.]

habitación de Zee; ella, muy amablemente, me la había asignado.

Unas horas después de despertar, como describí en mi último capítulo, yacía solo en mi sofá, intentando ordenar mis pensamientos sobre la naturaleza y el tipo de gente entre la que me encontraba, cuando mi anfitrión y su hija Zee entraron en la habitación. Mi anfitrión, que aún hablaba mi lengua materna, me preguntó con mucha cortesía si me gustaría conversar o si prefería la soledad. Le respondí que me sentiría muy honrado y agradecido por la oportunidad de expresar mi gratitud por la hospitalidad y la cortesía recibidas en un país que me era desconocido, y de aprender lo suficiente sobre sus costumbres y modales para no ofender por ignorancia.

Mientras hablaba, me había levantado del sofá, por supuesto; pero Zee, para mi gran desconcierto, me ordenó bruscamente que volviera a acostarme, y había algo en su voz y en su mirada, por muy dulces que fueran, que me obligó a obedecer. Luego se sentó despreocupadamente a los pies de mi cama, mientras su padre tomaba asiento en un diván a pocos metros de distancia.

—¿Pero de qué parte del mundo venís —preguntó mi anfitrión—, para que os parezcamos tan extraños, y vosotros a nosotros? He visto ejemplares de casi todas las razas distintas a la nuestra, salvo los salvajes primigenios que habitan en los rincones más desolados y remotos de la

naturaleza inculta, ajenos a otra luz que la que obtienen de los fuegos volcánicos, y contentos con avanzar a tientas en la oscuridad, como hacen muchos animales que se arrastran, reptan e incluso vuelan. Pero desde luego, vosotros no podéis pertenecer a esas tribus bárbaras, ni tampoco, por otro lado, parecéis pertenecer a ningún pueblo civilizado.

Me molestó un poco esta última observación y respondí que tenía el honor de pertenecer a una de las naciones más civilizadas del mundo; y que, en lo que respecta a la luz, si bien admiraba el ingenio y la generosidad con que mi anfitrión y sus conciudadanos habían logrado iluminar las regiones no alcanzadas por los rayos del sol, no podía concebir cómo alguien que alguna vez hubiera contemplado los astros podía comparar su brillo con las luces artificiales inventadas por las necesidades del hombre. Pero mi anfitrión dijo que había visto ejemplares de la mayoría de las razas distintas a la suya, salvo los miserables bárbaros que había mencionado. Ahora bien, ¿era posible que nunca hubiera estado en la superficie de la tierra, o acaso se refería únicamente a comunidades enterradas en sus entrañas?

Mi anfitrión guardó silencio por unos instantes; su rostro reflejaba una sorpresa que la gente de esa raza rara vez manifiesta bajo ninguna circunstancia, por extraordinaria que sea. Pero Zee, más perspicaz, exclamó: «Así que, padre mío, ves que hay verdad en la antigua tradición; siempre hay verdad en toda tradición comúnmente aceptada en todos los tiempos y por todas las tribus».

—Zee —dijo mi anfitrión con suavidad—, perteneces al Colegio de Sabios y deberías ser más sabia que yo; pero, como jefe del *Consejo* Preservador de la Luz, es mi deber no dar nada por sentado hasta que se demuestre con la evidencia de mis propios sentidos. Luego, volviéndose hacia mí, me hizo varias preguntas sobre la superficie de la tierra y los cuerpos celestes; sobre las cuales, aunque le respondí lo mejor que pude, mis respuestas no parecieron satisfacerlo ni convencerlo. Negó con la cabeza en silencio y, cambiando de tema de manera bastante abrupta, me preguntó cómo había bajado de lo que él quería llamar un mundo al otro. Respondí que bajo la superficie de la tierra había minas que contenían minerales o metales, esenciales para nuestras necesidades y nuestro progreso en todas las artes e industrias. A continuación, expliqué brevemente cómo, mientras explorábamos una de esas minas, mi desafortunado amigo y yo habíamos vislumbrado las regiones a las que habíamos descendido, y cómo ese descenso le había costado la vida; apelando a la cuerda y los garfios que el niño había traído a la casa donde me habían recibido inicialmente, como testimonio de la veracidad de mi historia.

Mi anfitrión procedió entonces a interrogarme acerca de las costumbres y modos de vida entre las razas de la superficie terrestre, más especialmente entre aquellas consideradas como las más avanzadas en esa civilización que él se complació en definir como “el arte de difundir en toda una comunidad la tranquila felicidad propia de un hogar

virtuoso y bien ordenado". Naturalmente, deseando representar con los colores más favorables el mundo del que provenía, abordé solo brevemente, aunque con indulgencia, las instituciones anticuadas y decadentes de Europa, para disertar sobre la grandeza actual y la preeminencia futura de esa gloriosa República Americana, en la que Europa busca envidiosamente su modelo y vislumbra temblorosamente su perdición. Eligiendo como ejemplo de la vida social de los Estados Unidos esa ciudad en la que el progreso avanza al ritmo más rápido, me complací en una animada descripción de las costumbres morales de Nueva York. Mortificado al ver, por los rostros de mis oyentes, que no había causado la impresión favorable que había anticipado, elevé mi tema. Reflexionando sobre la excelencia de las instituciones democráticas, su promoción de la felicidad tranquila mediante el gobierno de partido, y el modo en que difundían dicha felicidad por toda la comunidad al preferir, para el ejercicio del poder y la adquisición de honores, a los ciudadanos más humildes en cuanto a propiedad, educación y carácter. Afortunadamente, recordando la perorata de un discurso sobre las influencias purificadoras de la democracia estadounidense y su destinada difusión por el mundo, pronunciado por cierto elocuente senador (por cuyo voto en el Senado una compañía ferroviaria, a la que pertenecían mis dos hermanos, acababa de pagar 20.000 dólares), terminé repitiendo sus brillantes predicciones del magnífico futuro que sonreía a la humanidad: cuando la bandera de la libertad ondeara sobre todo un continente, y doscientos millones de

ciudadanos inteligentes, acostumbrados desde la infancia al uso diario de revólveres, aplicaran a un universo acobardado la doctrina del patriota Monroe².

Cuando terminé, mi anfitrión negó levemente con la cabeza y se sumió en sus pensamientos, indicándonos a su hija y a mí que guardáramos silencio mientras reflexionaba. Después de un rato, dijo con tono muy serio y solemne: «Si crees, como dices, que, aunque seas un extranjero, has recibido bondad de mi parte, te ruego que no reveles nada a ningún otro miembro de nuestra gente respecto al mundo del que vienes, a menos que, tras considerarlo, te dé permiso para hacerlo. ¿Accedes a esta petición?».

—Por supuesto que doy mi palabra —dije, algo asombrado; y extendí mi mano derecha para tomar la suya. Pero él colocó mi mano suavemente sobre su frente y su propia mano derecha sobre mi pecho, como es costumbre entre esta raza en todo asunto de promesas u obligaciones verbales. Luego, volviéndose hacia su hija, dijo: —Y tú, Zee, no le repetirás a nadie lo que el extraño ha dicho, o pueda decir, a mí o a ti, sobre un mundo distinto al nuestro. Zee se levantó y besó a su padre en las sienes, diciendo con una sonrisa: «La lengua de un Gy es desenfrenada, pero el amor puede encadenarla. Y si, padre mío, temes que una palabra

² James Monroe fue el quinto presidente de Estados Unidos y ocupó el cargo dos veces (1817–25). Compartía con Thomas Jefferson la idea de que el crecimiento territorial conduciría a la consolidación política del país. [N. T.]

casual mía o tuya pueda exponer a nuestra comunidad al peligro, por el deseo de explorar un mundo más allá del nuestro, ¿acaso una oleada del *vril*, debidamente impulsada, no borrará incluso el recuerdo de lo que hemos oído decir al extraño de las tablillas de la mente?».

“¿Qué es *vril*?”, pregunté.

Con ello, Zee comenzó a adentrarse en una explicación que yo entendía muy poco, pues no existe en ningún idioma que conozca una palabra que sea sinónimo exacto de *vril*. Yo la llamaría electricidad, salvo que comprende en sus múltiples ramas otras fuerzas de la naturaleza, a las que, en nuestra nomenclatura científica, se les asignan nombres distintos, como magnetismo, galvanismo, etc. Estas personas consideran que con el *vril* han llegado a la unidad de los agentes energéticos naturales, que muchos filósofos han conjeturado en la superficie, y que Faraday insinúa así bajo el término más cauteloso de correlación:

“Desde hace mucho tiempo he sostenido una opinión”, dice ese ilustre experimentalista, que casi llega a ser una convicción, común, creo, con muchos otros amantes del conocimiento natural, de que las diversas formas bajo las cuales se manifiestan las fuerzas de la materia tienen un origen común; o, en otras palabras, están tan directamente relacionadas y son mutuamente dependientes, que son convertibles, por así decirlo, unas en otras, y poseen equivalentes de poder en su acción.”

Estos filósofos subterráneos afirman que, mediante una operación de vril, que Faraday quizás llamaría magnetismo atmosférico, pueden influir en las variaciones de temperatura, en palabras sencillas, el clima; que mediante otras operaciones, similares a las atribuidas al mesmerismo³, la electrobiología⁴, la fuerza ódica⁵, etc., pero aplicadas científicamente a través de conductores de vril, pueden ejercer influencia sobre las mentes y los cuerpos animales y vegetales, en un grado no superado en los romances de nuestros místicos. A todas estas agencias les dan el nombre común de vril. Zee me preguntó si, en mi mundo, no se sabía que todas las facultades de la mente podían ser aceleradas a un grado desconocido en el estado de vigilia, mediante trance o visión, en el cual los pensamientos de un cerebro podían ser transmitidos a otro, y el conocimiento ser así intercambiado rápidamente. Respondí que entre nosotros se contaban historias de tal trance o visión, y que había oído mucho y visto algo del modo en que se realizaban

3 El mesmerismo, también conocido como la doctrina del «magnetismo animal», se refiere a un supuesto fluido invisible que permite el funcionamiento del cuerpo humano, pero cuya distribución errónea o un desequilibrio en el cuerpo es la causa de las enfermedades. [N. T.]

4 La electrobiología es el estudio de los fenómenos eléctricos en el cuerpo vivo. [N. T.]

5 La Fuerza ódica, también llamada Fuerza odílica o Fuerza od, es el nombre dado a una fuerza o energía vital hipotética planteada por el alemán wilhelm von Reichenbach a mediados del siglo XIX. Von Reichenbach acuñó este término en 1845, que proviene del Dios Odín, de la mitología nórdica. [N. T.]

artificialmente, como en la clarividencia mesmérica; pero que estas prácticas habían caído en gran medida en desuso o desprecio, en parte debido a las burdas imposturas a las que se habían sometido, y en parte porque, incluso cuando los efectos sobre ciertas constituciones anormales se producían genuinamente, los efectos, cuando se examinaban y analizaban con justicia, eran muy insatisfactorios, no se podía confiar en ellos para ninguna veracidad sistemática ni para ningún propósito práctico, y se volvían muy perjudiciales para las personas crédulas por las supersticiones que tendían a producir. Zee recibió mis respuestas con mucha atención benévola, y dijo que casos similares de abuso y credulidad habían sido familiares para su propia experiencia científica en la infancia de su conocimiento, y mientras las propiedades del vril se malinterpretaron, pero que reservaba una discusión más profunda sobre este tema hasta que yo estuviera más capacitado para entrar en él. Se contentó con agregar que fue a través de la agencia del vril, mientras había estado en estado de trance, que me había familiarizado con los rudimentos de su lenguaje; y que ella y su padre, el único de la familia que se tomó la molestia de observar el experimento, habían adquirido un conocimiento proporcionalmente mayor de mi idioma que yo del suyo; en parte porque mi idioma era mucho más simple que el suyo, con muchas menos ideas complejas; y en parte porque su organización, por herencia cultural, era mucho más flexible y capaz de adquirir conocimiento con mayor facilidad que la

mía. Ante esto, me opuse en secreto; y habiendo tenido que agudizar mi ingenio a lo largo de mi vida práctica, tanto en casa como de viaje, no podía aceptar que mi organización cerebral pudiera ser más torpe que la de personas que habían vivido toda su vida a la luz de las lámparas. Sin embargo, mientras pensaba así, Zee me apuntó suavemente con el dedo índice a la frente y me hizo dormir.

CAPÍTULO VIII

Al despertar, vi junto a mi cama al niño que había traído la cuerda y los garfios a la casa donde me habían recibido, y que, como supe después, era la residencia del jefe de la tribu. El niño, cuyo nombre era Tae (pronunciado Tar-ee), era el hijo mayor del jefe. Descubrí que durante mi último sueño o trance había avanzado aún más en el idioma del país y podía conversar con relativa facilidad y fluidez.

Este niño era singularmente guapo, incluso para la hermosa raza a la que pertenecía, con un semblante muy varonil para su edad y una expresión más vivaz y enérgica que la que había visto hasta entonces en los rostros serenos e impasibles de los hombres. Me trajo la tablilla en la que había dibujado mi linaje y también la cabeza del horrible reptil que me había asustado al ver el cadáver de mi amigo. Señalando esa parte del dibujo, Tae me hizo algunas

preguntas sobre el tamaño y la forma del monstruo, y la cueva o abismo del que había surgido. Su interés en mis respuestas parecía tan serio que lo distrajo por un momento de cualquier curiosidad sobre mí o mis antepasados. Pero para mi gran vergüenza, viendo que estaba comprometido con mi anfitrión, estaba a punto de preguntarme de dónde venía, cuando Zee entró afortunadamente y, al oírlo, dijo: «Tae, dale a nuestro huésped toda la información que desee, pero no le pidas nada a cambio». Cuestionar quién es, de dónde viene o por qué está aquí sería una violación de la ley que mi padre ha establecido para esta casa.

—Que así sea —dijo Tae, llevándose la mano al corazón—; y desde ese momento hasta la última vez que lo vi, este niño, con quien llegué a tener mucha confianza, nunca me hizo ninguna de las preguntas así prohibidas.

CAPÍTULO IX

No fue hasta algún tiempo, y hasta que, mediante repetidos trances, si es que se les puede llamar así, mi mente se preparó mejor para intercambiar ideas con mis interlocutores y para comprender más plenamente las diferencias de costumbres y tradiciones, al principio demasiado extrañas para mi experiencia como para ser captadas por mi razón, que pude reunir los siguientes detalles sobre el origen y la historia de esta población subterránea, como parte de una gran raza familiar llamada Ana.

Según las tradiciones más antiguas, los remotos progenitores de la raza habitaron un mundo por encima de la superficie de aquel en el que vivían sus descendientes. Los mitos de ese mundo aún se conservaban en sus archivos, y en ellos se encontraban leyendas de una bóveda cuyas lámparas no eran encendidas por mano humana. Sin embargo, la mayoría de los comentaristas consideraban

tales leyendas como fábulas alegóricas. Según estas tradiciones, la Tierra misma, en la época a la que se remontan, no se encontraba en su infancia, sino en pleno proceso de transición de una forma de desarrollo a otra, y sujeta a numerosas y violentas revoluciones de la naturaleza. Durante una de estas revoluciones, la parte del mundo superior habitada por los ancestros de esta raza sufrió inundaciones, no rápidas, sino graduales e incontrolables, en las que todo, salvo un escaso remanente, quedó sumergido y pereció. Si se trata de un registro de nuestro Diluvio histórico y sagrado, o de uno anterior propuesto por los geólogos, no pretendo conjeturar; aunque, según la cronología de este pueblo en comparación con la de Newton, debió haber ocurrido miles de años antes de la época de Noé. Por otro lado, el relato de estos escritores no concuerda con las opiniones más extendidas entre las autoridades geológicas, ya que sitúa la existencia de la raza humana en la Tierra en fechas muy anteriores a las asignadas a la formación terrestre adaptada a la introducción de los mamíferos. Un grupo de la desafortunada raza, así invadida por el Diluvio, se había refugiado, durante el avance de las aguas, en cavernas entre las rocas más altas, y, vagando por estas cavidades, perdió de vista el mundo superior para siempre. En efecto, toda la faz de la Tierra había sido transformada por esta gran repulsión; la tierra se había convertido en mar, y el mar en tierra. Según me informaron, en las entrañas de la tierra aún hoy podrían descubrirse restos de asentamientos humanos; asentamientos no en

chozas y cavernas, sino en vastas ciudades cuyas ruinas atestiguan la civilización de razas que florecieron antes de la era de Noé, y que no deben clasificarse con aquellos géneros a los que la filosofía atribuye el uso del sílex y la ignorancia del hierro.

Los fugitivos habían traído consigo el conocimiento de las artes que habían practicado en la superficie: artes de la cultura y la civilización. Su necesidad más temprana debió ser la de proporcionar bajo tierra la luz que habían perdido en la superficie; y en ningún momento, ni siquiera en el período tradicional, las razas, de las cuales la que ahora habitaba formaba una tribu, parecen haber ignorado el arte de extraer luz de gases, manganeso o petróleo. En su estado anterior, estaban acostumbrados a luchar contra las fuerzas implacables de la naturaleza; y, de hecho, la larga batalla que habían librado contra su conquistador, el Océano, que había tardado siglos en expandirse, había agilizado su habilidad para canalizar las aguas mediante diques y canales. A esta habilidad debían su supervivencia en su nuevo hogar. “Durante muchas generaciones”, dijo mi anfitrión con una mezcla de desprecio y horror, “se dice que estos antepasados primitivos degradaron su rango y acortaron sus vidas comiendo la carne de animales, muchas de cuyas variedades, al igual que ellos, escaparon del Diluvio y buscaron refugio en las cavidades de la tierra; otros animales, supuestamente desconocidos para el mundo superior, fueron producidos por esas mismas cavidades”.

Cuando lo que podríamos llamar la era histórica emergió del crepúsculo de la tradición, los Ana ya estaban establecidos en diferentes comunidades y habían alcanzado un grado de civilización muy similar al que disfrutaban actualmente las naciones más avanzadas de la superficie terrestre. Estaban familiarizados con la mayoría de nuestros inventos mecánicos, incluyendo la aplicación del vapor y el gas. Las comunidades competían ferozmente entre sí. Tenían ricos y pobres; tenían oradores y conquistadores; hacían la guerra por un dominio o por una idea. Si bien los distintos estados reconocían diversas formas de gobierno, las instituciones libres comenzaban a predominar; las asambleas populares aumentaron su poder; las repúblicas pronto se generalizaron; la democracia a la que los políticos europeos más ilustrados aspiran como meta suprema del progreso político, y que aún prevalecía entre otras razas subterráneas, a las que despreciaban como bárbaras, la familia más elevada de Ana, a la que pertenecía la tribu que yo visitaba, la consideraba uno de los experimentos toscos e ignorantes propios de la infancia de la ciencia política. Era la época de la envidia y el odio, de las pasiones feroces, de los constantes cambios sociales más o menos violentos, de las luchas entre clases, de la guerra entre estados.

Esta fase de la sociedad duró, sin embargo, varias eras, y finalmente llegó a su fin, al menos entre las poblaciones más nobles e intelectuales, con el descubrimiento gradual de los

podere latente almacenado en el fluido que todo lo impregna, al que denominan Vril.

Según el relato que recibí de Zee, quien, como erudita profesora del Colegio de Sabios, había estudiado estos asuntos con mayor diligencia que cualquier otro miembro de la familia de mi anfitrión, este fluido es capaz de elevarse y disciplinarse hasta convertirse en el agente más poderoso sobre todas las formas de materia, animadas o inanimadas. Puede destruir como un relámpago; sin embargo, aplicado de otra manera, puede reponer o vigorizar la vida, curar y preservar, y en él confían principalmente para la curación de enfermedades, o más bien para permitir que el organismo físico restablezca el equilibrio adecuado de sus poderes naturales y, de este modo, se cure a sí mismo. Mediante este agente, abren camino a través de las sustancias más sólidas y abren valles para el cultivo a través de las rocas de su desierto subterráneo. De él extraen la luz que alimenta sus lámparas, encontrándola más estable, suave y saludable que los otros materiales inflamables que habían utilizado anteriormente.

Pero los efectos del supuesto descubrimiento de los medios para dirigir la fuerza más terrible del vril fueron notables principalmente por su influencia en la organización social. A medida que estos efectos se hicieron conocidos y hábilmente administrados, la guerra entre los descubridores del vril cesó, pues perfeccionaron el arte de la destrucción hasta anular toda superioridad numérica, disciplina o

habilidad militar. El fuego alojado en el hueco de una vara, dirigido por la mano de un niño, podía destrozar la fortaleza más sólida o abrirse paso ardiendo desde la vanguardia hasta la retaguardia de un ejército en combate. Si un ejército se enfrentaba a otro, y ambos controlaban este medio, el resultado era la aniquilación mutua. La era de la guerra había terminado, pero con su cese pronto se hicieron evidentes otros efectos sobre el estado social. El hombre estaba tan completamente a merced del hombre, pudiendo cualquiera con quien se encontrara, si así lo deseaba, matarlo al instante, que toda noción de gobierno por la fuerza desapareció gradualmente de los sistemas políticos y las formas de derecho. Solo mediante la fuerza se pueden mantener unidas vastas comunidades, dispersas por grandes distancias; pero ahora ya no existía ni la necesidad de autopreservación ni el orgullo de la expansión que hicieran que un Estado deseara predominar en población sobre otro.

Así, los descubridores de Vril, en el transcurso de unas pocas generaciones, se dividieron pacíficamente en comunidades de tamaño moderado. La tribu a la que pertenecía estaba compuesta por tan solo 12 000 familias. Cada tribu ocupaba un territorio suficiente para satisfacer todas sus necesidades, y en determinados periodos, la población sobrante partía en busca de un reino propio. No parecía necesario seleccionar arbitrariamente a estos emigrantes; siempre había un número suficiente que se ofrecía voluntariamente a partir.

Estos estados subdivididos, insignificantes si consideramos su territorio o población, pertenecían a una vasta familia general. Hablaban el mismo idioma, aunque los dialectos pudieran diferir ligeramente. Se casaban entre sí; mantenían las mismas leyes y costumbres generales; y un vínculo tan importante entre estas diversas comunidades era el conocimiento del vril y la práctica de sus rituales, que la palabra A-Vril era sinónimo de civilización; y Vril-ya, que significa «las Naciones Civilizadas», era el nombre común con el que las comunidades que empleaban los usos del vril se distinguían de aquellas de los Ana que aún se encontraban en estado de barbarie.

El gobierno de la tribu de Vril-ya, del que hablo, era aparentemente muy complicado, pero en realidad muy simple. Se basaba en un principio reconocido en teoría, aunque poco aplicado en la práctica, a saber: que el objetivo de todos los sistemas de pensamiento filosófico tiende a alcanzar la unidad, o a ascender a través de todos los laberintos intermedios hasta la simplicidad de una única causa o principio primero. Así, en política, incluso los escritores republicanos han coincidido en que una autocracia benevolente aseguraría la mejor administración, si existieran garantías para su continuidad o contra el abuso gradual de los poderes que se le conferían. Esta singular comunidad eligió, por lo tanto, a un único magistrado supremo llamado Tur; ostentaba su cargo nominalmente de por vida, pero rara vez se le podía persuadir para que lo

conservara tras los primeros signos de la vejez. En efecto, en esta sociedad no había nada que indujera a ninguno de sus miembros a codiciar las responsabilidades del cargo. No se le asignaban honores ni insignias de rango superior. El magistrado supremo no se distinguía del resto por una residencia o ingresos superiores. Por otro lado, los deberes que se le encomendaban eran maravillosamente ligeros y fáciles, sin requerir un grado preponderante de energía o inteligencia. Al no haber temores de guerra, no había ejércitos que mantener; al no haber un gobierno de la fuerza, no había policía que nombrar y dirigir. Lo que llamamos crimen era completamente desconocido para los Vril-ya; y no había tribunales de justicia penal. Los raros casos de disputas civiles se remitían a arbitraje a amigos elegidos por cualquiera de las partes, o eran decididos por el Consejo de Sabios, que se describirá más adelante. No había abogados profesionales; y de hecho sus leyes no eran más que convenciones amistosas, pues no había poder para hacer cumplir las leyes contra un delincuente que portaba en su séquito el poder de destruir a sus jueces. Había costumbres y regulaciones a las que, durante varias eras, el pueblo se había acostumbrado tácitamente.

O si en algún caso a un individuo le resultaba difícil cumplir con tales normas, abandonaba la comunidad y se marchaba a otro lugar. De hecho, en el seno del Estado existía un pacto muy similar al que encontramos en nuestras familias, en el que prácticamente le decimos a cualquier miembro adulto e

independiente de la familia que recibimos y agasajamos: «Quédate o vete, según te convengan o te desagraden nuestras costumbres y normas». Pero aunque no existían códigos como los que llamamos leyes, ninguna raza en la superficie es tan respetuosa de la ley. La obediencia a las normas adoptadas por la comunidad se ha convertido en un instinto, como si fuera innata. Incluso en cada hogar, el cabeza de familia establece normas para su funcionamiento, a las que los miembros de la familia nunca se resisten ni siquiera cuestionan. Tienen un proverbio, cuya concisión se pierde en esta paráfrasis: «No hay felicidad sin orden, ni orden sin autoridad, ni autoridad sin unidad». La benevolencia de todo gobierno entre ellos, civil o doméstico, puede ser señalada por sus expresiones idiomáticas para términos como ilegal o prohibido, a saber, "Se pide no hacer tal cosa". La pobreza entre los Ana es tan desconocida como el crimen; no porque la propiedad sea común, o porque todos sean iguales en la extensión de sus posesiones o el tamaño y lujo de sus viviendas: sino porque no hay diferencia de rango o posición entre los grados de riqueza o la elección de ocupaciones, cada uno persigue sus propias inclinaciones sin crear envidia ni competencia; algunos prefieren un tipo de vida modesta, otros una más espléndida; cada uno se hace feliz a su manera. Debido a esta ausencia de competencia y al límite impuesto a la población, es difícil que una familia caiga en la miseria; no hay especulaciones arriesgadas, ni imitadores que luchen por una riqueza y un rango superiores. Sin duda, en cada asentamiento todos

originalmente recibieron las mismas proporciones de tierra; Pero algunos, más aventureros que otros, habían extendido sus posesiones hacia las tierras salvajes colindantes, o habían mejorado la fertilidad de sus cultivos, o se habían dedicado al comercio. Así, inevitablemente, algunos se habían enriquecido más que otros, pero ninguno había llegado a la pobreza extrema ni carecía de nada que deseara. Si esto ocurría, siempre podían emigrar o, en el peor de los casos, solicitar ayuda a los ricos sin vergüenza y con la certeza de recibirla; pues todos los miembros de la comunidad se consideraban hermanos de una familia unida y afectuosa. Este tema se tratará con más detalle a medida que avance mi relato.

La principal función del magistrado supremo era comunicarse con ciertos departamentos encargados de la administración de asuntos especiales. El más importante y esencial de estos asuntos era el relacionado con el suministro adecuado de luz. De este departamento, mi anfitrión, Aph-Lin, era el jefe. Otro departamento, que podría llamarse el de asuntos exteriores, se comunicaba con los estados vecinos, principalmente para conocer todos los nuevos inventos; y a un tercer departamento se encomendaban para su prueba todos los inventos y mejoras en la maquinaria. Vinculado a este departamento estaba el Colegio de Sabios, un colegio especialmente favorecido por las Ana viudas y sin hijos, y por las jóvenes solteras, entre las que Zee era la más activa y, si lo que llamamos renombre o

distinción fuera algo reconocido por este pueblo (cosa que más adelante demostraré que no es así), una de las más renombradas o distinguidas. Es gracias a las profesoras de este Colegio que aquellos estudios considerados de menor utilidad en la vida práctica —como la filosofía puramente especulativa, la historia de épocas remotas y ciencias como la entomología, la conquiliología, etc.— son cultivados con mayor diligencia. Zee, cuya mente, activa como la de Aristóteles, abarcaba por igual los dominios más amplios y los detalles más minuciosos del pensamiento, había escrito dos volúmenes sobre el insecto parásito que habita entre los pelos de la pata de un tigre⁶, obra que fue considerada la máxima autoridad en ese interesante tema. Pero las investigaciones de los sabios no se limitan a estudios tan sutiles o elegantes. Abarcan otros más importantes, y especialmente las propiedades del vril, para cuya percepción su fina organización nerviosa hace que las profesoras sean sumamente perspicaces. Es de este colegio de donde el Tur, o magistrado principal, selecciona a los consejeros, limitados a tres, en los raros casos en que la novedad de un

⁶ El animal al que se hace referencia presenta muchas diferencias con el tigre del mundo superior. Es más grande, con una pata más ancha y un frente aún más retraído. Habita en las orillas de lagos y estanques, y se alimenta principalmente de peces, aunque no le hace ascos a ningún animal terrestre de menor fuerza que se cruce en su camino. Se está volviendo muy escaso incluso en las zonas salvajes, donde es devorado por reptiles gigantes. Intuí que pertenece claramente a la especie del tigre, ya que el parásito que se encuentra en su pata, al igual que en el tigre asiático, es una imagen en miniatura de sí mismo.

acontecimiento o circunstancia desconcierte su propio juicio.

Hay algunos otros departamentos de menor importancia, pero todos se llevan a cabo con tal silencio y tranquilidad que la presencia del gobierno parece desvanecerse por completo, y el orden social es tan regular y discreto como si fuera una ley de la naturaleza. La maquinaria se emplea en una medida inconcebible en todas las operaciones laborales, tanto dentro como fuera de las oficinas, y el objetivo constante del departamento encargado de su administración es aumentar su eficiencia. No hay una clase de obreros o sirvientes, sino que todos los que se necesitan para ayudar o controlar la maquinaria son los niños, ya que los dejan al cuidado de sus madres hasta la edad de contraer matrimonio, que fijan en dieciséis años para las Gy-ei (las mujeres) y veinte para los Ana (los hombres). Estos niños se organizan en bandas y secciones bajo sus propios jefes, cada uno dedicado a las actividades que más les agradan o para las que se sienten más capacitados. Algunos se dedican a la artesanía, otros a la agricultura, otros a las labores domésticas y otros a los únicos servicios peligrosos a los que está expuesta la población; pues los únicos peligros que amenazan a esta tribu son, en primer lugar, las ocasionales convulsiones subterráneas, cuya previsión y protección requiere de su máximo ingenio: irrupciones de fuego y agua, tormentas de vientos subterráneos y fugas de gases. En los límites del dominio, y en todos los lugares donde se pueda

percibir tal peligro, se encuentran vigilantes inspectores con comunicación telegráfica con el salón donde sabios elegidos se turnan para celebrar sesiones perpetuas. Estos inspectores siempre son seleccionados entre los muchachos mayores que se acercan a la pubertad, y bajo el principio de que a esa edad la observación es más aguda y las fuerzas físicas más alerta que en cualquier otra. El segundo servicio de peligro, menos grave, consiste en la destrucción de todas las criaturas hostiles a la vida, la cultura o incluso el bienestar de los Ana. De estas, las más formidables son los enormes reptiles, de los cuales se conservan reliquias antediluvianas en nuestros museos, y ciertas criaturas aladas gigantescas, mitad ave, mitad reptil. Estos, junto con animales salvajes menores, equivalentes a nuestros tigres o serpientes venenosas, se dejan a los niños más pequeños para que los cacen y destruyan; porque, según los Ana, aquí se necesita crueldad, y cuanto más pequeño es el niño, más cruelmente destruirá. Existe otra clase de animales cuya destrucción requiere discriminación, y contra la cual se designa a niños de edad intermedia: animales que no amenazan la vida del hombre, pero que devastan el fruto de su trabajo, como las especies de alces y ciervos, y una criatura más pequeña, muy parecida a nuestro conejo, aunque infinitamente más destructiva para los cultivos y mucho más astuta en su modo de depredación. El primer objetivo de estos niños designados es domesticar a los más inteligentes de estos animales para que respeten los recintos señalizados con puntos de referencia visibles, como se enseña a los perros a

respetar una despena o incluso a proteger la propiedad de su amo. Solo cuando se encuentra a tales criaturas indomables hasta este punto se las elimina. La vida nunca se quita para alimentarse ni por diversión, y nunca se perdona cuando es indomablemente hostil a los Ana. Paralelamente a estos servicios y tareas corporales, la educación mental de los niños continúa hasta que termina la niñez. Por lo general, es costumbre cursar estudios en el Colegio de Sabios, donde, además de los estudios generales, el alumno recibe lecciones especializadas en la vocación o el campo intelectual que él mismo elija. Algunos, sin embargo, prefieren aprovechar este periodo de prueba para viajar, emigrar o dedicarse de inmediato a actividades rurales o comerciales. No se impone ninguna restricción a la inclinación individual.

CAPÍTULO X

La palabra Ana (pronunciada *Arna*) corresponde a nuestro plural *hombres*; An (pronunciado *Arn*) el singular, a *hombre*. La palabra para mujer es Gy (pronunciada fuerte, como en Juy); se forma como Gy–ei para el plural, pero la G se vuelve suave en plural, como gy–ei. Tienen un proverbio que dice que esta diferencia de pronunciación es simbólica, pues el sexo femenino es suave en conjunto, pero difícil de tratar individualmente. Las Gy–ei gozan plenamente de todos los derechos de igualdad con los hombres, por los que luchan ciertos filósofos en la superficie.

En la infancia, desempeñan las tareas del trabajo y la labor con imparcialidad con los niños; y, de hecho, en la edad temprana destinada a la destrucción de animales irremediabilmente hostiles, las niñas suelen ser preferidas, por ser por constitución más despiadadas bajo la influencia

del miedo o el odio. En el intervalo entre la infancia y la edad de contraer matrimonio, se suspende la relación familiar entre los sexos. En la edad de contraer matrimonio se reanuda, nunca con peores consecuencias que las que conlleva el matrimonio. Todas las artes y vocaciones asignadas a un sexo están abiertas al otro, y las Gy-ei se arrogan una superioridad en todas aquellas ramas abstrusas y místicas del razonamiento, para las cuales dicen que los Ana no están capacitados por una sobriedad de entendimiento más limitada o por la rutina de sus ocupaciones prácticas, del mismo modo que las jóvenes de nuestro mundo se constituyen como autoridades en los puntos más sutiles de la doctrina teológica, para los cuales pocos hombres, activamente ocupados en los asuntos mundanos, tienen suficiente conocimiento o refinamiento intelectual. Ya sea por su entrenamiento temprano en ejercicios gimnásticos o por su organización constitucional, las Gy-ei suelen ser superiores a los Ana en fuerza física (un elemento importante en la consideración y defensa de los derechos de la mujer). Alcanzan una estatura más elevada, y entre sus proporciones más redondeadas se encuentran tendones y músculos tan resistentes como los del sexo opuesto. De hecho, afirman que, según las leyes originales de la naturaleza, las hembras fueron creadas para ser más grandes que los machos, y mantienen este dogma basándose en las primeras formaciones de vida en los insectos y en la familia más antigua de los vertebrados —los peces—, en las que las hembras suelen ser lo

suficientemente grandes como para devorar a sus congéneres si así lo desean. Sobre todo, las Gy-ei poseen un poder más directo y concentrado sobre ese fluido o agente misterioso que contiene el elemento de destrucción, con una mayor proporción de esa sagacidad que comprende la disimulación. De este modo, no solo pueden defenderse de todas las agresiones de los machos, sino que podrían, en cualquier momento en que menos sospecharan del peligro, acabar con la existencia de un cónyuge agresor. Para su crédito, las Gy-ei no tienen constancia de ningún caso de abuso de esta "terrible superioridad" en el arte de la destrucción durante varias eras. El último que ocurrió en la comunidad de la que hablo parece (según su cronología) haber sido hace unos dos mil años. Una Gy-ei, en un ataque de celos, mató a su marido; y este acto abominable inspiró tal terror entre los varones que emigraron en masa y dejaron a todas las Gy-ei solas. La historia cuenta que las Gy-ei viudas, así reducidas a la desesperación, atacaron a la asesina mientras dormía (y por lo tanto desarmadas), la mataron y luego contrajeron una solemne obligación entre ellas de abrogar para siempre el ejercicio de sus extremos poderes conyugales, e inculcar la misma obligación para siempre a sus hijas. Mediante este proceso de conciliación, una delegación enviada a los consortes fugitivos logró persuadir a muchos de regresar, pero los que regresaron fueron en su mayoría los mayores. Los más jóvenes, ya sea por ser demasiado cobardes, por una duda sobre sus consortes, o una estimación demasiado alta de sus propios

méritos, rechazaron todas las propuestas y, permaneciendo en otras comunidades, fueron atraídos allí por otras parejas, con quienes quizás no estaban mejor. Pero la pérdida de una porción tan grande de la juventud masculina funcionó como una advertencia saludable para las Gy-ei y las reafirmó en la piadosa resolución a la que se habían comprometido. De hecho, ahora se considera popularmente que, por un largo desuso hereditario, las Gy-ei han perdido tanto la superioridad agresiva como la defensiva sobre los Ana que alguna vez poseyeron, del mismo modo que en los animales inferiores sobre la tierra muchas peculiaridades en su formación original, destinadas por la naturaleza para su protección, se desvanecen gradualmente o se vuelven inoperantes cuando no son necesarias bajo circunstancias alteradas. Sin embargo, sentiría lástima por cualquier Ana que indujera a una Gy-ei a hacer el experimento, ya sea él o ella el más fuerte.

A partir del incidente que he narrado, los Ana introducen ciertas alteraciones en sus costumbres matrimoniales, que tienden, quizás, a favorecer en cierta medida al hombre. Ahora se unen en matrimonio solo por tres años; al final de cada tercer año, tanto el hombre como la mujer pueden divorciarse y volver a casarse. Al cabo de diez años, el Ana tiene el privilegio de tomar una segunda esposa, permitiendo que la primera se retire si así lo desea. Estas normas son, en su mayor parte, letra muerta; los divorcios y la poligamia son extremadamente raros, y el matrimonio

parece ahora singularmente feliz y sereno entre este asombroso pueblo; las Gy-ei, a pesar de su jactanciosa superioridad en fuerza física y capacidades intelectuales, se ven muy limitadas en sus modales por el temor a la separación o a una segunda esposa, y los Ana son muy apegados a la costumbre, y no les gusta, salvo en circunstancias extremas, cambiar por novedades peligrosas rostros y modales a los que están acostumbrados por costumbre. Pero existe un privilegio que las Gy-ei conservan celosamente, y cuyo anhelo quizás constituye el motivo secreto de la mayoría de las mujeres que defienden sus derechos en la superficie. Reclaman el privilegio, usurpado aquí por los hombres, de reclamar su amor y exigir su cortejo; en otras palabras, de ser quienes cortejan en lugar de ser cortejadas. El fenómeno de la solterona no existe entre las Gy-ei. De hecho, es muy raro que una Gy no consiga a cualquier An en quien deposite su afecto, si este no está fuertemente comprometido con otra. Por muy tímido, reticente y mojigato que pueda parecer al principio el hombre al que corteja, su perseverancia, su ardor, su poder de persuasión y su dominio sobre las fuerzas místicas del vril, casi con seguridad lo llevarán a lo que llamamos "la soga fatal". Su argumento a favor de la inversión de la relación entre los sexos que la ciega tiranía del hombre ha establecido sobre la faz de la tierra, parece convincente y se expone con una franqueza que bien podría ser sometida a una consideración imparcial. Dicen que, de los dos, la mujer es por naturaleza más amorosa que el hombre; que el amor

ocupa un lugar más importante en sus pensamientos y es más esencial para su felicidad, y que, por lo tanto, ella debería ser quien corteje; que, de lo contrario, el hombre es una criatura tímida y dubitativa; que a menudo tiene una predilección egoísta por la soltería; que a menudo finge no comprender las miradas tiernas y las insinuaciones sutiles; que, en resumen, debe ser perseguido y conquistado con determinación. Añaden, además, que a menos que la mujer pueda conseguir al hombre de su elección, y que uno al que no elegiría de entre todos los hombres se convierta en su pareja, no solo es menos feliz de lo que sería de otro modo, sino que tampoco es un ser tan bueno, ya que sus cualidades de corazón no están suficientemente desarrolladas; Mientras que el An es una criatura que concentra sus afectos en un solo objeto de forma menos duradera; que si no puede obtener a la Gy que prefiere, se reconcilia fácilmente con otra Gy; y, finalmente, que en el peor de los casos, si es amado y cuidado, es menos necesario para el bienestar de su existencia que ame además de ser amado; se contenta con sus comodidades materiales y las muchas ocupaciones del pensamiento que crea para sí mismo.

Independientemente de lo que se pueda decir sobre este razonamiento, el sistema funciona bien para el hombre; pues, al estar seguro de ser amado verdadera y apasionadamente, y de que cuanto más tímido y reacio se muestre, mayor será la determinación de asegurarlo, generalmente logra condicionar su consentimiento a las

condiciones que considera más adecuadas para garantizar, si no una vida dichosa, al menos una vida tranquila. Cada An tiene sus propias aficiones, sus propias costumbres, sus propias predilecciones, y, sean cuales sean, exige la promesa de una concesión plena y sin reservas a ellas. Esto, en pos de su objetivo, la Gy promete fácilmente; y como la característica de este extraordinario pueblo es una veneración implícita por la verdad, y su palabra, una vez dada, jamás se rompe ni siquiera por la Gy más inconstante, las condiciones estipuladas se observan religiosamente. De hecho, a pesar de todos sus derechos y poderes abstractos, las Gy-ei son las esposas más amables, conciliadoras y sumisas que he visto, incluso en los hogares más felices de la superficie. Entre ellas reza un aforismo: «Donde una mujer ama, le complace obedecer». Cabe señalar que, al hablar de la relación entre los sexos, solo me he referido al matrimonio, pues tal es la perfección moral alcanzada por esta comunidad, que cualquier relación ilícita es tan improbable entre ellos como lo sería entre un par de jilgueros durante el tiempo en que acordaron vivir en pareja.

CAPÍTULO XI

Nada me desconcertó más al intentar conciliar mi percepción de la existencia de regiones que se extienden bajo la superficie de la tierra, habitables por seres, aunque distintos, pero aun así, en todos los aspectos materiales del organismo, afines a los del mundo superior, que la contradicción que se presenta a la doctrina en la que, creo, coinciden la mayoría de geólogos y filósofos: que si bien para nosotros el sol es la gran fuente de calor, cuanto más profundo descendemos bajo la corteza terrestre, mayor es el aumento de calor, que, según se dice, se encuentra en una proporción de 30 grados por cada km⁷, comenzando a partir

⁷ Se denomina gradiente geotérmico o geoterma a la variación de temperatura, que aumenta con la profundidad en el interior terrestre. El valor promedio de este gradiente es de 25 a 30 °C por cada kilómetro de profundidad, considerando que se avanza desde la superficie hacia el centro de la esfera terrestre. [N. T.]

de los cincuenta pies bajo la superficie. Pero si bien los dominios de la tribu de la que hablo estaban, en las zonas más elevadas, relativamente cerca de la superficie, de modo que podía explicar una temperatura adecuada para la vida orgánica, incluso los barrancos y valles de ese reino eran mucho menos calientes de lo que los filósofos considerarían posible a tal profundidad; ciertamente no más cálidos que el sur de Francia, o al menos que Italia. Y según todos los relatos que recibí, vastas extensiones inconmensurablemente más profundas bajo la superficie, y en las que uno podría haber pensado que solo podían existir salamandras, estaban habitadas por innumerables razas organizadas como la nuestra. No puedo pretender de ninguna manera explicar un hecho que está tan en desacuerdo con las leyes reconocidas de la ciencia, ni Zee pudo ayudarme mucho a encontrar una solución. Ella solo conjeturó que nuestros filósofos no habían tenido suficientemente en cuenta la extrema porosidad del interior de la tierra —la inmensidad de sus cavidades e irregularidades, que servían para crear corrientes libres de aire y vientos frecuentes— y los diversos modos en que el calor se evapora y se disipa. Sin embargo, admitió que existía un límite en el que el calor se consideraba intolerable para la vida organizada conocida por la experiencia de los Vrilya, aunque sus filósofos creían que incluso en tales lugares se encontraría vida de algún tipo, vida sensible, vida intelectual, abundante y floreciente, si los filósofos lograban penetrar en ella. «Dondequiera que el Todopoderoso construya», dijo, «

allí, tened por seguro que Él coloca habitantes. No ama las moradas vacías». Añadió, sin embargo, que muchos cambios en la temperatura y el clima habían sido efectuados por la habilidad de los Vril-ya, y que la agencia del vril se había empleado con éxito en tales cambios. Describió un medio sutil y dador de vida llamado Lai, que sospecho que es idéntico al oxígeno etéreo del Dr. Lewins, en el cual trabajan todas las fuerzas correlativas unidas bajo el nombre de vril; y sostuvo que dondequiera que este medio pudiera expandirse, por así decirlo, lo suficiente para que las diversas agencias del vril tuvieran un amplio juego, se podría asegurar una temperatura propicia para las formas de vida más elevadas. Dijo también que era la creencia de sus naturalistas que las flores y la vegetación se habían producido originalmente (ya sea desarrolladas a partir de semillas traídas de la superficie de la tierra en las primeras convulsiones de la naturaleza, o importadas por las tribus que primero buscaron refugio en huecos cavernosos) a través de las operaciones de la luz que constantemente se dirigía hacia ellas, y la mejora gradual en la cultura. Dijo también que, dado que la luz del vril había reemplazado a todos los demás cuerpos emisores de luz, los colores de Las flores y el follaje se habían vuelto más brillantes, y la vegetación había adquirido un mayor crecimiento.

Dejando estos asuntos a la consideración de quienes están mejor capacitados para tratarlos, debo ahora dedicar

algunas páginas a las cuestiones muy interesantes relacionadas con la lengua de los Vril-ya.

CAPÍTULO XII

El idioma del Vril-ya es particularmente interesante, porque me parece que muestra con gran claridad las huellas de las tres transiciones principales por las que pasa el lenguaje para alcanzar la perfección de la forma.

Uno de los filólogos más ilustres de los últimos tiempos, Max Müller⁸, al argumentar a favor de la analogía entre los estratos del lenguaje y los estratos de la tierra, establece este dogma absoluto: “Ningún lenguaje puede, bajo ninguna circunstancia, ser flexivo sin haber pasado por el estrato

⁸ Friedrich Max Müller (6 de diciembre de 1823-28 de octubre de 1900) fue un filólogo alemán que vivió y estudió en Gran Bretaña durante la mayor parte de su vida. Max Müller creía que todas las lenguas humanas tienen un único origen común . [N. T.]

aglutinante y aislante. Ningún lenguaje puede ser aglutinante sin aferrarse con sus raíces al estrato subyacente de aislamiento”. [*Sobre la estratificación del lenguaje*].

Tomando entonces el idioma chino como el mejor ejemplo existente del estrato aislante original, “como la fotografía fiel del hombre en sus cuerdas principales poniendo a prueba los músculos de su mente, tanteando su camino, y tan complacido con sus primeros aciertos que los repite una y otra vez”, tenemos, en el idioma de los Vril-ya, todavía “aferrado con sus raíces al estrato subyacente”, las evidencias del aislamiento original. Abunda en monosílabos, que son los fundamentos del idioma. La transición a la forma aglutinante marca una época artística que debió extenderse gradualmente a través de los siglos, cuya literatura escrita solo ha sobrevivido en algunos fragmentos de mitología simbólica y ciertas frases concisas que han pasado a proverbios populares. Con la literatura existente del Vril-ya comienza el estrato flexivo. Sin duda, en ese momento debieron operar causas concurrentes, en la fusión de razas por algún pueblo dominante, y el surgimiento de algún gran fenómeno literario por el cual la forma del idioma quedó fijada. A medida que la etapa flexiva prevaleció sobre la aglutinante, es sorprendente ver cuán audazmente las raíces originales del idioma se proyectan desde la superficie que las oculta. En los antiguos fragmentos y proverbios de la etapa precedente, las etiquetas monosilábicas que componen esas raíces se desvanecen entre palabras de enorme longitud,

que comprenden oraciones completas de las cuales ninguna parte puede separarse de la otra y emplearse por separado. Pero cuando la forma flexiva del lenguaje se volvió tan avanzada como para tener a sus eruditos y gramáticos, parecen haberse unido para extirpar todos esos monstruos polisintéticos o polisilábicos, como invasores devoradores de las formas aborígenes. Las palabras de más de tres sílabas fueron proscritas como bárbaras, y en proporción a medida que el lenguaje se simplificaba de esta manera, aumentaba en fuerza, en dignidad y en dulzura. Aunque ahora está muy comprimido en sonido, gana en claridad gracias a esa compresión. Con una sola letra, según su posición, logran expresar todo lo que a las naciones civilizadas de nuestro mundo superior les lleva el desperdicio, a veces de sílabas, a veces de oraciones, de expresar. Permítanme citar aquí uno o dos ejemplos: An (que traduciré hombre), Ana (hombres); la letra s es con ellos una letra que implica multitud, según donde se coloque; Sana significa humanidad; Ansa, una multitud de hombres. El prefijo de ciertas letras en su alfabeto invariablemente denota significados compuestos. Por ejemplo, Gl (que para ellos es una sola letra, como *th* es una sola letra para los griegos) al comienzo de una palabra infiere un conjunto o unión de cosas, a veces afines, a veces disímiles, como Oon, una casa; Gloon, una ciudad (es decir, un conjunto de casas). Ata es tristeza; Glata, una calamidad pública. Aur-an es la salud o el bienestar de un hombre; Glauran, el bienestar de la comunidad; y una palabra constantemente en sus bocas es A-glauran, que denota su

credo político, a saber, que “el primer principio de una comunidad es el bien de todos”. Aub es invención; Sila, un tono en la música. Glaubsila, al unir las ideas de invención y de entonación musical, es la palabra clásica para poesía, abreviada, en la conversación cotidiana, como Glaubs. Na, que para ellos es, como Gl, una sola letra, siempre, cuando es inicial, implica algo antagónico a la vida, la alegría o el consuelo, asemejándose en esto a la raíz aria Nak, que expresa perecer o destruir. Nax es oscuridad; Narl, muerte; Naria, pecado o maldad. Nas: una condición extrema del pecado y la maldad: corrupción. Al escribir, consideran irreverente expresar al Ser Supremo con un nombre especial. Se le simboliza con lo que podría denominarse el jeroglífico de una pirámide, A. En la oración se dirigen a Él con un nombre que consideran demasiado sagrado para confiarlo a un extraño, y yo no lo sé. En la conversación suelen usar un epíteto perifrástico, como el Todopoderoso. La letra V, símbolo de la pirámide invertida, cuando es inicial, casi siempre denota excelencia o poder; como en Vril, del que tanto he hablado; Veed, un espíritu inmortal; Veedy, inmortalidad; Koom, pronunciado como el galés Gwm, denota algo de vacío. Koom en sí es un profundo vacío, metafóricamente una caverna; Koom-in, un agujero; Zi-koom, un valle; Koom-zi, vacante o vacío; Bodh-koom, ignorancia (literalmente, vacío de conocimiento). Koom-Posh es su nombre para el autogobierno de la comunidad, o la danza ascendente de los más ignorantes o vacíos. Posh es una expresión casi intraducible, que implica, como el lector

verá más adelante, desprecio. La traducción más cercana que puedo dar es nuestro término coloquial, "bosh"; y así Koom–Posh puede traducirse libremente como "Vacío – Bosh". Pero cuando la Democracia o Koom–Posh degenera de la ignorancia popular en esa pasión o ferocidad popular que precede a su desaparición, como (para citar ejemplos del mundo superior) durante el Reinado del Terror francés, o durante los cincuenta años de la República Romana que precedieron al ascenso de Augusto, su nombre para ese estado de cosas es Glek–Nas. Ek es contienda —Glek, la contienda universal. Nas, como dije antes, es corrupción o podredumbre; así Glek–Nas puede interpretarse como “la podredumbre de la contienda universal”. Sus compuestos son muy expresivos; así, Bodh es conocimiento, y Too, un participio que implica la acción de acercarse con cautela,—Too–bodh es su palabra para Filosofía; Pah es una exclamación despectiva análoga a nuestra expresión idiomática, "tonterías y disparates"; Pah–bodh (literalmente, conocimiento de tonterías y disparates) es su término para filosofía fútil o falsa, y se aplica a una especie de razonamiento metafísico o especulativo que estuvo en boga en el pasado, que consistía en hacer preguntas que no podían ser respondidas y que no valía la pena hacer; Por ejemplo, preguntas como: "¿Por qué un An tiene cinco dedos en los pies en lugar de cuatro o seis? ¿Tenía el primer An, creado por el Todopoderoso, el mismo número de dedos que sus descendientes? En la forma en que un An será reconocido por sus amigos en el futuro estado de ser,

¿conservará algún dedo del pie? Y, de ser así, ¿serán dedos materiales o espirituales?". Tomo estas ilustraciones del Pali-bodhi, no con ironía ni en broma, sino porque las mismas preguntas que menciono fueron objeto de controversia entre los últimos cultivadores de esa 'ciencia' hace 4000 años.

En la declinación de los sustantivos, se me informó que antiguamente existían ocho casos (uno más que en la gramática sánscrita); pero con el tiempo, estos casos se redujeron y, en lugar de estas terminaciones variables, se multiplicaron las preposiciones explicativas. Actualmente, en la gramática que consulté, los sustantivos presentan cuatro casos: tres con terminaciones variables y el cuarto con un prefijo distinto.

SINGULAR. PLURAL.

Nom. Un, hombre, / Nom. Ana, Hombres.

Dat. Año, al hombre, / Dat. Anoi, a los Hombres.

C.A. Anan, hombre, / C.A. Ananda, Hombres.

Voc. Hil-an, oh hombre, / Voc. Hil-Ananda, oh hombres.

En la literatura flexiva antigua existía la forma dual; hace mucho que está en desuso.

El caso genitivo con ellos también está obsoleto; el dativo lo reemplaza: dicen la Casa *a* un Hombre, en lugar de la Casa *de* un Hombre. Cuando se usa (a veces en poesía), el genitivo en la terminación es igual que el nominativo; también lo es el ablativo, siendo la preposición que lo marca un prefijo o sufijo opcional, y generalmente decidido al oído, según el sonido del sustantivo. Se observará que el prefijo Hil marca el caso vocativo. Siempre se conserva al dirigirse a otra persona, excepto en las relaciones domésticas más íntimas; su omisión se consideraría descortés: así como en nuestras antiguas formas de hablar, al dirigirse a un rey se habría considerado irrespetuoso decir "Rey" y reverente decir "Oh Rey". De hecho, como no tienen títulos honoríficos, la adjuración vocativa reemplaza un título y se da imparcialmente a todos. El prefijo Hil entra en la composición de palabras que implican comunicaciones a distancia, como Hil-ya, viajar.

En la conjugación de sus verbos, que es un tema demasiado extenso para abordar aquí, el verbo auxiliar Ya, "ir", que juega un papel tan considerable en el sánscrito, aparece y realiza una función similar, como si fuera un radical en algún idioma del que ambos hubieran descendido. Pero otro auxiliar de significado opuesto también lo acompaña y comparte sus labores: Zi, quedarse o reposar. Así, Ya entra en el tiempo futuro, y Zi en el pretérito de todos los verbos que requieren auxiliares. Yam, yo voy—Yiam, yo puedo ir—Yani-ya, yo iré (literalmente, yo voy para ir) Zam—

poo–yan, yo he ido (literalmente, yo descanso de ido). Ya, como terminación, implica por analogía, progreso, movimiento, eflorescencia. Zi, como terminal, denota fijeza, a veces en un buen sentido, a veces en uno malo, según la palabra con la que se acopla. Iva–zi, bondad eterna; Nan–zi, mal eterno. Poo (de) entra como prefijo a palabras que denotan repugnancia, o cosas de las que deberíamos ser reacios. Poo–pra, asco; Poo–naria, falsedad, la clase más vil de mal. Poosh o Posh, ya he confesado que es intraducible literalmente. Es una expresión de desprecio no exenta de compasión. Este radical parece haberse originado de una simpatía inherente entre el esfuerzo labial y el sentimiento que lo impulsó, siendo Poo una expresión en la que el aliento es explotado de los labios con más o menos vehemencia. Por otro lado, Z, cuando es inicial, es para ellos un sonido en el que el aliento es aspirado hacia adentro, y así Zu, pronunciado Zoo (que en su idioma es una sola letra), es el prefijo común a palabras que significan algo que atrae, agrada, toca el corazón, como Zummer, amante; Zutze, amor; Zuzulia, deleite. Este sonido de Z retraída parece, en efecto, apropiado para expresar cariño. Así, incluso en nuestro idioma, las madres les dicen a sus bebés, desafiando la gramática, «mi amor del zoológico»; y he oído a un profesor erudito de Boston llamar a su esposa (llevaba solo un mes casado) «mi pequeña mascota del zoológico».

Sin embargo, no puedo abandonar este tema sin observar cómo, debido a las sutiles variaciones en los dialectos

preferidos por diferentes tribus de la misma raza, el significado y la belleza originales de los sonidos pueden confundirse y deformarse. Zee me dijo con gran indignación que Zummer (amante), que, por la forma en que lo pronunciaba, parecía haber calado hondo en lo más profundo de su corazón, en algunas comunidades no muy lejanas de los Vril—ya se había transformado en el sonido medio sibilante, medio nasal y totalmente desagradable de Subber. Pensé que solo le faltaba la introducción de una *n* antes de *la u* para convertirlo en una palabra inglesa que reflejara la última cualidad que una Gy enamorada desearía en su Zummer.

Me limitaré a mencionar otra peculiaridad de este idioma que otorga igual fuerza y brevedad a sus formas de expresión.

La letra A es, para ellos como para nosotros, la primera letra del alfabeto, y a menudo se usa como prefijo para expresar una idea compleja de soberanía, jefatura o principio rector. Por ejemplo, Iva significa bondad; Diva, bondad y felicidad unidas; A—Diva, verdad absoluta e infalible. Ya he mencionado el valor de la A en A—glauran, así pues, en vril (a cuyas propiedades atribuyen su estado actual de civilización), A—vril denota, como ya he dicho, la civilización misma.

El filólogo habrá visto, por lo expuesto anteriormente, hasta qué punto la lengua de los Vril—ya guarda parentesco

con el ario o el indogermánico; pero, como todas las lenguas, contiene palabras y formas que provienen de fuentes lingüísticas muy opuestas. El propio título de Tur, que otorgan a su magistrado supremo, indica un plagio de una lengua emparentada con el turanio. Ellos mismos afirman que se trata de una palabra extranjera tomada de un título que, según sus registros históricos, ostentaba el jefe de una nación con la que los antepasados de los Vril-ya mantuvieron relaciones amistosas en épocas muy remotas, pero que hace tiempo se extinguió. Añaden que, tras el descubrimiento del vril, al reformar sus instituciones políticas, adoptaron expresamente un título de una raza extinta y una lengua muerta para el de su magistrado supremo, con el fin de evitar cualquier otro título para ese cargo con el que hubieran tenido vínculos previos.

Si la vida me lo permitiera, podría recopilar sistemáticamente el conocimiento que adquiriré de esta lengua durante mi estancia entre los Vril-ya. Pero lo que ya he dicho tal vez baste para mostrar a los verdaderos estudiantes de filología que una lengua que, conservando tantas raíces en su forma aborígen y eliminando de la etapa polisintética inmediata, pero transitoria, tantos obstáculos toscos, ha alcanzado tal unión de simplicidad y amplitud en sus formas flexivas finales, debe haber sido la obra gradual de incontables épocas y muchas variedades de pensamiento; que contiene la evidencia de la fusión entre razas afines y que requirió, para llegar a la forma de la que he dado

ejemplos, la cultura continua de un pueblo sumamente reflexivo.

Que, sin embargo, la literatura propia de esta lengua es una literatura del pasado; que el actual y afortunado estado de la sociedad que han alcanzado los Ana impide el cultivo progresivo de la literatura, especialmente en las dos divisiones principales de la ficción y la historia, lo demostraré más adelante.

CAPÍTULO XIII

Este pueblo tiene una religión y, digan lo que digan en su contra, al menos posee estas peculiaridades: primero, que todos creen en el credo que profesan; segundo, que todos practican los preceptos que este inculca. Se unen en la adoración del único Creador y Sustentador divino del universo. Creen que una de las propiedades de la omnipresente fuerza del ser humano es transmitir a la fuente de la vida y la inteligencia todo pensamiento que un ser vivo pueda concebir; y aunque no sostienen que la idea de una Deidad sea innata, afirman que el An (el hombre) es la única criatura, según su observación de la naturaleza, a quien se le concede *la capacidad de concebir esa idea*, con todas las ramificaciones del pensamiento que de ella se derivan. Sostienen que esta capacidad es un privilegio que no puede haber sido otorgado en vano, y por lo tanto, que la oración y la acción de gracias son aceptables para el Creador

divino y necesarias para el desarrollo completo del ser humano. Ofrecen sus oraciones tanto en privado como en público. Al no pertenecer a su grupo, no se me permitió el acceso al edificio o templo donde se realiza el culto público; pero me informaron que el servicio es sumamente breve y carece de toda pompa y ceremonia. Entre los Vrilya, sostienen que la devoción sincera o la completa abstracción del mundo real no pueden mantenerse por mucho tiempo sin beneficio alguno, especialmente en público, y que cualquier intento de hacerlo conduce al fanatismo o a la hipocresía. Cuando rezan en privado, lo hacen a solas o con sus hijos pequeños.

Se dice que en la antigüedad se escribieron numerosos libros sobre especulaciones acerca de la naturaleza de la Divinidad y sobre las formas de creencia o culto que se suponía más agradables a Él. Pero estas especulaciones solían provocar disputas tan acaloradas y airadas que no solo perturbaban la paz de la comunidad y dividían a las familias ante la mayor unidad, sino que, al discutir los atributos de la Divinidad, se llegaba a cuestionar su existencia o, peor aún, se la imponía a las pasiones y debilidades de los participantes. «Pues», dijo mi anfitrión, «dado que un ser finito como un An no puede definir lo Infinito, cuando intenta comprender la Divinidad, solo la reduce a un An semejante a sí mismo». Por lo tanto, en épocas posteriores, todas las especulaciones teológicas, aunque no prohibidas, se han desalentado hasta caer en desuso.

Los Vril-ya se unen en la convicción de un estado futuro más dichoso y perfecto que el presente. Si tienen nociones muy vagas sobre la doctrina de las recompensas y los castigos, es quizás porque carecen de sistemas de recompensas y castigos entre ellos, pues no hay crímenes que castigar, y su estándar moral es tan uniforme que ningún An entre ellos es considerado, en general, más virtuoso que otro. Si uno sobresale, tal vez, en una virtud, otro sobresale igualmente en alguna otra; si uno tiene su defecto o debilidad predominante, también la tiene otro. De hecho, en su extraordinario modo de vida, hay tan pocas tentaciones de hacer el mal, que son buenos (según sus nociones de bondad) simplemente por el hecho de vivir. Tienen algunas nociones fantasiosas sobre la continuidad de la vida, una vez otorgada, incluso en el mundo vegetal, como el lector verá en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XIV

Aunque, como ya he dicho, los Vril—ya desaconsejan toda especulación sobre la naturaleza del Ser Supremo, parecen coincidir en una creencia con la que pretenden resolver el gran problema de la existencia del mal, que tanto ha desconcertado a la filosofía del mundo superior. Sostienen que dondequiera que Él haya dado vida, con las percepciones de esa vida, por tenue que sea, como en una planta, la vida nunca se destruye; pasa a formas nuevas y mejoradas, aunque no en este planeta (a diferencia de la doctrina común de la metempsicosis⁹), y que el ser vivo conserva el sentido de identidad, de modo que conecta su

⁹ La metempsicosis es una antigua doctrina basada en la idea tradicional de la constitución triple del ser humano, que dice relación con el del traspaso de ciertos elementos psíquicos de un cuerpo a otro, luego de ocurrida la muerte de un ser o jivatma. En Occidente, la doctrina fue aceptada por el pitagorismo. [N. T.]

vida pasada con su futuro y es *consciente* de su mejora progresiva en la escala de la alegría. Pues afirman que, sin esta premisa, no pueden, según la luz de la razón humana que les ha sido concedida, descubrir la justicia perfecta que debe ser una cualidad constitutiva del Omnisciente y el Omnibondadoso. Dicen que la injusticia solo puede emanar de tres causas: falta de sabiduría para percibir lo que es justo, falta de benevolencia para desearlo y falta de poder para cumplirlo; y que cada una de estas tres carencias es incompatible con el Omnisciente, el Omnipotente y el Todopoderoso. Pero que, incluso en esta vida, la sabiduría, la benevolencia y el poder del Ser Supremo son suficientemente evidentes como para obligarnos a reconocerlos, la justicia que necesariamente resulta de esos atributos requiere absolutamente otra vida, no solo para el hombre, sino para todo ser vivo de órdenes inferiores. Que, tanto en el mundo animal como en el vegetal, vemos a un individuo convertido, por circunstancias ajenas a su voluntad, en sumamente miserable en comparación con sus vecinos; uno solo existe como presa de otro; incluso una planta sufre una enfermedad hasta perecer prematuramente, mientras que la planta contigua se regocija en su vitalidad y vive felizmente sin dolor. Que es una analogía errónea de las debilidades humanas responder diciendo que el Ser Supremo solo actúa por leyes generales, haciendo así que sus propias causas secundarias sean tan potentes que perjudiquen la bondad esencial de la Primera Causa; y una concepción aún más mezquina e ignorante del

Todo-Bien, descartar con un breve desprecio toda consideración de justicia para las innumerables formas en las que Él ha infundido vida, y asumir que la justicia se debe solo al único producto del An. No hay pequeño ni grande a los ojos del divino Dador de Vida. Pero una vez que se concede que nada, por humilde que sea, que sienta que vive y sufre, puede perecer a través de la serie de edades, que todo su sufrimiento aquí, si es continuo desde el momento de su nacimiento hasta el de su transferencia a otra forma de ser, sería más breve comparado con la eternidad que el llanto del recién nacido comparado con toda la vida de un hombre. Y supongamos que este ser vivo conserva su sentido de identidad cuando es transferido de esa manera (pues sin ese sentido no podría ser consciente de ningún ser futuro), y aunque, en efecto, el cumplimiento de la justicia divina se encuentra fuera del alcance de nuestro conocimiento, tenemos derecho a suponer que es uniforme y universal, y no variable y parcial, como lo sería si actuara solo sobre leyes secundarias generales; porque tal justicia perfecta fluye necesariamente de la perfección del conocimiento para concebir, la perfección del amor para querer y la perfección del poder para completarla.

Por muy fantástica que parezca esta creencia de los Vrilya, tiende quizás a confirmar políticamente los sistemas de gobierno que, admitiendo distintos grados de riqueza, establecen una igualdad perfecta de rango, una exquisita gentileza en todas las relaciones y tratos, y ternura hacia

todas las cosas creadas que el bien de la comunidad no exige que destruyan. Y aunque su noción de compensación a un insecto torturado o a una flor marchita pueda parecernos a algunos una idea descabellada, al menos no es maliciosa; y puede dar pie a reflexiones agradables pensar que en los abismos de la tierra, jamás iluminados por un rayo de los cielos materiales, haya penetrado una convicción tan luminosa de la inefable bondad del Creador; una idea tan arraigada que las leyes generales por las que Él actúa no admiten ninguna injusticia o maldad parcial, y por lo tanto no pueden comprenderse sin hacer referencia a su acción en todo el espacio y a lo largo de todo el tiempo. Y puesto que, como tendré ocasión de observar más adelante, las condiciones intelectuales y los sistemas sociales de esta raza subterránea comprenden y armonizan grandes y aparentemente antagónicas variedades de doctrina y especulación filosófica que de vez en cuando se han iniciado, discutido, descartado y han reaparecido entre pensadores o soñadores del mundo superior, así que quizás pueda concluir apropiadamente esta referencia a la creencia de los Vril-ya, de que la vida autoconsciente o sensible, una vez dada, es indestructible entre las criaturas inferiores, así como en el hombre, con un elocuente pasaje de la obra de ese eminente zoólogo, Louis Agassiz¹⁰, que acabo de encontrar, muchos

10 Jean Louis Rodolphe Agassiz (Môtier, Suiza, 28 de mayo de 1807-Cambridge, Estados Unidos, 14 de diciembre de 1873), fue un naturalista, especialista en anatomía comparada, paleontólogo, glaciólogo y geólogo suizo, experto en el estudio comparado de los peces –fundamento de la

años después de haber plasmado en papel aquellos recuerdos de la vida de los Vrils—ya que ahora reduzco a una especie de ordenación y forma: “Las relaciones que los animales individuales mantienen entre sí son de tal carácter que hace mucho tiempo deberían haberse considerado prueba suficiente de que ningún ser organizado podría haber sido jamás llamado a la existencia por otra agencia que no sea la intervención directa de una mente reflexiva. Esto argumenta fuertemente a favor de la existencia en cada animal de un principio inmaterial similar al que, por su excelencia y dotes superiores, sitúa al hombre muy por encima de los animales; sin embargo, el principio existe indudablemente, y ya sea que se le llame sentido, razón o instinto, presenta en toda la gama de seres organizados una serie de fenómenos estrechamente vinculados, y sobre él se basan no solo las manifestaciones superiores de la mente, sino la permanencia misma de las diferencias específicas que caracterizan a cada organismo. La mayoría de los argumentos a favor de la inmortalidad del hombre se aplican igualmente a la permanencia de este principio en otros seres vivos. ¿Acaso no puedo añadir que una vida futura en la que el hombre se viera privado de esa gran fuente de goce y mejora intelectual y moral que resulta de la contemplación de las armonías de un mundo orgánico implicaría una pérdida lamentable? ¿Y no podemos considerar un concierto espiritual de los mundos combinados y *todos* sus habitantes

en presencia de su Creador como la concepción más elevada del paraíso? *[Ensayo sobre la clasificación, sección xvii]*.

CAPÍTULO XV

Todos en esta casa fueron amables conmigo, pero la joven hija de mi anfitrión fue la más considerada y atenta. Siguiendo su sugerencia, dejé a un lado las vestiduras con las que había descendido del mundo superior y adopté la vestimenta de los Vril-ya, con la excepción de las ingeniosas alas que les servían, al caminar, como un elegante manto. Como muchos Vril-ya, al ocuparse de sus actividades urbanas, no usaban estas alas, esta excepción no creó una diferencia notable entre yo y la raza entre la que me alojaba, y así pude visitar la ciudad sin despertar curiosidad. Fuera de la casa, nadie sospechaba que yo venía del mundo superior, y simplemente me consideraban uno más de alguna tribu inferior y bárbara a la que Aph-Lin hospedaba.

La ciudad era grande en proporción al territorio que la rodeaba, que no era mayor que la finca de muchos nobles ingleses o húngaros; pero todo el territorio, hasta el borde de las rocas que constituían su límite, estaba cultivado con esmero, salvo en ciertas zonas de montaña y pasto que se dejaban libres, por razones humanitarias, para el sustento de los animales inofensivos que habían domesticado, aunque no para uso doméstico. Tal es su bondad hacia estas criaturas más humildes, que se destina una suma del tesoro público para trasladarlas a otras comunidades de Vril-ya dispuestas a recibirlas (principalmente nuevas colonias), cuando su número supera la capacidad de los pastos asignados en su lugar de origen. Sin embargo, no se multiplican en una proporción comparable a la de los animales criados para el sacrificio. Parece una ley de la naturaleza que los animales que no son útiles para el hombre se retiren gradualmente de los dominios que ocupa, o incluso se extingan. Es una antigua costumbre de los diversos estados soberanos entre los que se distribuye la raza Vril-ya, dejar entre cada Estado una frontera neutral y sin cultivar. En el caso de la comunidad a la que me refiero, este territorio, siendo una cadena de rocas escarpadas, era intransitable a pie, pero se podía superar fácilmente, ya fuera por las alas de sus habitantes o por las embarcaciones aéreas, de las que hablaré más adelante. También se abrieron caminos a través de él para el tránsito de vehículos impulsados por vril. Estos territorios interconectados se mantenían siempre iluminados, y su mantenimiento se

sufragaba mediante un impuesto especial al que todas las comunidades comprendidas en la denominación Vril-ya contribuían en proporciones fijas. Por estos medios, se mantenía un considerable comercio con otros estados, tanto cercanos como lejanos. La riqueza excedente de esta comunidad especial era principalmente agrícola. La comunidad también destacaba por su habilidad en la construcción de herramientas relacionadas con las artes de la agricultura. A cambio de tales mercancías, obtenía artículos más de lujo que de primera necesidad. Había pocas cosas importadas a las que les pusieran un precio más alto que a los pájaros entrenados para tocar melodías artísticas en concierto. Estos eran traídos de muy lejos y eran maravillosos por la belleza de su canto y plumaje. Entendí que sus criadores y maestros ponían un cuidado extraordinario en la selección, y que la especie había mejorado maravillosamente durante los últimos años. No vi otros animales de compañía en esta comunidad excepto algunas criaturas muy divertidas y juguetonas de la especie batraciana, parecidas a ranas, pero con rostros muy inteligentes, a las que los niños adoraban y mantenían en sus jardines privados. Aparentemente no tienen animales emparentados con nuestros perros o caballos, aunque esa erudita naturalista, Zee, me informó que tales criaturas alguna vez existieron en esas tierras, y que ahora podrían encontrarse en regiones habitadas por otras razas distintas a los Vril-ya. Dijo que habían desaparecido gradualmente del mundo más civilizado desde el descubrimiento del vril, y los

resultados que acompañaron a ese descubrimiento, habían prescindido de sus usos. La maquinaria y la invención de las alas habían reemplazado al caballo como bestia de carga; y el perro ya no era necesario ni para protección ni para la caza, como lo había sido cuando los ancestros de los Vril—ya temían las agresiones de su propia especie o cazaban animales más pequeños para alimentarse. De hecho, en lo que respecta al caballo, esta región era tan rocosa que un caballo habría sido de poca utilidad allí, tanto para el ocio como para la carga. La única criatura que utilizan para este último propósito es una especie de cabra grande que se emplea mucho en las granjas. Se puede decir que la naturaleza del suelo circundante en estos distritos fue la primera en sugerir la invención de las alas y las embarcaciones aéreas. La amplitud del espacio, en proporción al territorio rural que ocupaba la ciudad, se debía a la costumbre de rodear cada casa con un jardín separado. La ancha calle principal, donde vivía Aph—Lin, se extendía en una vasta plaza, donde se ubicaban el Colegio de Sabios y todas las oficinas públicas; una magnífica fuente del fluido *luminous* que yo llamo nafta (ignoro su verdadera naturaleza) en el centro. Todos estos edificios públicos poseen una uniformidad de solidez y monumentalidad. Me recordaban a las pinturas arquitectónicas de Martin. A lo largo de los pisos superiores de cada uno se extendía un balcón, o más bien un jardín aterrazado, sostenido por columnas, repleto de plantas con flores y habitado por diversas especies de aves domesticadas. Desde la plaza se

ramificaban varias calles, todas anchas y brillantemente iluminadas, que ascendían por la colina a ambos lados. En mis excursiones por la ciudad, nunca me permitían ir solo; Aph-Lin o su hija eran mis acompañantes habituales. En esta comunidad, se ve a un Gy adulto caminando con cualquier An joven con la misma familiaridad que si no hubiera diferencia de sexo.

Las tiendas no son muy numerosas; quienes atienden a los clientes son niños de distintas edades, sumamente inteligentes y corteses, pero sin rastro de importunidad ni servilismo. El tendero puede estar a la vista o no; cuando lo está, rara vez parece ocuparse de algo relacionado con su oficio; sin embargo, se había dedicado a él por una afición especial, independientemente de su situación económica general.

Algunos de los ciudadanos más ricos de la comunidad tenían este tipo de tiendas. Como ya he dicho, no se reconoce ninguna diferencia de rango, y por lo tanto todas las ocupaciones tienen el mismo estatus social. Un An, a quien le compré mis sandalias, era hermano del Tur, o magistrado principal; y aunque su tienda no era más grande que la de cualquier zapatero en Bond Street o Broadway, se decía que era el doble de rico que el Tur que vivía en un palacio. Sin duda, sin embargo, tenía alguna residencia campestre.

Las Ana de la comunidad son, en general, seres indolentes tras la etapa activa de la infancia. Ya sea por temperamento o filosofía, consideran el descanso una de las mayores bendiciones de la vida. De hecho, cuando se le quitan a un ser humano los incentivos a la acción que se encuentran en la codicia o la ambición, no me extraña que descanse en paz.

En sus movimientos cotidianos prefieren usar sus pies en lugar de sus alas. Pero para sus deportes o (para permitirme un uso audaz del término) sus *paseos públicos*, emplean estas últimas, también para las danzas aéreas que he descrito, así como para visitar sus fincas, que en su mayoría se encuentran en alturas elevadas; y, cuando aún son jóvenes, prefieren sus alas, para viajar a otras regiones de Ana, a los vehículos.

Quienes se acostumbran a volar pueden alcanzar velocidades de entre veinticinco y treinta millas por hora, aunque no tan rápidas como algunas aves, y mantener ese ritmo durante cinco o seis horas seguidas. Sin embargo, los Ana, al llegar a la mediana edad, generalmente no son aficionados a los movimientos bruscos que requieren ejercicio intenso. Quizás por esta razón, pues sostienen una doctrina que nuestros médicos sin duda aprobarían —a saber, que la transpiración regular a través de los poros de la piel es esencial para la salud—, utilizan habitualmente los baños de sudoración que denominamos turcos o romanos, seguidos de duchas con aguas perfumadas. Tienen gran fe en las virtudes salubres de ciertos perfumes.

También es costumbre entre ellos, en periodos puntuales pero poco frecuentes, quizás cuatro veces al año cuando gozan de buena salud, tomar un baño con vril¹¹. Consideran que este líquido, usado con moderación, es un gran sustento de la vida; pero usado en exceso, estando en un estado normal de salud, tiende a provocar reacciones adversas y agotamiento. Sin embargo, para casi todas sus enfermedades, recurren a él como principal aliado de la naturaleza para aliviar la dolencia.

A su manera, son el pueblo más lujoso, pero todos sus lujos son inocentes. Podría decirse que habitan en una atmósfera de música y fragancia. Cada habitación tiene sus artilugios mecánicos para producir sonidos melodiosos, generalmente afinados a notas suaves y susurrantes, que parecen dulces susurros de espíritus invisibles. Están demasiado acostumbrados a estos suaves sonidos como para considerarlos un obstáculo para la conversación, ni, cuando están solos, para la reflexión. Pero tienen la noción de que respirar un aire lleno de melodía y perfume continuos tiene necesariamente un efecto a la vez calmante y elevado en la formación del carácter y los hábitos de pensamiento. Aunque tan moderados, y con una abstinencia total de otros alimentos de origen animal que no sean la leche, y de todas

11 Una vez probé el efecto del baño de vril. Sus propiedades revitalizantes eran muy similares a las de los baños de Gastein, cuyas virtudes muchos médicos atribuyen a la electricidad; pero, aunque similares, el efecto del baño de vril era más duradero.

las bebidas embriagantes, son delicados y refinados hasta el extremo en la comida y la bebida; e incluso los ancianos exhiben una alegría infantil en todos sus deportes. La felicidad es el fin al que aspiran, no como la emoción de un momento, sino como la condición predominante de toda la existencia; y el respeto por la felicidad mutua se evidencia en la exquisita amabilidad de sus modales.

Su conformación craneal presenta marcadas diferencias con respecto a la de cualquier raza conocida en el mundo superior, aunque no puedo evitar pensar que se trata de un desarrollo, a lo largo de incontables eras, del tipo braquicefálico¹² de la Edad de Piedra en los "Elementos de Geología" de Lyell, CX, p. 113, en comparación con el tipo dolicocefalo del comienzo de la Edad de Hierro, correspondiente al que ahora prevalece entre nosotros y que se denomina tipo celta. Posee la misma solidez comparativa de la frente, que no se retrae como en el celta; la misma redondez uniforme en los órganos frontales; pero es mucho más elevada en el ápice y mucho menos pronunciada en el hemisferio craneal posterior, donde los frenólogos ubican los órganos animales. Hablando como frenólogo, el cráneo común a los Vril-ya tiene los órganos de peso, número, tono, forma, orden y causalidad muy desarrollados; el de la construcción mucho más pronunciado

12 La braquicefalia es una malformación congénita del cráneo que se caracteriza por una cabeza anormalmente plana en la parte posterior y ancha en la parte frontal. [N. T.]

que el de la idealidad. Los llamados órganos morales, como la escrupulosidad y la benevolencia, son asombrosamente plenos; el amor y la combatividad son escasos; la adhesión, abundante; el órgano de la destructividad (¿?, de la eliminación decidida de obstáculos) inmenso, pero menor que el de la benevolencia; y su filoprogenitividad adquiere más bien el carácter de compasión y ternura hacia las cosas que necesitan ayuda o protección que el amor animal por la descendencia. Jamás conocí a una persona deforme o malformada. La belleza de sus rostros no reside solo en la simetría de sus rasgos, sino en una suavidad superficial que se mantiene sin arrugas hasta la vejez, y en una serena dulzura de expresión, combinada con esa majestad que parece emanar de la conciencia del poder y la ausencia de todo terror, físico o moral. Es precisamente esa dulzura, unida a esa majestad, la que inspiró en un observador como yo, acostumbrado a lidiar con las pasiones humanas, un sentimiento de humillación, de asombro, de pavor. Es una expresión como la que un pintor usaría para describir a un semidiós, un genio o un ángel. Los varones de Vril-ya son completamente imberbes; los Gy-ei, en la vejez, a veces desarrollan un pequeño bigote.

Me sorprendió descubrir que el color de su piel no era uniformemente el que había observado en las personas con las que me había encontrado inicialmente; algunas eran mucho más claras, incluso con ojos azules y cabello de un

castaño dorado intenso, aunque con una tez más cálida o de tono más intenso que la de las personas del norte de Europa.

Me dijeron que esta mezcla de colores surgió del mestizaje con otras tribus más distantes de los Vril-ya, quienes, ya fuera por el clima o por una distinción racial temprana, tenían tonos más claros que las tribus a las que pertenecía esta comunidad. Se consideraba que la piel rojiza oscura mostraba la ascendencia más antigua de Ana; pero no sentían orgullo por esa antigüedad y, por el contrario, creían que su actual excelencia racial provenía del mestizaje frecuente con otras familias diferentes, pero emparentadas; y fomentaban tales matrimonios mixtos, siempre y cuando fueran con naciones Vril-ya. Naciones que, al no conformar sus costumbres e instituciones a las de los Vril-ya, ni ser consideradas capaces de adquirir los poderes sobre las agencias vril que les había llevado generaciones alcanzar y transmitir, eran vistas con más desdén que los ciudadanos de Nueva York a los negros.

Aprendí de Zee, quien poseía más conocimientos sobre todos los temas que cualquier otro hombre con quien tuve la oportunidad de conversar, que la superioridad de los Vril-ya se suponía que tenía su origen en la intensidad de sus luchas anteriores contra los obstáculos de la naturaleza en las localidades donde se habían asentado inicialmente. «Dondequiera que», dijo Zee, moralizando, «dondequiera que se desarrolle ese proceso primigenio en la historia de la civilización, por el cual la vida se convierte en una lucha, en

la cual el individuo debe desplegar todas sus fuerzas para competir con sus semejantes, invariablemente encontramos este resultado: dado que en la competencia un gran número debe perecer, la naturaleza selecciona para su preservación solo los ejemplares más fuertes o los más egoístas. Por lo tanto, en nuestra raza, incluso antes del descubrimiento del vril, solo se conservaron las organizaciones más elevadas; y existe entre nuestros libros antiguos una leyenda, antaño creída popularmente, que dice que fuimos expulsados de una región que parece denotar el mundo del que ustedes provienen, para perfeccionar nuestra condición y alcanzar la eliminación más pura de nuestra especie mediante la severidad de las luchas que sufrieron nuestros antepasados; y que, cuando nuestra educación se complete finalmente, estamos destinados a regresar al mundo superior y suplantar a todas las razas inferiores que ahora existen en él».

Aph-Lin y Zee solían conversar conmigo en privado sobre las condiciones políticas y sociales de aquel mundo superior, en el que Zee, con gran filosofía, suponía que sus habitantes serían exterminados tarde o temprano por la llegada de los Vril-ya. En mis relatos —en los que yo seguía esforzándome al máximo (sin caer en falsedades tan rotundas que la perspicacia de mis oyentes las hubiera detectado fácilmente)— encontraban motivos constantes para comparar nuestras fuerzas y a nosotros mismos desde el punto de vista más favorable, con las razas subterráneas más viles, a las que consideraban irremediablemente sumidas en

la barbarie y condenadas a una extinción gradual, aunque segura. Pero ambos coincidían en su deseo de ocultar a su comunidad cualquier apertura prematura a las regiones iluminadas por el sol; ambos eran humanitarios y les horrorizaba la idea de aniquilar a tantos millones de criaturas; y las imágenes que yo pintaba de nuestra vida, por muy idealizadas que fueran, les entristecían. En vano me jacté de nuestros grandes hombres —poetas, filósofos, oradores, generales— y desafié a los Vril-ya a que produjeran a sus iguales. ¡Ay! —dijo Zee, su rostro majestuoso suavizándose en una compasión angelical—, esta predominancia de unos pocos sobre muchos es la señal más segura y fatal de una raza incorregiblemente salvaje. ¿No veis que la condición primaria de la felicidad mortal consiste en la extinción de esa lucha y competencia entre individuos, que, sin importar las formas de gobierno que adopten, subordinan a muchos a pocos, destruyen la verdadera libertad del individuo, cualquiera que sea la libertad nominal del Estado, y anulan esa calma de la existencia, sin la cual no se puede alcanzar la felicidad, mental o corporal? Nuestra idea es que cuanto más podamos asimilar la vida a la existencia que nuestras ideas más nobles pueden concebir como la de los espíritus al otro lado de la tumba, más nos aproximaremos a una felicidad divina aquí, y más fácilmente nos deslizaremos hacia las condiciones del ser en el más allá. Porque, sin duda, todo lo que podemos imaginar de la vida de los dioses, o de los inmortales bienaventurados, supone la ausencia de

preocupaciones autoimpuestas y contenciosas. pasiones, como la avaricia y la ambición. Nos parece que debe ser una vida de serena tranquilidad, no exenta de ocupaciones activas para las facultades intelectuales o espirituales, pero ocupaciones, de cualquier naturaleza que sean, afines a las idiosincrasias de cada uno, no forzadas ni repugnantes; una vida alegrada por el intercambio sin restricciones de afectos gentiles, en la que la atmósfera moral mata por completo el odio y la venganza, y la discordia y la rivalidad. Tal es el estado político al que todas las tribus y familias de los Vril-ya buscan llegar, y hacia ese objetivo se moldean todas nuestras teorías de gobierno. Ves cuán opuesto es tal progreso al de las naciones incivilizadas de las que vienes, y que apuntan a una perpetuidad sistemática de problemas, preocupaciones y pasiones belicosas, agravadas cada vez más a medida que su progreso avanza a toda velocidad. La más poderosa de todas las razas de nuestro mundo, más allá del territorio de los Vril-ya, se considera la sociedad política mejor gobernada de todas, y cree haber alcanzado en ese sentido la máxima expresión de sabiduría política, de modo que las demás naciones tienden a imitarla. Ha establecido, sobre su base más amplia, el Koom-Posh, es decir, el gobierno de los ignorantes basado en el principio de ser los más numerosos. Ha depositado la suprema felicidad en la competencia mutua en todo, de manera que las malas pasiones nunca descansan: compiten por el poder, por la riqueza, por algún tipo de eminencia; y en esta rivalidad es horrible oír las invectivas, las calumnias y las difamaciones

que incluso los mejores y más apacibles entre ellos se profieren sin remordimiento ni vergüenza.

«Hace algunos años —dijo Aph—Lin—, visité a este pueblo, y su miseria y degradación eran aún más espantosas porque siempre se jactaban de su felicidad y grandeza en comparación con el resto de su especie. Y no hay esperanza de que este pueblo, que evidentemente se asemeja al vuestro, pueda mejorar, porque todas sus ideas tienden a un mayor deterioro. Desean extender su dominio cada vez más, en directa oposición a la verdad de que, más allá de un territorio muy limitado, es imposible asegurar a una comunidad la felicidad que anhela una familia bien organizada; y cuanto más perfeccionan un sistema mediante el cual unos pocos individuos se engrandecen y se engrosan hasta superar la consunción estándar de millones, más se burlan, exigen y gritan: “¡Ved con qué grandes excepciones a la pequeñez común de nuestra raza demostramos los magníficos resultados de nuestro sistema!”»

—De hecho —retomó Zee—, si la sabiduría de la vida humana consiste en aproximarse a la serena igualdad de los inmortales, no hay mejor camino hacia lo opuesto que un sistema que pretende llevar al extremo las desigualdades y turbulencias de los mortales. Tampoco veo cómo, mediante ninguna forma de creencia religiosa, los mortales, actuando así, podrían siquiera apreciar las alegrías de los inmortales a las que esperan ser transferidos con el simple acto de morir. Al contrario, las mentes acostumbradas a situar la felicidad

en cosas tan opuestas a lo divino, encontrarían la felicidad de los dioses sumamente aburrida y anhelarían regresar a un mundo en el que pudieran discutir entre sí.

CAPÍTULO XVI

He hablado tanto del Bastón Vril que mi lector podría esperar que lo describiera. Esto no puedo hacerlo con precisión, pues nunca se me permitió manipularlo por temor a sufrir algún accidente terrible debido a mi desconocimiento de su uso. Es hueco y tiene en el mango varios topes, llaves o resortes que permiten alterar, modificar o dirigir su fuerza; de modo que con un proceso destruye, con otro cura; con uno puede partir la roca, con otro dispersar el vapor; con uno afecta a los cuerpos, con otro puede ejercer cierta influencia sobre las mentes. Generalmente se lleva en el tamaño práctico de un bastón, pero tiene correderas que permiten alargarlo o acortarlo a voluntad. Cuando se usa para fines especiales, la parte superior descansa en el hueco de la palma de la mano, con los dedos índice y medio extendidos. Sin embargo, me aseguraron que su poder no era igual en todos, sino

proporcional a la cantidad de ciertas propiedades vril en el portador, en afinidad o *relación* con los propósitos que se pretendían lograr. Algunos eran más potentes para destruir, otros para curar, etc.; mucho dependía también de la calma y la firmeza de la voluntad del manipulador. Afirman que el pleno ejercicio del poder vril solo puede adquirirse mediante el temperamento constitucional (?), mediante la organización transmitida hereditariamente —y que una niña de cuatro años perteneciente a las razas Vril-ya puede realizar proezas con la varita colocada por primera vez en su mano, que ni siquiera el mecánico más fuerte y hábil, nacido fuera de la zona de influencia de los Vril-ya, podría lograr en toda una vida dedicada a su práctica. No todas estas varitas son igualmente complejas; las que se confían a los niños son mucho más simples que las que portan los sabios de ambos sexos, y están construidas teniendo en cuenta el propósito especial en el que se emplean los niños; que, como ya he dicho, entre los niños más pequeños es el más destructivo. En las varitas de las esposas y madres, la fuerza destructiva correlativa suele estar abstraída, mientras que el poder curativo está completamente cargado. Ojalá pudiera decir más detalles sobre este singular conductor del fluido vril, pero su mecanismo es tan exquisito como maravillosos son sus efectos.

Sin embargo, debo decir que este pueblo ha inventado ciertos tubos mediante los cuales el fluido vril puede ser conducido hacia el objeto que se pretende destruir, a lo largo

de una distancia casi indefinida; al menos, lo digo con modestia cuando digo de 500 a 600 millas. Y su ciencia matemática aplicada a tal propósito es tan precisa que, según el informe de algún observador en una lancha neumática, cualquier miembro del departamento de vril puede estimar sin error la naturaleza de los obstáculos intermedios, la altura a la que debe elevarse el proyectil y la cantidad de carga que debe tener, para reducir a cenizas, en un lapso de tiempo demasiado corto para que me atreva a especificarlo, una capital dos veces más grande que Londres.

Sin duda, estas Ana son unas mecánicas maravillosas, maravillosas por su capacidad para adaptar la facultad inventiva a usos prácticos.

Acompañé a mi anfitrión y a su hija Zee al gran museo público, que ocupa un ala del Colegio de los Sabios, y donde se guardan, como curiosos ejemplos de los experimentos ignorantes y torpes de la antigüedad, muchos artilugios de los que nos enorgullecemos como logros recientes. En una sección, desechados sin cuidado como si fueran madera obsoleta, se encuentran tubos para aniquilar la vida mediante bolas metálicas y pólvora inflamable, basados en el principio de nuestros cañones y catapultas, e incluso más letales que nuestros últimos inventos.

Mi anfitrión habló de ellos con una sonrisa de desdén, como la que un artillero podría dedicar a los arcos y flechas chinos. En otra sección había maquetas de vehículos y

embarcaciones a vapor, y de un globo aerostático que bien podría haber sido construido por Montgolfier¹³. «Tales», dijo Zee con aire de sabiduría meditativa, «¡tales eran los débiles juegos con la naturaleza de nuestros ancestros salvajes, antes incluso de que tuvieran una mínima idea de las propiedades del vril!».

Esta joven Gy era un magnífico ejemplo de la fuerza muscular que alcanzan las mujeres de su país. Sus rasgos eran hermosos, como los de toda su raza: jamás en el mundo superior había visto un rostro tan grandioso e impecable, pero su dedicación a los estudios más rigurosos había dotado a su semblante de una expresión de pensamiento abstracto que lo hacía algo severo en reposo; y tal severidad se volvía formidable al observarla junto con sus amplios hombros y su elevada estatura. Era alta incluso para una Gy, y la vi levantar un cañón con la misma facilidad con la que yo podía levantar una pistola de bolsillo. Zee me inspiró un profundo terror, un terror que aumentó cuando entramos en una sección del museo dedicada a modelos de artilugios accionados por vril; pues allí, con tan solo un cierto movimiento de su bastón de vril, ella misma de pie a cierta distancia, ponía en movimiento sustancias grandes y pesadas. Parecía dotarlas de inteligencia y hacer que comprendieran y obedecieran su mandato. Ella ponía en movimiento complejas piezas de

13 Joseph-Michel Montgolfier y Jacques-Étienne Montgolfier fueron dos hermanos franceses conocidos por ser considerados los inventores del globo aerostático. [N. T.]

maquinaria, detenía su movimiento o lo continuaba, hasta que, en un tiempo increíblemente corto, diversos tipos de materia prima se reproducían como obras de arte simétricas, completas y perfectas. Cualquier efecto que el mesmerismo o la electrobiología produjeran sobre los nervios y músculos de los objetos animados, esta joven Gy lo producía mediante el movimiento de su delgada varilla sobre los resortes y ruedas de mecanismos inanimados.

Cuando mencioné a mis compañeros mi asombro ante esta influencia sobre la materia inanimada —si bien reconocí que, en nuestro mundo, había presenciado fenómenos que demostraban que sobre ciertas organizaciones vivientes otras organizaciones vivientes podían establecer una influencia genuina en sí misma, pero a menudo exagerada por la credulidad o la astucia— Zee, que estaba más interesada en estos temas que su padre, me pidió que extendiera la mano y, luego, colocando la suya junto a la mía, me llamó la atención sobre ciertas distinciones de tipo y carácter. En primer lugar, el pulgar del Gy (y, como noté después, de toda esa raza, macho o hembra) era mucho más grande, a la vez más largo y más macizo, que el que se encuentra en nuestra especie sobre la tierra. Hay, en esto, casi una diferencia tan grande como la que hay entre el pulgar de un hombre y el de un gorila. En segundo lugar, la palma es proporcionalmente más gruesa que la nuestra —la textura de la piel infinitamente más fina y suave— su temperatura promedio es mayor. Más notable aún es un

nervio visible, perceptible bajo la piel, que parte de la muñeca, bordea la base del pulgar y se ramifica, en forma de horquilla, en la base de los dedos índice y medio. “Con la escasa formación de tu pulgar”, dijo el filósofo y joven Gy, “y con la ausencia del nervio que encuentras más o menos desarrollado en las manos de nuestra raza, nunca podrás alcanzar más que un poder imperfecto y débil sobre la agencia del vril; pero en lo que respecta al nervio, este no se encuentra en las manos de nuestros primeros progenitores, ni en las de las tribus más primitivas fuera del ámbito del Vril-ya. Se ha desarrollado lentamente a lo largo de generaciones, comenzando con los primeros logros y aumentando con el ejercicio continuo del poder del vril; por lo tanto, en el transcurso de mil o dos mil años, tal nervio posiblemente pueda engendrarse en aquellos seres superiores de tu raza, que se dedican a esa ciencia suprema mediante la cual se alcanza el dominio sobre todas las fuerzas más sutiles de la naturaleza impregnadas por el vril. Pero cuando hablas de la materia como algo en sí mismo inerte e inmóvil, tus padres o tutores seguramente no te dejaron tan ignorante como para no saber que ninguna forma de materia es inmóvil e inerte: cada partícula está constantemente en constante movimiento y sometida a la acción continua de agentes, de los cuales el calor es el más evidente y rápido, pero el vril el más sutil y, cuando se maneja con destreza, el más poderoso. De modo que, en realidad, la corriente lanzada por mi mano y guiada por mi voluntad no hace sino acelerar y potenciar la acción que

eternamente actúa sobre cada partícula de materia, por inerte y obstinada que parezca. Si un montón de metal no es capaz de originar un pensamiento propio, sin embargo, gracias a su susceptibilidad interna al movimiento, adquiere la capacidad de recibir el pensamiento del agente intelectual que actúa sobre él; y al serle transmitido con la fuerza suficiente del poder del vril, se ve obligado a obedecer como si fuera desplazado por una fuerza corporal visible. Está animado, por el momento, por el alma así infundida en él, de modo que casi se podría decir que vive y razona. Sin esto, no podríamos lograr que nuestros autómatas sustituyeran a los sirvientes.

Me impresionaban demasiado los argumentos y la erudición de la joven Gy como para arriesgarme a discutir con ella. Había leído en algún lugar durante mi época escolar que un hombre sabio, discutiendo con un emperador romano, de repente retrajo sus argumentos; y cuando el emperador le preguntó si no tenía nada más que decir sobre su postura, respondió: «No, César, no se puede discutir con un razonador que comanda veinticinco legiones».

Aunque secretamente sospechaba que, cualesquiera que fueran los efectos reales del vril sobre la materia, el señor Faraday podría haberla reivindicado como una filósofa muy superficial en cuanto a su alcance o sus causas, no dudaba de que Zee podría haber noqueado a todos los miembros de la Royal Society, uno tras otro, de un solo puñetazo. Todo hombre sensato sabe que es inútil discutir con cualquier

mujer común sobre asuntos que comprende; pero discutir con una Gy de dos metros de altura sobre los misterios del vril, ¡es como discutir en el desierto y con un simún!

Entre los diversos departamentos a los que se destinaba el vasto edificio del Colegio de Sabios, el que más me interesó fue el dedicado a la arqueología de Vril-ya, que comprendía una antiquísima colección de retratos. En ellos, los pigmentos y la imprimación empleados eran de una naturaleza tan duradera que incluso las pinturas que se dice fueron realizadas en fechas tan remotas como las de los primeros anales chinos, conservaban gran frescura de color. Al examinar esta colección, dos cosas me llamaron especialmente la atención: primero, que las pinturas que se dice que tienen entre 6000 y 7000 años de antigüedad presentaban un grado artístico mucho mayor que cualquiera producido en los últimos 3000 o 4000 años; y segundo, que los retratos del período anterior se asemejaban mucho más a los rasgos faciales de nuestro mundo superior y europeo. Algunos de ellos, de hecho, me recordaron las cabezas italianas que asoman del lienzo de Tiziano, que hablan de ambición o astucia, de preocupación o de dolor, con surcos por los que las pasiones han pasado con arado de hierro. Estos eran los rostros de hombres que habían vivido en lucha y conflicto antes de que el descubrimiento de las fuerzas latentes del vril cambiara el carácter de la sociedad; hombres que habían luchado entre sí por el poder o la fama, como luchamos nosotros en el mundo superior.

El tipo de rostro comenzó a mostrar un cambio marcado unos mil años después de la revolución vril, volviéndose entonces, con cada generación, más sereno, y en esa serenidad terriblemente distinto de los rostros de los hombres trabajadores y pecadores; mientras que en proporción a medida que la belleza y la grandeza del semblante mismo se desarrollaban más plenamente, el arte del pintor se volvía más manso y monótono.

Pero la mayor curiosidad de la colección residía en tres retratos pertenecientes a la época prehistórica, que, según la tradición mítica, fueron realizados por orden de un filósofo, cuyo origen y atributos estaban tan mezclados con la fábula simbólica como los de un Buda indio o un Prometeo griego.

De este misterioso personaje, a la vez sabio y héroe, todas las secciones principales de la raza Vril-ya pretenden rastrear un origen común.

Los retratos son del propio filósofo, de su abuelo y de su bisabuelo. Todos son de cuerpo entero. El filósofo viste una túnica larga que parece formar una armadura escamosa suelta, tomada, quizás, de algún pez o reptil, pero los pies y las manos están al descubierto: los dedos de ambos son maravillosamente largos y palmeados. Tiene poca o ninguna garganta perceptible y una frente baja y retraída, nada que ver con el ideal de un sabio. Tiene ojos castaños brillantes y prominentes, una boca muy ancha, pómulos altos y una tez

turbia. Según la tradición, este filósofo vivió hasta una edad patriarcal, abarcando muchos siglos, y recordaba claramente en la mediana edad a su abuelo como superviviente, y en la infancia a su bisabuelo; el retrato del primero lo había tomado, o había mandado tomar, estando aún vivo; el del segundo fue tomado de sus efigies en momia. El retrato del abuelo tenía los rasgos y el aspecto del filósofo, solo que mucho más exagerados: no iba vestido, y el color de su cuerpo era singular; el pecho y el estómago amarillos, los hombros y las piernas de un tono bronce apagado: el bisabuelo era un magnífico ejemplar del género *Batrachia*, una rana gigante, *pura y simplemente*.

Entre los dichos concisos que, según la tradición, el filósofo legó a la posteridad en forma rítmica y brevedad sentenciosa, se registra notablemente este: “Humíllense, descendientes míos; el padre de su raza fue un *renacuajo*: exáltense, descendientes míos, pues fue el mismo Pensamiento Divino que creó a su padre el que se desarrolla al exaltarlos a ustedes.”

Aph-Lin me contó esta fábula mientras yo contemplaba los tres retratos batracios. Le respondí: «Te burlas de mi supuesta ignorancia y credulidad como un Tish sin educación, pero aunque estos horribles garabatos sean de gran antigüedad y tal vez pretendieran ser una caricatura burda, supongo que nadie de tu raza, ni siquiera en épocas menos ilustradas, creyó jamás que el bisnieto de una rana se convirtiera en un filósofo sentencioso; o que alguna secta,

no diré de los elevados Vril-ya, sino de las variedades más humildes de la raza humana, tuviera su origen en un renacuajo».

—Perdóname —respondió Aph-Lin—: en lo que llamamos el Período de Disputas o Filosófico de la Historia, que alcanzó su apogeo hace unos siete mil años, existió un naturalista muy distinguido que demostró, para satisfacción de numerosos discípulos, la existencia de tales concordancias anatómicas y analógicas en la estructura entre un An y una Rana, que evidenciaban que del uno debió haberse desarrollado el otro. Compartían algunas enfermedades; ambos eran propensos a los mismos gusanos parásitos en los intestinos; y, curiosamente, el An posee una vejiga natatoria, que ya no le es útil, pero que es un rudimento que prueba claramente su descendencia de la Rana. Tampoco existe ningún argumento en contra de esta teoría en la diferencia relativa de tamaño, pues aún existen en nuestro mundo ranas de un tamaño y estatura no inferiores a los nuestros, y hace muchos miles de años parecen haber sido aún más grandes.

—Lo entiendo —dije—, porque, según nuestros eminentes geólogos, que tal vez las vieron en sueños, se dice que las ranas de ese tamaño eran habitantes distinguidos del mundo superior antes del Diluvio; y esas ranas son precisamente las criaturas que probablemente prosperaron en los lagos y pantanos de vuestras regiones subterráneas.

En el período de las disputas históricas, todo lo que un sabio afirmaba, otro lo contradecía. De hecho, era una máxima de la época que la razón humana solo podía mantenerse en pie mediante el constante vaivén de la contradicción; por lo tanto, otra secta de filósofos sostenía la doctrina de que el Ana no era descendiente de la Rana, sino que la Rana era claramente una evolución mejorada del Ana. La forma de la Rana, en general, era mucho más simétrica que la del Ana; además de la hermosa conformación de sus extremidades inferiores, flancos y hombros, la mayoría de los Ana de aquella época estaban casi deformados y, sin duda, mal formados. Asimismo, la Rana tenía la capacidad de vivir tanto en tierra como en el agua, un gran privilegio que le permitía participar de una esencia espiritual negada al Ana, ya que el desuso de su vejiga natatoria demuestra claramente la degeneración de un desarrollo superior de la especie. Nuevamente, las razas más antiguas de los Ana parecen haber estado cubiertas de pelo, e incluso hasta una fecha relativamente reciente, arbustos peludos deformaban los rostros mismos de nuestros ancestros, extendiéndose salvajemente sobre sus mejillas y barbillas, como arbustos similares, mi pobre Tish, se extendieron salvajemente sobre los tuyos. Pero el objetivo de las razas superiores de los Ana a través de incontables generaciones ha sido borrar todo vestigio de conexión con los vertebrados peludos, y han eliminado gradualmente ese degradante excremento capilar por la ley de la selección sexual; los Gy-ei prefieren naturalmente la

juventud o la belleza de los rostros lisos. Pero el grado de la Rana en la escala de los vertebrados se muestra en esto, que no tiene pelo en absoluto, ni siquiera en la cabeza. Nació para esa perfección sin pelo que los más bellos de los Ana, a pesar de la cultura de incalculables edades, aún no han alcanzado. Esta escuela demostró que la maravillosa complejidad y delicadeza del sistema nervioso y la circulación arterial de una rana eran más susceptibles al disfrute que nuestra inferior, o al menos más simple, constitución física nos permite ser. El examen de la mano de una rana, si se me permite usar esa expresión, explicaba su mayor susceptibilidad al amor y a la vida social en general. De hecho, por muy gregarias y amorosas que sean los Ana, las ranas lo son aún más. En resumen, estas dos escuelas se enfrentaron violentamente; una afirmaba que el Ana era el tipo perfeccionado de la Rana; el otro que la Rana era el desarrollo más elevado de los An. Los moralistas estaban divididos en opinión con los naturalistas, pero la mayoría se alineó con la escuela de preferencia por la Rana. Afirmaban, con mucha plausibilidad, que en la conducta moral (es decir, en la adhesión a las reglas mejor adaptadas a la salud y el bienestar del individuo y la comunidad) no cabía duda de la vasta superioridad de la Rana. Toda la historia demostraba la inmoralidad generalizada de la raza humana, el completo desprecio, incluso por parte de los más renombrados entre ellos, de las leyes que reconocían como esenciales para su propia felicidad y bienestar y el de la sociedad en general. Pero el crítico más severo de la raza de la Rana no podía

detectar en sus costumbres ni una sola aberración de la ley moral que ellos mismos reconocían tácitamente. Y, después de todo, ¿qué provecho puede tener la civilización si la superioridad en la conducta moral no es el objetivo por el que se esfuerza, y el criterio por el que se debe juzgar su progreso?

En resumen, los defensores de esta teoría presumían que en algún período remoto la raza de las ranas había sido el desarrollo mejorado del ser humano; pero que, por causas que desafiaban la conjetura racional, no habían mantenido su posición original en la escala de la naturaleza; mientras que los Ana, aunque de organización inferior, habían adquirido gradualmente la supremacía, más por sus vicios, como la ferocidad y la astucia, que por sus virtudes, de manera similar a como entre los humanos

La raza misma, tribus completamente bárbaras, por superioridad en vicios similares, destruyeron o redujeron a la insignificancia a tribus que originalmente las superaban en dones mentales y cultura. Desafortunadamente, estas disputas se involucraron con las nociones religiosas de esa época; y como la sociedad era entonces administrada bajo el gobierno de los Koom-Posh, quienes, siendo los más ignorantes, eran por supuesto la clase más inflamable, la multitud tomó toda la cuestión de las manos de los filósofos; los jefes políticos vieron que la disputa de la Rana, así asumida por el pueblo, podía convertirse en un valioso instrumento de su ambición; y durante no menos de mil años

prevalecieron la guerra y la masacre, durante el cual los filósofos de ambos bandos fueron masacrados, y el gobierno de los Koom–Posh mismo fue felizmente puesto fin por el ascenso de una familia que estableció claramente su descendencia del renacuajo aborigen, y proporcionó gobernantes despóticos a las diversas naciones de Ana. Estos déspotas finalmente desaparecieron, al menos de nuestras comunidades, ya que el descubrimiento del vril condujo a las instituciones tranquilas bajo las cuales florecen todas las razas de los Vril–ya.

“¿Acaso no existen ya estrategias o filósofos que puedan reavivar la disputa? ¿O es que todos ellos reconocen el origen de vuestra raza en el renacuajo?”

—No, tales disputas —dijo Zee con una sonrisa altiva— pertenecen al Pah–bodh de la Edad Media y ahora solo sirven para el entretenimiento de los niños. Cuando conocemos los elementos que componen nuestros cuerpos, elementos comunes a las plantas vegetales más humildes, ¿puede acaso significar que el Omnisciente combinó esos elementos de una forma más que de otra, para crear aquello en lo que ha depositado la capacidad de recibir la idea de Sí mismo y todas las variadas grandezas del intelecto que esa idea engendra? El An, en realidad, comenzó a existir como An con la donación de esa capacidad y, con esa capacidad, la sensatez de reconocer que, por mucho que su raza mejore en sabiduría a lo largo de las incontables eras, jamás podrá

combinar los elementos a su disposición en la forma de un renacuajo.

—Hablas bien, Zee —dijo Aph—Lin—; y a nosotros, simples mortales, nos basta con tener la razonable certeza de que, independientemente de si el origen del An fue un renacuajo o no, no es más probable que vuelva a serlo que las instituciones de los Vril—ya que recaigan en el pantano infernal y la podredumbre segura de un Koom—Posh.

CAPÍTULO XVII

Los Vril-ya, al estar excluidos de la vista de los cuerpos celestes y no tener otra distinción entre el día y la noche que la que ellos mismos consideran conveniente, no llegan, por supuesto, a sus divisiones del tiempo mediante el mismo proceso que nosotros; pero me resultó fácil, con la ayuda de mi reloj, que afortunadamente llevaba conmigo, calcular su tiempo con gran precisión. Me reservo para una futura obra sobre la ciencia y la literatura de los Vril-ya, si llego a completarla, todos los detalles sobre la manera en que llegan a su notación del tiempo; y me limito aquí a decir que, en cuanto a duración, su año difiere muy ligeramente del nuestro, pero que las divisiones de su año no son en absoluto las mismas. Su día (incluida lo que nosotros llamamos noche) consta de veinte horas de nuestro tiempo, en lugar de veinticuatro, y, por supuesto, su año comprende el correspondiente aumento en el número de días que lo

componen. Subdividen las veinte horas de su día de la siguiente manera: ocho horas,¹⁴ llamadas las “Horas Silenciosas”, para el descanso; ocho horas, llamadas el “Tiempo Serio”, para las actividades y ocupaciones de la vida; y cuatro horas, llamadas El tiempo fácil (con el que podría llamarse su día termina), asignado a festividades, deportes, recreación o conversación familiar, según sus gustos e inclinaciones. Pero, en verdad, afuera no hay noche. Mantienen, tanto en las calles como en el campo circundante, hasta los límites de su territorio, el mismo grado de luz a todas horas. Solo que, dentro de las casas, la reducen a un suave crepúsculo durante las Horas Silenciosas. Tienen un gran horror a la oscuridad total, y sus luces nunca se apagan por completo. En ocasiones festivas, mantienen la duración de la luz plena, pero igualmente toman nota de la distinción entre la noche y el día, mediante artilugios mecánicos que cumplen la función de nuestros relojes. Son muy aficionados a la música; y es mediante la música que estos cronómetros marcan la división principal del tiempo. A cada una de sus horas, durante su día, los sonidos que provienen de todos los relojes en sus edificios públicos, y captados, por así decirlo, por los de las casas o aldeas dispersas en medio de los paisajes fuera de la ciudad tienen un efecto singularmente dulce y, a la vez, singularmente solemne. Pero durante las Horas Silenciosas, estos sonidos

14 Por conveniencia, adopto las palabras horas, días, años, etc., en cualquier referencia general a subdivisiones del tiempo entre los Vril-ya; sin embargo, esos términos solo corresponden vagamente con tales subdivisiones. [N. T.]

son tan apagados que apenas se oyen. No experimentan cambios de estación y, al menos en el territorio de esta tribu, la atmósfera me pareció muy uniforme, cálida como la de un verano italiano y húmeda en lugar de seca; por la mañana suele ser muy tranquila, pero a veces estallan fuertes ráfagas de viento provenientes de las rocas que delimitan su dominio. Pero el tiempo para sembrar o cosechar es el mismo para ellos que en las Islas Doradas de los antiguos poetas. Al mismo tiempo se ven las plantas jóvenes en brote o capullo, y las más viejas en espiga o fruto. Sin embargo, todas las plantas frutales, después de la fructificación, pierden sus hojas o cambian de color. Pero lo que más me interesó al calcular su división del tiempo fue determinar la duración media de la vida entre ellos. Tras una investigación minuciosa, descubrí que esta superaba considerablemente el tiempo que nos corresponde en la superficie terrestre. Lo que setenta años son para nosotros, cien años son para ellos. Ni esta es la única ventaja que tienen sobre nosotros en longevidad, pues así como pocos entre nosotros alcanzan la edad de setenta, así, por el contrario, pocos entre ellos mueren antes de la edad de cien; y disfrutan de un grado general de salud y vigor que hace de la vida misma una bendición incluso hasta el final. Varias causas contribuyen a este resultado: la ausencia de todos los estimulantes alcohólicos; la templanza en la comida; más especialmente, quizás, una serenidad de mente no perturbada por ocupaciones ansiosas y pasiones apresuradas. No están atormentados por nuestra avaricia o nuestra ambición;

parecen perfectamente indiferentes incluso al deseo de fama; son capaces de gran afecto, pero su amor se muestra en una tierna y alegre compañía, y, si bien forma su felicidad, parece rara vez, si acaso alguna vez, constituir su dolor. Así como la Gy está segura de casarse solo donde ella misma fija su elección, y como aquí, no menos que sobre la tierra, es de la mujer de quien depende la felicidad del hogar. Así pues, la Gy, habiendo elegido a la pareja que prefiere entre todas las demás, es indulgente con sus defectos, consulta sus humores y hace todo lo posible por asegurar su afecto. La muerte de un ser querido es, por supuesto, para ellos, como para nosotros, motivo de dolor; pero no solo es mucho más rara para ellos antes de la edad en que se convierte en una liberación, sino que, cuando ocurre, el superviviente encuentra mucho más consuelo que, me temo, la mayoría de nosotros, en la certeza del reencuentro en otra vida, aún más feliz.

Todas estas causas, pues, contribuyen a su longevidad saludable y placentera, aunque, sin duda, mucho también debe deberse a la organización hereditaria. Sin embargo, según sus registros, en las primeras etapas de su sociedad, cuando vivían en comunidades parecidas a las nuestras, agitadas por una feroz competencia, sus vidas eran considerablemente más cortas y sus enfermedades más numerosas y graves. Ellos mismos afirman que la duración de la vida también ha aumentado, y sigue aumentando, desde que descubrieron las propiedades vigorizantes y

medicinales del vril, aplicado con fines terapéuticos. Tienen pocos médicos profesionales y regulares, y estos son principalmente Gy-ei, quienes, especialmente si son viudas y no tienen hijos, encuentran gran placer en el arte de curar e incluso realizan operaciones quirúrgicas en los casos que lo requieren por accidente o, más raramente, por enfermedad.

Tienen sus diversiones y entretenimientos, y, durante el tiempo libre del día, suelen reunirse en gran número para esos deportes aéreos que ya he descrito. También tienen salas públicas para música, e incluso teatros, donde se representan obras que me parecieron algo parecidas a las obras chinas: dramas que se remontan a tiempos remotos en sus acontecimientos y personajes, en los que se violan escandalosamente todas las unidades clásicas, y el héroe, en una escena un niño, en la siguiente un anciano, y así sucesivamente. Estas obras son de composición muy antigua. En general, me parecieron extremadamente aburridas, pero se veían aliviadas por sorprendentes artificios mecánicos, una especie de humor burlesco y pasajes aislados de gran vigor y fuerza expresados en un lenguaje muy poético, pero algo sobrecargado de metáforas y tropos. En definitiva, me parecieron muy similares a como las obras de Shakespeare le parecían a un parisino en la época de Luis XV, o quizás a un inglés en el reinado de Carlos II.

El público, del cual las Gy-ei constituían la mayor parte, parecía disfrutar enormemente de la representación de

estos dramas, lo cual, tratándose de una raza femenina tan serena y majestuosa, me sorprendió, hasta que observé que todas las intérpretes eran menores de edad, y conjeturé con razón que las madres y hermanas habían venido a complacer a sus hijos y hermanos.

He dicho que estos dramas son de gran antigüedad. No parece que se hayan compuesto nuevas obras de teatro, ni obras de imaginación lo suficientemente importantes como para sobrevivir a su época inmediata, durante varias generaciones. De hecho, aunque no faltan nuevas publicaciones, e incluso tienen lo que podría llamarse periódicos, estos se dedican principalmente a la ciencia mecánica, informes de nuevos inventos, anuncios sobre diversos detalles comerciales; en resumen, a asuntos prácticos. A veces un niño escribe un pequeño cuento de aventuras, o una joven Gy expresa sus esperanzas o temores amorosos en un poema; pero estas efusiones tienen muy poco mérito y son rara vez leídas excepto por niños y doncellas Gy-ei. Las obras más interesantes de carácter puramente literario son aquellas de exploraciones y viajes a otras regiones de este inframundo, que generalmente son escritas por jóvenes emigrantes y leídas con gran avidez por los familiares y amigos que han dejado atrás.

No pude evitar expresar a Aph-Lin mi sorpresa de que una comunidad en la que la ciencia mecánica había progresado tan maravillosamente, y en la que la civilización intelectual se había manifestado en la realización de aquellos objetivos

para la felicidad del pueblo, que los filósofos políticos de la superficie, después de siglos de lucha, habían acordado en general considerar visiones inalcanzables, estuviera, sin embargo, tan completamente desprovista de una literatura contemporánea, a pesar de la excelencia a la que la cultura había aportado un lenguaje a la vez rico y sencillo, vigoroso y musical.

Mi anfitrión respondió: —“¿No percibe usted que una literatura como la que usted menciona sería totalmente incompatible con esa perfección de felicidad social o política a la que nos honra creer que hemos llegado? Por fin, después de siglos de lucha, nos hemos establecido en una forma de autogobierno con la que estamos contentos, y en la que, como no permitimos diferencias de rango ni se otorgan honores a los administradores que los distingan de los demás, no se da ningún estímulo a la ambición individual. Nadie leería obras que defiendan teorías que impliquen algún cambio político o social, y por lo tanto nadie las escribe. Si de vez en cuando un An se siente insatisfecho con nuestro modo de vida tranquilo, no lo ataca; se va. Así, toda esa parte de la literatura (y a juzgar por los libros antiguos en nuestras bibliotecas públicas, alguna vez fue una parte muy grande) que se relaciona con teorías especulativas sobre la sociedad se ha extinguido por completo. Además, antes se escribió muchísimo sobre los atributos y la esencia del Bien Supremo, y los argumentos a favor y en contra de un autogobierno futuro; pero ahora todos reconocemos dos

hechos: que hay *un* Ser Divino y que hay *un* estado futuro, y todos estamos igualmente de acuerdo en que si escribiéramos hasta el hueso, no podríamos arrojar luz alguna sobre la naturaleza y las condiciones de esa condición futura, ni agudizar nuestra comprensión de los atributos y la esencia de ese Ser Divino. Así, otra parte de la literatura también se ha extinguido, afortunadamente para nuestra raza; porque en los tiempos en que tanto se escribía sobre temas que nadie podía determinar, la gente parecía vivir en un estado perpetuo de disputa y contienda. Así también, gran parte de nuestra literatura antigua consiste en registros históricos de guerras y revoluciones durante los tiempos en que los Ana vivían en sociedades grandes y turbulentas, cada una buscando el engrandecimiento a expensas de la otra. Veis nuestro sereno modo de vida ahora; así ha sido durante siglos. No tenemos acontecimientos que narrar. ¿Qué más se puede decir de nosotros sino que «nacimos, fuimos felices, morimos»? Pasando luego a esa parte de la literatura que está más bajo el control de la imaginación, como lo que llamamos Grlaubsila, o coloquialmente “Grlaubs”, y vosotros llamáis poesía, las razones de su declive entre nosotros son abundantemente obvias.

“Al referirnos a las grandes obras maestras de ese ámbito de la literatura que todos seguimos leyendo con placer, pero de las que nadie toleraría imitaciones, encontramos que consisten en el retrato de pasiones que ya no experimentamos: la ambición, la venganza, el amor impío, la

sed de fama bélica y otras similares. Los antiguos poetas vivían en una atmósfera impregnada de estas pasiones y sentían vívidamente lo que expresaban con pasión. Nadie puede expresar tales pasiones ahora, pues nadie puede sentirlas, ni encontrar simpatía alguna en sus lectores si lo hiciera. Además, la poesía antigua tiene como elemento principal el análisis de esos complejos misterios del carácter humano que conducen a vicios y crímenes anormales, o que dan lugar a virtudes notables y extraordinarias. Pero nuestra sociedad, al haberse librado de las tentaciones de cualquier vicio o crimen prominente, ha hecho necesariamente que el promedio moral sea tan uniforme que no existen virtudes muy destacadas. Sin su antiguo alimento de pasiones intensas, crímenes atroces y excelencias heroicas, la poesía, por lo tanto, si no muere de hambre, se ve reducida a una dieta muy escasa. Sigue siendo poesía descriptiva: descripción de rocas, árboles, aguas y la vida cotidiana del hogar; y nuestros jóvenes Gy-ei incorporan gran parte de este tipo de composición insípida en sus versos de amor.

—Dije—, esa poesía podría ser muy encantadora; y entre nosotros hay críticos que la consideran superior a la que describe los crímenes o analiza las pasiones humanas. En cualquier caso, la poesía insípida que mencionas es la que hoy en día tiene más lectores entre la gente que aún vive.

“Posiblemente; pero supongo que los escritores se esmeran mucho con el lenguaje que emplean y se dedican a

la cultura y el refinamiento de las palabras y los ritmos como si fuera un arte.”

“Por supuesto que sí: todos los grandes poetas deben hacerlo. Si bien el don de la poesía puede ser innato, requiere tanto cuidado para desarrollarlo como el que requiere un bloque de metal para convertirlo en un motor.”

“Y sin duda vuestros poetas tienen algún incentivo para dedicar tanto esfuerzo a tales bellezas verbales, ¿no?”

“Bueno, supongo que su instinto para cantar sería hacer que canten como lo hace el pájaro; pero para convertir el canto en una belleza verbal o artificial, probablemente se necesite un incentivo externo, y nuestros poetas lo encuentran en el amor a la fama y tal vez, de vez en cuando, en la falta de dinero.

“Precisamente así es. Pero en nuestra sociedad no le atribuimos fama a nada que el hombre, en ese momento de su duración que se llama 'vida' puede desempeñar. Pronto perderíamos esa igualdad que constituye la esencia dichosa de nuestra comunidad si seleccionáramos a algún individuo para elogio preeminente: el elogio preeminente conferiría poder preeminente, y en el momento en que se otorgara, las malas pasiones, ahora latentes, despertarían; otros hombres inmediatamente codiciarían el elogio, entonces surgiría la envidia, y con la envidia el odio, y con el odio la calumnia y la persecución. Nuestra historia nos dice que la mayoría de

los poetas y la mayoría de los escritores que, en tiempos antiguos, fueron favorecidos con los mayores elogios, también fueron atacados por los mayores vituperios, e incluso, en general, se volvieron muy infelices, en parte por los ataques de rivales celosos, en parte por la constitución mental enferma que tiende a engendrar una sensibilidad adquirida al elogio y a la crítica. En cuanto al estímulo de la necesidad; en primer lugar, nadie en nuestra comunidad conoce el aguijón de la pobreza; y, en segundo lugar, si lo conociera, casi cualquier ocupación sería más lucrativa que escribir.

Nuestras bibliotecas públicas contienen todos los libros del pasado que el tiempo ha conservado; esos libros, por las razones antes mencionadas, son infinitamente mejores que cualquier cosa que se pueda escribir hoy en día, y están abiertos a la lectura gratuita de todos. No somos tan ingenuos como para pagar por leer libros mediocres, cuando podemos leer libros superiores sin costo alguno.

“Para nosotros, la novedad tiene un atractivo; y un libro nuevo, aunque sea malo, se lee cuando un libro antiguo, aunque bueno, queda en el olvido.”

“Para los estados bárbaros de la sociedad que luchan desesperadamente por algo mejor, la novedad tiene sin duda un atractivo que nos es negado a nosotros, que no vemos nada que ganar en las novedades; pero, después de todo, uno de nuestros grandes autores observó hace cuatro

mil años que «quien estudia libros antiguos siempre encontrará en ellos algo nuevo, y quien lee libros nuevos siempre encontrará en ellos algo antiguo». Pero volviendo a la pregunta que usted ha planteado, dado que entre nosotros no existe entonces ningún estímulo para el trabajo minucioso, ya sea por deseo de fama o por necesidad, quienes poseen el temperamento poético, sin duda, lo expresan en el canto, como usted dice que canta el pájaro; pero por falta de una cultura elaborada, carece de público y, al carecer de público, se extingue por sí solo, entre las ocupaciones ordinarias de la vida.”

“Pero ¿cómo es posible que estos obstáculos al cultivo de la literatura no afecten también al de la ciencia?”

«Su pregunta me asombra. El motivo de la ciencia es el amor a la verdad, aparte de toda consideración por la fama, y la ciencia también para nosotros se dedica casi exclusivamente a usos prácticos, esenciales para nuestra conservación social y las comodidades de nuestra vida diaria». El inventor no busca ni recibe fama; disfruta de una ocupación afín a sus gustos, que no requiere el desgaste de las pasiones. El hombre necesita ejercitar tanto su mente como su cuerpo; y el ejercicio continuo, en lugar del violento, es mejor para ambos. Nuestros cultivadores de la ciencia más ingeniosos son, por regla general, los que viven más tiempo y los que están más libres de enfermedades. La pintura es un entretenimiento para muchos, pero el arte ya no es lo que era en tiempos pasados, cuando los grandes

pintores de nuestras diversas comunidades competían entre sí por el premio de una corona de oro, que les otorgaba un rango social igual al de los reyes bajo cuyo reinado vivían. Sin duda, habrá observado en nuestro departamento arqueológico cuán superiores en cuanto a arte eran las pinturas hace varios miles de años. Quizás sea porque la música está, en realidad, más ligada a la ciencia que a la poesía, la música es la que más florece entre nosotros entre todas las artes placenteras. Sin embargo, incluso en la música, la ausencia de estímulos como la alabanza o la fama ha impedido que un individuo destaque por encima de otro; y *sobresalimos* más en la música coral, con la ayuda de nuestros vastos instrumentos mecánicos, en los que hacemos un gran uso del agua¹⁵, que en la interpretación solista. Desde hace siglos, apenas tenemos compositores originales. Nuestras melodías favoritas son de esencia muy antigua, pero han admitido numerosas variaciones complejas realizadas por músicos menos talentosos, aunque ingeniosos.

«¿Acaso no existen entre los Ana sociedades políticas animadas por esas pasiones, sometidas a esos crímenes y que admitan esas disparidades de condición, intelecto y moralidad que el estado de vuestra tribu, o incluso el de los Vril—ya en general, ha dejado atrás en su progreso hacia la

¹⁵ Esto puede recordarle al estudiante la invención de Nerón de una máquina musical, mediante la cual el agua desempeñaba el papel de una orquesta, y en la que trabajaba cuando estalló la conspiración en su contra.

perfección? Si es así, ¿quizás entre tales sociedades la Poesía y sus artes hermanas aún se siguen honrando y perfeccionando?»

“Hay tales sociedades en regiones remotas, pero no las admitimos dentro del ámbito de las comunidades civilizadas; apenas les damos el nombre de Ana, y ciertamente no el de Vril-ya. Son bárbaros, que viven principalmente en esa baja etapa de ser, Koom-Posh, que tiende necesariamente a su propia y horrible disolución en Glek-Nas. Su miserable existencia transcurre en perpetua contienda y perpetuo cambio. Cuando no luchan con sus vecinos, luchan entre ellos. Están divididos en secciones, que se abusan, se saquean y a veces se asesinan entre sí, y por los puntos de diferencia más frívolos que nos serían incontables si no hubiéramos leído la historia y visto que nosotros también hemos pasado por el mismo estado inicial de ignorancia y barbarie. Cualquier nimiedad es suficiente para ponerlos de los nervios. Pretenden ser todos iguales, y cuanto más han luchado por serlo, eliminando viejas distinciones y comenzando de nuevo, más flagrante e intolerable se vuelve la disparidad, porque nada en la herencia, los afectos y las asociaciones se dejan para suavizar la única distinción desnuda entre los muchos que no tienen nada y los pocos que tienen mucho. Por supuesto, los muchos odian a los pocos, pero sin los pocos no podrían vivir. Los muchos siempre están atacando a los pocos; a veces los exterminan; pero tan pronto como lo han hecho, un nuevo grupo de

pocos surge de entre los muchos, y es más difícil lidiar con los antiguos. Porque en aquellas sociedades en que la competencia por tener algo es la fiebre predominante, siempre debe haber muchos perdedores y pocos ganadores. En resumen, la gente de la que hablo son salvajes que andan a tientas en la oscuridad hacia algún destello de luz, y exigirían nuestra compasión por sus debilidades, si, como todos los salvajes, no provocaran su propia destrucción por su arrogancia y crueldad. ¿Puedes imaginar que criaturas de este tipo, armadas solo con armas tan miserables como las que puedes ver en nuestro museo de antigüedades, torpes tubos de hierro cargados con salitre, hayan amenazado más de una vez con la destrucción a una tribu de Vril-ya, que habita más cerca de ellos, porque dicen que ellos tienen treinta millones de habitantes —y esa tribu puede tener cincuenta mil— si estos últimos no aceptan sus nociones de Soc-Sec (obtención de dinero) basadas en ciertos principios comerciales que tienen la desfachatez de llamar una ley de la civilización?

“¡Pero treinta millones de habitantes representan una ventaja formidable frente a cincuenta mil!”

Mi anfitrión me miró asombrado. «Forastero», dijo, «no me habrás oído decir que esta tribu amenazada pertenece a los Vril-ya; y que solo espera a que estos salvajes declaren la guerra para encargarse a media docena de niños pequeños que aniquilen a toda su población».

Ante esas palabras sentí un escalofrío de horror, reconociendo mucha más afinidad con "los salvajes" que con los Vril-ya, y recordando todo lo que había dicho en alabanza de las gloriosas instituciones estadounidenses, a las que Aph-Lin estigmatizó como Koom-Posh. Recuperando la compostura, pregunté si existían medios de transporte que me permitieran visitar con seguridad a este pueblo temerario y remoto.

“Podéis viajar con seguridad, por medio de la agencia vril, ya sea por tierra o por aire, a través de toda la extensión de las comunidades con las que estamos aliados y emparentados; pero no puedo garantizar vuestra seguridad en naciones bárbaras regidas por leyes diferentes a las nuestras; naciones, de hecho, tan oscuras, que entre ellas hay muchos que viven robándose unos a otros, y uno no podría, con seguridad, ni siquiera dejar abiertas las puertas de su propia casa en las Horas Silenciosas.”

Aquí nuestra conversación fue interrumpida por la entrada de Tae, quien vino a informarnos que, habiendo sido comisionado para descubrir y destruir al enorme reptil que yo había visto a mi llegada, lo había estado buscando desde su visita y había comenzado a sospechar que mis ojos me habían engañado, o que la criatura se había abierto camino a través de las cavidades de las rocas hacia las regiones salvajes donde habitaba su especie, cuando dio evidencias de su paradero con una gran devastación de la vegetación que bordeaba uno de los lagos. "Y", dijo Tae, "estoy seguro

de que ahora se esconde dentro de ese lago. Así que" (volviéndose hacia mí) "pensé que podría divertirme acompañarme a ver cómo destruimos a visitantes tan desagradables". Al mirar el rostro del niño y recordar el enorme tamaño de la criatura que se proponía exterminar, sentí un escalofrío de miedo por él, y tal vez miedo por mí mismo, si lo acompañaba en semejante persecución. Pero mi curiosidad por presenciar los efectos destructivos del tan cacareado vril, y mi renuencia a rebajarme ante los ojos de un niño revelando temores por mi seguridad personal, prevalecieron sobre mi primer impulso. Por consiguiente, agradecí a Tae su amable consideración por mi diversión y le manifesté mi disposición a emprender con él tan entretenida aventura.

CAPÍTULO XVIII

Cuando Tae y yo, al abandonar la ciudad y dejar a la izquierda el camino principal que conducía a ella, nos adentramos en los campos, la extraña y solemne belleza del paisaje, iluminado por innumerables farolas hasta el horizonte, fascinó mis ojos y me convirtió durante un rato en un oyente distraído de la conversación de mi compañero.

En nuestro camino, diversas labores agrícolas se realizaban con maquinaria, cuyas formas me resultaban novedosas y, en su mayoría, muy elegantes; pues entre estas personas, el arte, cultivado por la mera utilidad, se manifiesta en el embellecimiento y el refinamiento de los objetos útiles. Los metales preciosos y las gemas abundan entre ellos, y los prodigan en objetos destinados a los fines más comunes; y su amor por la utilidad los lleva a embellecer sus

herramientas y aviva su imaginación de una manera que ellos mismos desconocen.

En todos los servicios, tanto en interiores como en exteriores, hacen un uso extensivo de figuras autómatas, tan ingeniosas y dóciles a las operaciones del vril, que parecen dotadas de razón. Era casi imposible distinguir las figuras que contemplaba, que aparentemente guiaban o supervisaban los rápidos movimientos de enormes máquinas, de formas humanas con capacidad de pensamiento.

Poco a poco, mientras seguíamos caminando, mi atención se fue despertando gracias a los comentarios vivaces y agudos de mi compañero. La inteligencia de los niños de esta raza es asombrosamente precoz, quizás por la costumbre de haberles confiado, a tan temprana edad, las labores y responsabilidades de la mediana edad. De hecho, al conversar con Tae, sentí como si hablara con un hombre superior y observador de mi misma edad. Le pregunté si podía hacer una estimación del número de comunidades en las que se subdivide la raza Vril-ya.

—No exactamente —dijo—, porque se multiplican, por supuesto, cada año a medida que se va utilizando el excedente de cada comunidad. Pero oí decir a mi padre que, según el último informe, había un millón y medio de comunidades que hablaban nuestro idioma y adoptaban nuestras instituciones, formas de vida y autogobierno; aunque, creo, con algunas diferencias, sobre las que mejor

le podrías preguntar a Zee. Ella sabe más que la mayoría de los Ana. A un An le importan menos las cosas que no le conciernen que a un Gy; las Gy-ei son criaturas curiosas.

¿Cada comunidad se limita al mismo número de familias o a la misma cantidad de población que ustedes?

“No; algunas tienen poblaciones mucho más pequeñas, otras más grandes, que varían según la extensión del país que se apropian o el grado de excelencia que han alcanzado con su maquinaria. Cada comunidad establece su propio límite según las circunstancias, cuidando siempre de que nunca surja ninguna clase de pobres por la presión de la población sobre las capacidades productivas del dominio; y de que ninguna región sea demasiado grande para un autogobierno semejante al de una sola familia bien organizada. Imagino que ninguna comunidad Vril supera los treinta mil hogares. Pero, como regla general, cuanto más pequeña es la comunidad, siempre que haya suficientes manos para hacer justicia a las capacidades del territorio que ocupa, más rico es cada individuo y mayor es la suma aportada al tesoro general; sobre todo, más feliz y tranquilo es todo el cuerpo político y más perfectos son los productos de su industria. El Estado que todas las tribus de los Vril—ya reconocen como el más avanzado en civilización, y que ha llevado la fuerza vril a su máximo desarrollo, es quizás el más pequeño. Se limita a cuatro mil familias; pero cada centímetro de su territorio está cultivado a la perfección, como un jardín; su maquinaria supera a la de cualquier otra

tribu, y no hay producto de su industria en ningún sector que no sea buscado, a precios extraordinarios, por cada comunidad de nuestra raza. Todas nuestras tribus toman esta región como modelo, considerando que alcanzaríamos el más alto grado de civilización permitido a los mortales si pudiéramos unir el mayor grado de felicidad con el más alto grado de logro intelectual; y es evidente que cuanto más pequeña sea la sociedad, menos difícil será. La nuestra es demasiado grande para ello.

Esta respuesta me hizo reflexionar. Recordé aquella pequeña ciudad de Atenas, con apenas veinte mil ciudadanos libres, a la que hasta el día de hoy nuestras naciones más poderosas consideran la guía y el modelo supremo en todos los ámbitos del intelecto. Pero entonces Atenas permitía una feroz rivalidad y un cambio constante, y ciertamente no era feliz. Sacudiéndome de la ensoñación en la que me habían sumido estas reflexiones, retomé la conversación sobre temas relacionados con la emigración.

Pero —dije—, cuando, supongo que cada año, cierto número de ustedes decide abandonar su hogar y fundar una nueva comunidad en otro lugar, necesariamente serán muy pocos, y apenas suficientes, incluso con la ayuda de las máquinas que llevan consigo, para desbrozar el terreno, construir ciudades y formar una región civilizada con las comodidades y lujos en los que se habían criado.

Te equivocas. Todas las tribus de Vril-ya se comunican constantemente entre sí y deciden cada año qué proporción de una comunidad se unirá a los emigrantes de otra para formar un estamento de tamaño suficiente. El lugar de emigración se decide con al menos un año de antelación, y se envían pioneros de cada región para nivelar las rocas, construir diques y edificar casas. Así, cuando los emigrantes finalmente parten, encuentran una ciudad ya construida y un territorio a su alrededor al menos parcialmente despejado. Nuestra vida de niños nos hace disfrutar de los viajes y las aventuras. Yo mismo pienso emigrar cuando sea mayor de edad.

¿Los emigrantes siempre eligen lugares hasta entonces deshabitados y estériles?

Por ahora, en general, porque es nuestra regla no destruir salvo cuando sea necesario para nuestro bienestar. Por supuesto, no podemos asentarnos en tierras ya ocupadas por los Vril-ya; y si tomamos las tierras cultivadas de las otras razas de Ana, debemos destruir por completo a los habitantes anteriores. A veces, como sucede, tomamos terrenos baldíos y encontramos que alguna raza problemática y pendenciera de Ana, especialmente si está bajo la administración de Koom-Posh o Glek-Nas, se resiente de nuestra cercanía y busca pelea con nosotros; entonces, por supuesto, como amenaza nuestro bienestar, la destruimos: no hay manera de llegar a un acuerdo de paz con una raza tan idiota que siempre está cambiando la forma

de gobierno que la representa. «Koom–Posh», dijo el niño enfáticamente, «es bastante malo, pero aún conserva algo de cerebro, aunque esté en la nuca, y no le falta corazón; pero en Glek–Nas el cerebro y el corazón de las criaturas desaparecen, y se convierten en todo mandíbulas, garras y vientre».

“Te expresas con mucha fuerza. Permíteme informarte que yo mismo, y me enorgullece decirlo, soy un ciudadano de Koom– Posh”.

—*Ya* me sorprende —respondió Tae— verte aquí tan lejos de tu hogar. ¿Cómo era tu comunidad natal antes de convertirse en un Koom– Posh?

“Un asentamiento de emigrantes —como aquellos asentamientos que tu tribu envía— pero tan distinto de tus asentamientos, que dependía del Estado del que provenía. Se liberó de ese yugo y, coronado de gloria eterna, se convirtió en un Koom–Posh.”

“¡Gloria eterna! ¿Cuánto tiempo ha durado el Koom–Posh?”

“Unos 100 años.”

“La duración de la vida de un An: una comunidad muy joven. En mucho menos de otros 100 años, tu Koom–Posh será un Glek–Nas.”

“No, los estados más antiguos del mundo del que provengo tienen tanta fe en su duración, que todos están moldeando gradualmente sus instituciones para fundirse con las nuestras, y sus políticos más reflexivos dicen que, les guste o no, la tendencia inevitable de estos viejos estados es hacia la Koom–Posh–erie.”

¿Los estados antiguos?

Sí, los estados antiguos.

“¿Con poblaciones muy pequeñas en proporción a la superficie de tierra productiva?”

“Por el contrario, con poblaciones muy grandes en proporción a esa superficie.”

“¡Ya veo! ¡Estados viejos, en efecto! —tan viejos que se volverían inefectivos si no se deshicieran de ese excedente de población como hacemos nosotros con la nuestra— ¡estados muy viejos! —¡muy, muy viejos! Tish, ¿crees que es prudente que los ancianos intenten volverse locos como lo hacen los niños pequeños? Y si les preguntaras por qué intentan tales payasadas, ¿no te reirías si respondieran que imitando a los niños pequeños podrían convertirse ellos mismos en niños pequeños? La historia antigua abunda en ejemplos de este tipo de hace miles de años, y en cada caso, un Estado muy viejo que jugaba al Koom–Posh pronto cayó en el Grlek–Nas. Entonces, horrorizado de sí mismo, clamó

por un amo, como un anciano en su senilidad clama por una enfermera; y después de una sucesión de amos o enfermeras, más o menos largas, ese Estado muy viejo murió de la historia. Un Estado muy viejo que intenta la Koom-Posh-erie es como un anciano que derriba la casa a la que estaba acostumbrado, pero ha agotado tanto su vigor derribando, que lo único que puede hacer para reconstruir es levantar una choza destartalada, en la que él y sus sucesores se lamentan diciendo: «¡Cómo sopla el viento! ¡Cómo tiemblan las paredes!».

«Mi querido Tae, te perdono por completo tus prejuicios poco acentuados, que cualquier colegial educado en un Koom-Posh podría refutar fácilmente, aunque no sea tan versado en historia antigua como tú pareces serlo».

¡Aprendí! Pero ¿acaso un colegial, educado en tu Koom-Posh, le pediría a su tatarabuelo o tatarabuela que se pusiera de cabeza con los pies hacia arriba? Y si los pobres ancianos dudaran, diría ¿qué teméis? ¡Ved cómo lo hago yo!

Tae, desdeño discutir con un niño de tu edad. Repito, entiendo tu falta de esa cultura que solo un Koom-Posh puede brindar.

«Yo, por mi parte —respondió Tae, con el aire de la elegancia y la nobleza propias de su raza—, no solo te entiendo por no ser una persona educada entre los Vril-ya,

sino que te ruego que me disculpes por mi falta de respeto hacia las costumbres y opiniones de un tan amable... ¡Tish!»..

Debería haber mencionado antes que mi anfitrión y su familia me llamaban comúnmente Tish, un nombre cariñoso y, de hecho, un apodo que, metafóricamente, significaba un pequeño bárbaro, literalmente una ranita; los niños lo usan con cariño para referirse a las ranas domesticadas que crían en sus jardines.

Habíamos llegado a la orilla de un lago, y Tae se detuvo para mostrarme los estragos causados en los campos que lo bordeaban. «Sin duda, el enemigo se encuentra en estas aguas», dijo Tae. “Observa qué cardúmenes de peces se agolpan en la orilla. Incluso los peces grandes, junto con los pequeños, que son su presa habitual y que generalmente los evitan, olvidan sus instintos en presencia de un destructor común. Este reptil ciertamente debe pertenecer a la clase de los Krek–a, una clase más voraz que ninguna otra, y se dice que se encuentra entre las pocas especies supervivientes de los habitantes más temibles del mundo, antes de que se crearan los Ana. El apetito de un Krek es insaciable: se alimenta por igual de vida vegetal y animal; pero para las criaturas de pies veloces de la especie del alce, es demasiado lento en sus movimientos. Su manjar favorito es un Ana cuando puede sorprenderlo; y por eso los Ana lo destruyen implacablemente cada vez que entra en su territorio. He oído que cuando nuestros antepasados despejaron este país por primera vez, estos monstruos, y otros como ellos,

abundaban, y, al no haber sido descubiertos entonces, muchos de nuestra raza fueron devorados. Era imposible Exterminarlos por completo hasta ese descubrimiento que constituye el poder y sustenta la civilización de nuestra raza. Pero después de que nos familiarizamos con los usos del vril, todas las criaturas hostiles fueron pronto aniquiladas. Aun así, una vez al año, aproximadamente, uno de estos enormes reptiles vaga desde las regiones salvajes e inexploradas más allá, y en mi memoria uno atacó a una joven Gy que se bañaba en este mismo lago. Si hubiera estado en tierra firme y armada con su bastón, no se habría atrevido siquiera a mostrarse; pues, como todas las criaturas salvajes, el reptil posee un instinto maravilloso que le advierte sobre el portador de la varita de vril. Cómo enseñan a sus crías a evitarlo, incluso viéndolo por primera vez, es uno de esos misterios que puedes pedirle a Zee que explique, porque yo no puedo¹⁶. Mientras yo esté aquí, el monstruo no se moverá de su escondite; pero ahora debemos atraerlo.

¿No será eso difícil?

—En absoluto. Siéntate allí en esa roca (a unos cien metros de la orilla), mientras yo me retiro a cierta distancia. En poco tiempo, el reptil te verá o te olerá, y, al darse cuenta de que

16 El reptil en este instinto se asemeja a nuestras aves y animales salvajes, que no se acercan a un hombre armado con una pistola. Cuando se instalaron los cables eléctricos por primera vez, las perdices chocaron contra ellos en su vuelo y cayeron heridas. Ninguna generación más joven de perdices sufre un accidente similar.

no eres portador de vril, saldrá a devorarte. En cuanto salga del agua, se convertirá en mi presa.

¿Acaso pretendes decirme que debo ser el señuelo de ese horrible monstruo que podría engullirme entre sus fauces en un segundo? ¡Me niego rotundamente!

El niño se rió. —No temas a nada —dijo—; solo quédate quieto.

En lugar de obedecer esta orden, di un salto y estaba a punto de huir, cuando Tae me tocó ligeramente en el hombro y, fijando sus ojos en los míos, me quedé paralizado. Perdí toda voluntad. Sumiso al gesto del niño, lo seguí hasta el risco que me había indicado y me senté allí en silencio. La mayoría de los lectores han visto algo de los efectos de la electrobiología, ya sean genuinos o falsos. Ningún profesor de esa dudosa disciplina había podido jamás influir en un pensamiento o un movimiento mío, pero ahora yo era una mera máquina a merced de este niño terrible. Mientras tanto, extendió sus alas, se elevó y aterrizó en medio de un bosquecillo en la cima de una colina a cierta distancia.

Estaba solo; y volviendo mis ojos con una indescriptible sensación de horror hacia el lago, los mantuve fijos en su agua, hechizado. Podrían ser diez o quince minutos, para mí parecieron siglos, antes de que la superficie quieta, brillante bajo la luz de la lámpara, comenzara a agitarse hacia el centro. Al mismo tiempo, los bancos de peces cerca de la

orilla evidenciaron su sentido de la aproximación del enemigo con salpicaduras, saltos y círculos burbujeantes. Podía detectar su apresurada huida de un lado a otro, algunos incluso arrojándose a la orilla. Un surco largo, oscuro y ondulante se movía a lo largo de las aguas, cada vez más cerca, hasta que emergió la enorme cabeza del reptil: sus mandíbulas erizadas de colmillos, y sus ojos apagados fijos hambrientos en el lugar donde yo estaba sentado inmóvil. Y ahora sus patas delanteras estaban en la orilla; ahora su enorme pecho, escamoso a ambos lados como en una armadura, mostrando en el centro piel corrugada de un amarillo venenoso apagado; Y ahora toda su longitud estaba en tierra, cien pies o más (30 m.) desde la mandíbula hasta la cola. Otro paso de esos pies espantosos lo habría traído hasta el lugar donde yo estaba sentado. Solo hubo un instante entre mi y esta lúgubre forma de muerte, cuando lo que pareció un relámpago cruzó el aire, golpeó y, por un espacio de tiempo más breve que el que un hombre puede tomar un respiro, envolvió al monstruo; y entonces, cuando el relámpago se desvaneció, allí yacía ante mí una masa ennegrecida, carbonizada y humeante, algo gigantesco, pero de la cual incluso los contornos de la forma se habían quemado y se desmoronaba rápidamente en polvo y cenizas. Permanecí sentado, todavía mudo, helado por una nueva sensación de pavor: lo que había sido horror ahora era asombro.

Sentí la mano del niño sobre mi cabeza; el miedo me abandonó; el hechizo se rompió; me levanté. «Ves con qué facilidad los Vril-ya destruyen a sus enemigos», dijo Tae; y luego, acercándose a la orilla, contempló los restos humeantes del monstruo y dijo en voz baja: «He destruido criaturas más grandes, pero ninguna con tanto placer. Sí, es un Krek; ¡cuánto sufrimiento debió haber infligido en vida!». Luego recogió los pobres peces que habían llegado a la orilla y, con misericordia, los devolvió a su elemento natural.

CAPÍTULO XIX

Mientras regresábamos al pueblo, Tae tomó un camino nuevo y tortuoso para mostrarme lo que, para usar un término familiar, llamaré la "Estación ", desde donde los emigrantes o viajeros a otras comunidades inician sus viajes. En una ocasión anterior, había expresado mi deseo de ver sus vehículos. Encontré que eran de dos tipos: uno para viajes terrestres y otro para viajes aéreos. Los primeros eran de todos los tamaños y formas, algunos no más grandes que un carruaje común, algunos eran casas móviles de una sola planta con varias habitaciones, amuebladas según las ideas de comodidad o lujo que tienen los Vril-ya. Los vehículos aéreos eran de materiales ligeros, que no se parecían en absoluto a nuestros globos, sino más bien a nuestros barcos y embarcaciones de recreo, con timón y palas, con grandes alas a modo de remos y una máquina central accionada por

vril. Todos los vehículos, tanto terrestres como aéreos, eran impulsados por esa poderosa y misteriosa fuerza.

Vi partir un convoy, pero llevaba pocos pasajeros, principalmente mercancías, y se dirigía a una comunidad vecina; pues entre todas las tribus de Vril-ya existe un considerable intercambio comercial. Cabe mencionar que su moneda no consiste en metales preciosos, que son demasiado comunes entre ellos para ese fin. Las monedas más pequeñas de uso común se fabrican a partir de una peculiar concha fósil, el remanente relativamente escaso de algún diluvio primigenio u otra convulsión de la naturaleza que provocó la extinción de una especie. Es diminuta, plana como una ostra y adquiere un pulido similar al de una joya. Esta moneda circula entre todas las tribus de Vril-ya. Sus transacciones de mayor envergadura se realizan de forma muy parecida a las nuestras, mediante letras de cambio y finas placas metálicas que cumplen la función de nuestros billetes.

Permítanme aprovechar esta ocasión para añadir que la tributación entre la tribu que conocí era muy considerable, en comparación con el tamaño de la población. Pero nunca oí que nadie se quejara, pues se destinaba a fines de utilidad universal y, de hecho, era necesaria para la civilización de la tribu. El costo de iluminar un territorio tan extenso, de proveer para la emigración, de mantener los edificios públicos donde se llevaban a cabo las diversas actividades del intelecto nacional, desde la educación infantil hasta los

departamentos donde el Colegio de Sabios realizaba constantemente nuevos experimentos en ciencia mecánica: todo esto requería considerables fondos regionales. A esto debo añadir un punto que me pareció muy singular. He dicho que todo el trabajo humano que requiere la administración lo realizan los niños hasta la edad de contraer matrimonio. Por este trabajo, la región paga, y a una tasa inconmensurablemente superior a la remuneración que recibimos por el trabajo incluso en los Estados Unidos. Según su teoría, cada niño o niña, al alcanzar la edad de contraer matrimonio y finalizar su período de trabajo, debería haber adquirido lo suficiente para una vida independiente. Dado que, independientemente de la disparidad económica de los padres, todos los hijos deben servir por igual, todos reciben la misma remuneración según su edad o la naturaleza de su trabajo. Cuando los padres o amigos deciden mantener a un hijo a su servicio, deben contribuir al fondo público en la misma proporción que la administración paga a los niños que emplea; y esta suma se entrega al hijo al finalizar su período de servicio. Esta práctica, sin duda, contribuye a que la noción de igualdad social resulte familiar y aceptable; y si bien puede afirmarse que todos los niños conforman una democracia, también puede decirse que todos los adultos conforman una aristocracia. La exquisita cortesía y el refinamiento de modales de los Vril-ya, la generosidad de sus sentimientos, el absoluto ocio del que disfrutaban para dedicarse a sus aficiones privadas, las comodidades de sus relaciones domésticas, en las que parecen miembros de un

noble orden que no puede desconfiar de la palabra ni de los actos de los demás, todo ello se combina para hacer de los Vril-ya la nobleza más perfecta que un discípulo político de Platón o Sidney podría concebir para el ideal de una república aristocrática.

CAPÍTULO XX

Desde la expedición con Tae que acabo de narrar, el niño me visitaba con frecuencia. Me había tomado cariño, cariño que yo le correspondía cordialmente. De hecho, como aún no tenía doce años y no había comenzado los estudios científicos con los que termina la infancia en ese país, mi intelecto era menos inferior al suyo que al de los miembros mayores de su raza, especialmente las Gry-ei, y sobre todo la erudita Zee. Los niños de los Vril-ya, con el peso de tantos deberes y graves responsabilidades sobre sus cabezas, no suelen ser alegres; pero Tae, con toda su sabiduría, tenía mucho del buen humor juguetón que a menudo caracteriza a los ancianos genios. Sentía en mi compañía ese placer que un niño de su edad en el mundo superior siente en compañía de un perro o un mono. Le divertía intentar enseñarme las costumbres de su gente, como le divierte a un sobrino mío hacer que su caniche camine sobre sus patas traseras o salte

a través de un aro. Me presté con gusto a tales experimentos, pero nunca logré el éxito del caniche. Al principio, me interesó mucho intentar manejar las alas que los Vril—ya más jóvenes usan con tanta agilidad y facilidad como nosotros manejamos nuestras piernas y brazos; pero mis esfuerzos resultaron en contusiones tan graves que me hicieron abandonarlos desesperado.

Las alas, como ya dije, son muy grandes, llegan hasta la rodilla y, en reposo, se pliegan hacia atrás formando un manto muy elegante. Están compuestas de plumas de un ave gigantesca que abunda en las alturas rocosas del país; su color es mayormente blanco, pero a veces con vetas rojizas. Se sujetan alrededor de los hombros con resortes de acero ligeros pero resistentes; y, al extenderse, los brazos se deslizan a través de presillas para tal fin, formando, por así decirlo, una robusta membrana central. Al levantar los brazos, un revestimiento tubular debajo del chaleco o túnica se infla con aire mediante un mecanismo, aumentando o disminuyendo su volumen a voluntad con el movimiento de los brazos, y sirviendo para sostener toda la forma como si estuviera sobre vejigas. Las alas y el aparato similar a un globo están cargados de vril; y cuando el cuerpo se eleva de esta manera, parece aligerarse singularmente de su peso. Me resultó bastante fácil remontar el vuelo desde el suelo; En efecto, cuando extendía las alas, era casi imposible no remontar el vuelo, pero entonces surgían la dificultad y el peligro. Fracasé por completo en mi capacidad para usar y

dirigir las alas, a pesar de que entre los de mi especie se me considera inusualmente alerta y preparado para el ejercicio físico, y soy un nadador muy experimentado. Solo podía realizar intentos de vuelo confusos y torpes. Yo era el sirviente de las alas; las alas no eran mis sirvientes, estaban fuera de mi control; y cuando, por una violenta contracción muscular, y, debo admitirlo con toda honestidad, con esa fuerza anormal que da un susto excesivo, frené sus giros y las acerqué al cuerpo, sentí como si perdiera la fuerza de sustentación almacenada en ellas y en las vejigas de conexión, como cuando se libera el aire de un globo, y me vi precipitado de nuevo a tierra; salvado, ciertamente, por algunos aleteos espasmódicos, de ser hecho pedazos, pero no salvado de los golpes y el aturdimiento de una fuerte caída. Sin embargo, habría perseverado en mis intentos de no ser por el consejo o las órdenes de la científica Zee, que había acompañado benévolamente mis aleteos y, de hecho, en la última ocasión, volando justo debajo de mí, recibió mi forma cuando cayó sobre sus propias alas extendidas y me salvó de golpearme la cabeza contra el techo de la pirámide desde la que habíamos ascendido.

—*Veo* —dijo— que tus intentos son en vano, no por culpa de las alas y sus accesorios, ni por ninguna imperfección o malformación de tu propio sistema corpuscular, sino por un defecto irremediable, por ser orgánico, en tu poder de voluntad. Aprende que la conexión entre la voluntad y los agentes de ese fluido que ha sido sometido al control del

Vril—ya nunca fue establecida por los primeros descubridores, ni alcanzada por una sola generación; ha ido aumentando, como otras propiedades de la raza, en proporción a su transmisión uniforme de padres a hijos, de modo que, finalmente, se ha convertido en un instinto; y un An infantil de nuestra raza desea volar con la misma intuición e inconscientemente la con que desea caminar. Así, maneja sus alas inventadas o artificiales con tanta seguridad como un pájaro maneja las suyas con las que nace. No pensé suficientemente en esto cuando te permití intentar un experimento que me atraía, pues anhelaba tener en ti un compañero. Ahora abandonaré el experimento. Tu vida se está volviendo muy importante para mí. En ese momento, la voz y el rostro de Gy se suavizaron, y me sentí más alarmado que en mis vuelos anteriores.

Ahora que hablo de alas, no debo dejar de mencionar una costumbre entre las Gy—ei que me parece muy bella y tierna por el sentimiento que implica. Una Gy lleva alas habitualmente mientras aún es virgen; participa con los Ana en sus deportes aéreos y se aventura sola a las regiones más salvajes del mundo sin sol. Por la audacia y la altura de sus vuelos, así como por la gracia de sus movimientos, supera al sexo opuesto. Pero a partir del día de su matrimonio, deja de llevar alas; las cuelga con su propia mano sobre el lecho nupcial, y no las volverá a usar a menos que el vínculo matrimonial se rompa por divorcio o muerte.

Cuando la voz y la mirada de Zee se suavizaron —y ante esa suavidad, yo, proféticamente, retrocedí y me estremecí—, Tae, quien nos había acompañado en nuestros vuelos, pero que, con la inocencia de un niño, se había divertido mucho más con mi torpeza que con mis temores o con la conciencia del peligro, se cernió sobre nosotros, suspendido en el aire aún radiante, sereno e inmóvil sobre sus alas extendidas, y al oír las entrañables palabras de la joven Gy, soltó una carcajada. Dijo: «Si el Tish no puede aprender a usar las alas, aún puedes ser su compañero, Zee, pues tú sí puedes suspender las tuyas».

CAPÍTULO XXI

Había observado en la hija de mi anfitrión, una mujer muy culta y de imponente presencia, ese sentimiento bondadoso y protector que, ya sea en la tierra o en ella, la omnisciente Providencia ha otorgado a la división femenina de la raza humana. Pero hasta hace muy poco lo había atribuido a ese afecto por las "mascotas " que toda mujer comparte con un niño. Ahora me di cuenta, con dolor, de que el sentimiento con el que Zee se dignaba a mirarme era diferente del que yo había inspirado en Tae. Pero esta convicción no me produjo la complacencia que la vanidad humana suele obtener de una halagadora apreciación de sus méritos por parte del sexo femenino; al contrario, me infundió temor. Sin embargo, de todos los Gy-ei de la comunidad, si Zee era quizás la más sabia y fuerte, era, según la opinión popular, la más gentil, y sin duda la más querida. El deseo de ayudar, de socorrer, de proteger, de consolar, de bendecir, parecía

impregnar todo su ser. Aunque las complejas miserias que se originan en la pobreza y la culpa son desconocidas para el sistema social de los Vril-ya, ningún sabio había descubierto aún en el vril un instrumento capaz de desterrar el dolor de la vida; y dondequiera que entre su gente el dolor se abría paso, allí Zee seguía en su misión de consoladora. ¿Acaso alguna hermana Gy no conseguía el amor que tanto anhelaba? Zee la buscaba y ponía a su disposición todos los recursos de su sabiduría y todo el consuelo de su compasión para aliviar un dolor que tanto necesitaba el consuelo de una confidente. En los raros casos en que una enfermedad grave se apoderaba de la infancia o la juventud, y en los casos, menos raros, en que, durante la intrépida y aventurera etapa de los bebés, ocurría algún accidente acompañado de dolor y lesiones, Zee abandonaba sus estudios y sus deportes, y se convertía en curandera y enfermera. Sus vuelos favoritos eran hacia los confines del dominio donde los niños se apostaban en guardia contra los brotes de fuerzas beligerantes de la naturaleza o las invasiones de animales devoradores, para poder advertirles de cualquier peligro que su conocimiento detectara o previera, o estar presente si ocurría algún daño. Incluso en el ejercicio de sus conocimientos científicos había una benevolencia de propósito y voluntad simultánea. ¿Acaso aprendía alguna novedad en un invento que pudiera ser útil para el practicante de algún arte u oficio en particular? Se apresuraba a comunicarla y explicarla. ¿Se encontraba algún sabio veterano del Colegio perplejo y cansado por el

esfuerzo de un estudio abstruso? Se dedicaba pacientemente a ayudarlo, le explicaba los detalles, le levantaba el ánimo con su sonrisa esperanzadora, aguzaba su ingenio con sus brillantes sugerencias, siendo para él, por así decirlo, su propio genio visible como fortalecedor e inspirador. La misma ternura mostraba hacia las criaturas inferiores. A menudo la he visto traer a casa algún animal enfermo y herido, y cuidarlo y mimarlo como una madre cuidaría y mimaría a su hijo afligido. Muchas veces, cuando me sentaba en el balcón o jardín colgante, al que daba mi ventana, la he visto elevarse en el aire con sus alas radiantes, y en unos instantes grupos de bebés abajo, al verla, se elevaban con alegres sonidos de saludo; se agrupaban y jugaban a su alrededor, de modo que parecía un centro mismo de inocente deleite. Cuando he caminado con ella entre las rocas y valles fuera de la ciudad, los ciervos la olían o la veían desde lejos, se acercaban corriendo, ansiosos por la caricia de su mano, o seguían sus pasos, hasta que algún susurro musical que la criatura había aprendido a comprender los ahuyentaba. Es costumbre entre las vírgenes Gy-ei llevar en la frente una diadema o corona con gemas parecidas a ópalos, dispuestas en cuatro puntas o rayos como estrellas. Estas piezas carecen de brillo en su uso ordinario, pero al ser tocadas por la varita de vril, adquieren una llama clara y resplandeciente que ilumina sin quemar. Esto les sirve de adorno en sus festividades y de lámpara si, en sus andanzas más allá de sus luces artificiales, tienen que atravesar la oscuridad. Hay ocasiones en que, al contemplar

la pensativa majestad del rostro de Zee, iluminado por este halo, apenas podía creer que fuera una criatura mortal, e inclinaba la cabeza ante ella como si fuera la visión de un ser de los órdenes celestiales. Pero jamás mi corazón sintió por este elevado arquetipo de la más noble feminidad un sentimiento de amor humano. ¿Será que, entre la raza a la que pertenezco, el orgullo del hombre influye tanto en sus pasiones que la mujer pierde ante él su encanto especial si la considera eminentemente superior a él en todo? Pero ¿por qué extraña fascinación esta hija sin igual de una raza que, por la supremacía de sus poderes y la felicidad de sus condiciones, consideraba a todas las demás razas como bárbaras, se dignó honrarme con su preferencia? En cuanto a cualidades personales, aunque entre la gente de la que provenía se me consideraba guapo, el más apuesto de mis compatriotas podría haber parecido insignificante y feo al lado del grandioso y sereno tipo de belleza que caracterizaba el aspecto de los VriLya.

Era bastante probable que la novedad, la diferencia misma entre yo y aquellos a quienes Zee estaba acostumbrada, pudiera influir en su gusto, y como el lector verá más adelante, tal causa podría bastar para explicar la predilección con la que fui distinguido por una joven Gy apenas salida de la infancia, y muy inferior en todos los aspectos a Zee. Pero quienquiera que considere esas tiernas características que acabo de atribuir a la hija de Aph-Lin, podrá comprender fácilmente que la principal causa de mi

atracción hacia ella radicaba en su deseo instintivo de cuidar, consolar, proteger y, al proteger, sostener y enaltecer. Así, al mirar atrás, explico la única debilidad indigna de su noble naturaleza, que doblegó a la hija de Vril—ya ante el afecto de una mujer por alguien tan inferior a ella como el huésped de su padre. Pero sea cual sea la causa, la conciencia de haber inspirado tal afecto me llenó de asombro: un asombro moral ante sus perfecciones, sus misteriosos poderes, las distinciones inseparables entre su raza y la mía; y a ese asombro, debo confesar con vergüenza, se unía el temor más material y noble ante los peligros a los que su preferencia me expondría.

¿Podría suponerse por un instante que los padres y amigos de este ser excelso pudieran contemplar sin indignación ni repugnancia la posibilidad de una alianza entre ella y un Tish? A ella no podían castigarla, ni confinarla ni reprimirla. Ni en la vida doméstica ni en la política reconocen entre sí la ley de la fuerza; pero podrían acabar con su enamoramiento con un destello de vril dirigido hacia mí.

En estas circunstancias tan angustiosas, afortunadamente, mi conciencia y mi sentido del honor estaban libres de reproche. Era evidente que, si la preferencia de Zee seguía manifestándose, debía comunicárselo a mi anfitrión, con toda la delicadeza que un hombre bien educado debe conservar al confiar a otro cualquier favor que una mujer pudiera dignarse a concederle. Así, en cualquier caso, me libraría de la responsabilidad o la sospecha de participar

voluntariamente en los sentimientos de Zee; y la superior sabiduría de mi anfitrión probablemente me sugeriría alguna solución acertada para salir de mi peligroso dilema. En esta decisión, obedecí el instinto común del hombre civilizado y moral, quien, aun cuando se equivoque, generalmente prefiere el camino correcto en aquellos casos en los que elegir el incorrecto va en contra de sus inclinaciones, sus intereses y su seguridad.

CAPÍTULO XXII

Como el lector ha visto, Aph–Lin no había favorecido mi trato general y sin restricciones con sus compatriotas. Aunque confiaba en mi promesa de abstenerme de dar información sobre el mundo que había dejado, y más aún en la promesa de aquellos a quienes se les había hecho la misma petición, de no interrogarme, que Zee había exigido a Tae, no estaba seguro de que, si se me permitía mezclarme con los extraños cuya curiosidad había despertado mi presencia, pudiera protegerme suficientemente de sus preguntas. Por lo tanto, cuando salía, nunca iba solo; siempre me acompañaba algún miembro de la familia de mi anfitrión o mi amigo infantil Tae. Bra, la esposa de Aph–Lin, rara vez se movía más allá de los jardines que rodeaban la casa, y era aficionada a leer la literatura antigua, que contenía algo de romance y aventura que no se encontraba en los escritos de épocas recientes, y presentaba imágenes de una vida

desconocida para su experiencia e interesante para su imaginación. Imágenes, en efecto, de una vida más parecida a la que llevamos cada día sobre la tierra, teñida por nuestras penas, pecados y pasiones, y más para ella como los Cuentos de los Genios o *Las mil y una noches* son para nosotros. Pero su amor por la lectura no impidió que Bra cumpliera con sus deberes como ama de la casa más grande de la ciudad. Recorría diariamente las habitaciones y se aseguraba de que los autómatas y otros artilugios mecánicos estuvieran en orden, que los numerosos niños empleados por Aph-Lin, ya fuera en su capacidad privada o pública, fueran atendidos con esmero. Bra también inspeccionaba las cuentas de toda la propiedad, y era su gran placer ayudar a su esposo en los asuntos relacionados con su cargo como administrador jefe del Departamento de Iluminación, por lo que sus ocupaciones necesariamente la mantenían mucho tiempo dentro de casa. Los dos hijos estaban terminando su educación en el Colegio de los Sabios. El mayor, apasionado por la mecánica, especialmente por la maquinaria de relojes y autómatas, decidió dedicarse a estos campos y se encontraba construyendo un taller o almacén donde exhibir y vender sus inventos. El hijo menor prefería la agricultura y las labores rurales; y cuando no asistía al Colegio, donde estudiaba principalmente las teorías agrícolas, se dedicaba a la aplicación práctica de dicha ciencia en las tierras de su padre. Esto demuestra la absoluta igualdad de rangos que existía entre este pueblo: un comerciante gozaba del mismo prestigio que un gran terrateniente. Aph-Lin era el miembro

más adinerado de la comunidad, y su hijo mayor prefería tener un taller a cualquier otra ocupación; esta elección no reflejaba en absoluto una falta de nobleza por su parte.

Este joven se había interesado mucho en examinar mi reloj, cuyo mecanismo era nuevo para él, y se alegró enormemente cuando se lo regalé. Poco después, me devolvió el regalo con creces, regalándome un reloj de su propia fabricación, que marcaba tanto la hora como la que marcaba el mío como la que se usaba entre los Vril-ya. Todavía conservo ese reloj, y ha sido muy admirado por muchos de los relojeros más eminentes de Londres y París. Es de oro, con agujas y números de diamantes, y toca una melodía favorita entre los Vril-ya al dar las horas; solo necesita que se le dé cuerda una vez cada diez meses y nunca ha fallado desde que lo tengo. Como estos jóvenes hermanos estaban ocupados, mis compañeros habituales en esa familia, cuando viajaba al extranjero, eran mi anfitrión o su hija. Ahora bien, de acuerdo con las honrosas conclusiones a las que había llegado, comencé a excusarme de las invitaciones de Zee para salir a solas con ella, y aproveché una ocasión en que la erudita Gy estaba dando una conferencia en el Colegio de Sabios para pedirle a Aph-Lin que me mostrara su casa de campo. Como estaba a cierta distancia, y como a Aph-Lin no le gustaba caminar, y yo había renunciado discretamente a cualquier intento de volar, nos dirigimos a nuestro destino en una de las barcas aéreas de mi anfitrión. Un niño de ocho años, a su servicio,

era nuestro conductor. Mi anfitrión y yo nos reclinamos sobre cojines, y encontré el movimiento muy fácil y placentero.

—Aph—Lin —dije—, confío en que no te disgustará que te pida permiso para viajar un tiempo y visitar otras tribus o comunidades de tu ilustre raza. También tengo un gran deseo de ver aquellas naciones que no adoptan tus instituciones y que consideras salvajes. Me interesaría mucho observar cuáles son las diferencias entre ellas y las razas que consideramos civilizadas en el mundo que he dejado.

—Es absolutamente imposible que te vayas de aquí solo —dijo Aph—Lin. “Incluso entre los Vril—ya estarías expuesto a grandes peligros. Ciertas peculiaridades de formación y color, y el extraordinario fenómeno de los vellos hirsutos en tus mejillas y barbilla, que denotan en ti una especie distinta tanto de nuestra raza como de cualquier raza conocida de bárbaros aún existente, atraerían, por supuesto, la atención especial del Colegio de Sabios en cualquier comunidad de Vril—ya que visitarás, y dependería del temperamento individual de algún sabio si serías recibido, como lo has sido aquí, con hospitalidad, o si no serías diseccionado de inmediato con fines científicos. Debes saber que cuando el Tur te llevó por primera vez a su casa, y mientras estabas allí dormido por Tae para recuperarte de tu dolor o fatiga anteriores, los sabios convocados por el Tur estaban divididos en opinión sobre si eras un animal inofensivo o

desagradable. Durante tu estado de inconsciencia, se examinaron tus dientes, y estos mostraron claramente que no solo eras graminívoro, sino también carnívoro. Los animales carnívoros de tu tamaño siempre son destruidos, por ser de naturaleza peligrosa y salvaje. Nuestros dientes, como sin duda habrás observado¹⁷, no son los de las criaturas que devoran carne. De hecho, Zee y otros filósofos sostienen que, como en épocas remotas los Ana se alimentaban de seres vivos de la especie animal, sus dientes debían estar adaptados para ese propósito. Pero, aun así, han sido modificados por transmisión hereditaria y adaptados al alimento del que ahora nos alimentamos; ni siquiera los bárbaros, que adoptan las turbulentas y feroces instituciones de Grlek–Nas, son devoradores de carne como bestias de presa.

“En el transcurso de esta disputa se propuso que te diseccionarían; pero Tae rogó que no lo hicieran, y el Tur, por su cargo, es reacio a todo experimento novedoso que contradiga nuestra costumbre de perdonar la vida, excepto cuando se demuestre claramente que es para el bien de la comunidad quitarla, me envió a mí, cuyo deber es, como el hombre más rico de la región, brindar hospitalidad a los extraños de lejos. Estaba en mi poder decidir si eras un extraño al que podía admitir con seguridad. Si me hubiera negado a recibirte, habrías sido entregado al Colegio de

17 Nunca lo había observado; y, si lo hubiera hecho, no soy fisiólogo suficiente como para haber distinguido la diferencia.

Sabios, y lo que allí te podría haber sucedido no me gusta conjeturarlo. Aparte de este peligro, podrías encontrarte por casualidad con algún niño de cuatro años, recién empuñando su bastón vril; y que, alarmado por tu extraña apariencia, y en el impulso del momento, podría reducirte a cenizas. El mismo Tae estuvo a punto de hacerlo cuando te vio por primera vez, si su padre no le hubiera detenido la mano. Por lo tanto, digo que no puedes viajar solo, pero con Zee estarías a salvo; Y no me cabe duda de que te acompañaría en un recorrido por las comunidades vecinas de Vril-ya (a los estados salvajes, n.º 1): se lo preguntaré.

Ahora bien, como mi principal objetivo al proponer el viaje era escapar de Zee, exclamé apresuradamente: «¡No, por favor, no lo hagas! Renuncio a mi propósito. Ya has dicho lo suficiente sobre sus peligros como para disuadirme; y difícilmente puedo considerar correcto que una joven Gy, con el atractivo personal de tu encantadora hija, viaje a otras regiones sin un protector mejor que un Tish de mi insignificante fuerza y estatura».

Un adulto se permite a sí mismo antes de responder: “Perdone mi descortés pero momentánea muestra de alegría ante cualquier observación seria de mi invitado. No pude evitar divertirme con la idea de que Zee, tan aficionada a proteger a los demás que los niños la llaman ‘La guardiana’, necesite ella misma un protector contra cualquier peligro derivado de la audaz admiración de los hombres. Sepa que nuestras Gy-ei, cuando son solteras, suelen viajar solas

entre otras tribus para ver si encuentran allí algún An que les agrade más que el Ana que encuentran en casa. Zee ya ha realizado tres viajes de este tipo, pero hasta ahora su corazón ha permanecido intacto.”

Aquí se me presentó la oportunidad que buscaba, y dije, bajando la mirada y con voz temblorosa: “¿Me prometes, mi amable anfitrión, perdonarme si lo que estoy a punto de decir te ofende?”.

“Di solo la verdad, y no me ofenderé; o, si así fuera, no me correspondería a mí, sino a ti, perdonarme.”

“Pues bien, ayúdenme a dejarlos, y aunque me hubiera gustado presenciar más de las maravillas y disfrutar más de la felicidad que pertenece a su pueblo, permítanme regresar al mío.”

«Me temo que hay razones por las que no puedo hacerlo; en cualquier caso, no sin el permiso del Tur, y probablemente él no me lo concedería. No careces de inteligencia; puede que (aunque no lo creo) hayas ocultado el grado de poder destructivo que posee tu pueblo; en resumen, podrías acarrearlos algún peligro; y si el Tur alberga esa idea, sin duda sería su deber acabar contigo o encerrarte en una jaula por el resto de tu existencia. Pero ¿por qué querrías abandonar un estado social que tan amablemente consideras más próspero que el tuyo?»

“¡Oh, Aph–Lin! Mi respuesta es clara. No sea que, de ninguna manera y sin darme cuenta, traicione su hospitalidad; no sea que, por ese capricho de voluntad que en nuestro mundo es proverbial entre el sexo opuesto, y del que ni siquiera una Gy está libre, su adorable hija se digne considerarme, aunque sea un Tish, como si fuera un An civilizado, y... y... y...”

—Te cortejará como a su esposo —añadió Aph–Lin con gravedad, sin mostrar ninguna señal visible de sorpresa o disgusto.

“Tú lo has dicho.”

—Eso sería una desgracia —retomó mi anfitrión, tras una pausa—, y siento que has actuado como debías al advertirme. Como insinúas, no es raro que una Gy soltera conciba gustos sobre el objeto que codicia que a otros les parecen caprichosos; pero no hay poder para obligar a una joven Gy a seguir un camino opuesto al que ella elige. Todo lo que podemos hacer es razonar con ella, y la experiencia nos dice que todo el Colegio de Sabios consideraría inútil razonar con una Gy en un asunto que concierne a su elección en el amor. Me apeno por ti, porque tal matrimonio iría en contra del Aglauran, o del bien de la comunidad, pues los hijos de tal matrimonio adulterarían la raza: incluso podrían venir al mundo con los dientes de animales carnívoros; esto no se podría permitir: Zee, como Gy, no puede ser controlada; pero tú, como Tish, puedes ser destruido. Te

aconsejo, entonces, que resistas sus insistencias; que le digas claramente que jamás podrás corresponder a su amor. Esto sucede constantemente. Muchos An, por mucho que una Gy los corteje, la rechazan y ponen fin a su persecución casándose con otra. Tú también puedes correr la misma suerte.

“No; porque no puedo casarme con otra Gy sin perjudicar igualmente a la comunidad y exponerla a la posibilidad de criar hijos carnívoros.”

“Es cierto. Lo único que puedo decir, y lo digo con la ternura debida a un Tish y el respeto debido a un invitado, es francamente esto: si cedes, te convertirás en cenizas. Debo dejarte a ti la tarea de defenderte como mejor puedas. Quizás deberías decirle a Zee que es fea. Esa afirmación en los labios de aquel a quien corteja suele bastar para helar la sangre de la más ardiente Gy. Aquí estamos, en mi casa de campo.”

CAPÍTULO XXIII

Confieso que mi conversación con Aph–Lin y la extrema frialdad con la que manifestó su incapacidad para controlar el peligroso capricho de su hija, y trató la idea de reducirme a cenizas a la que su llama amorosa podría exponer mi persona demasiado seductora, me quitaron el placer que de otro modo habría tenido al contemplar la residencia campestre de mi anfitrión y la asombrosa perfección de la maquinaria con la que se llevaban a cabo sus operaciones agrícolas. La casa difería en apariencia del edificio macizo y sombrío que Aph–Lin habitaba en la ciudad, y que parecía similar a las rocas de las que la ciudad misma había sido labrada. Los muros de la residencia campestre estaban compuestos por árboles plantados a pocos pies de distancia entre sí, los intersticios rellenos con la sustancia metálica transparente que sirve como vidrio entre los Ana. Estos árboles estaban todos en flor, y el efecto era muy agradable,

aunque no del mejor gusto. Fuimos recibidos en el pórtico por autómatas de aspecto realista, que nos condujeron a una cámara, que nunca había visto antes, pero que a menudo había imaginado soñadoramente en los días de verano. Era una glorieta, mitad habitación, mitad jardín. Las paredes eran una masa de flores trepadoras. Los espacios abiertos, que llamamos ventanas, y en los que, aquí, las superficies metálicas estaban retraídas, ofrecían diversas vistas: algunas, del amplio paisaje con sus lagos y rocas; otras, de una pequeña extensión limitada, similar a nuestros invernaderos, llena de hileras de flores. A lo largo de los lados de la habitación había parterres, intercalados con cojines para descansar. En el centro del suelo había una cisterna y una fuente de esa luz líquida que supuse que era nafta. Era luminosa y de un tono rosado; bastaba para iluminar la habitación con un resplandor tenue, sin necesidad de lámparas. Alrededor de la fuente, una alfombra de líquenes suaves y profundos, no verdes (jamás he visto ese color en la vegetación de este país), sino de un marrón tranquilo, sobre el cual la vista se posa con la misma sensación de alivio que la que experimenta en el mundo exterior al posarse sobre el verde. En los orificios sobre las flores (que he comparado con nuestros invernaderos) había innumerables pájaros cantores que, mientras permanecíamos en la habitación, entonaban esas armonías de melodías para las que, en estas tierras, están tan maravillosamente entrenados. El techo estaba abierto. Toda la escena tenía encantos para todos los sentidos: la música

de los pájaros, la fragancia de las flores y una belleza variada para la vista desde cada ángulo. Todo era un reposo voluptuoso. ¡Qué lugar, pensé, para una luna de miel, si una novia Gy estuviera un poco menos formidablemente armada no solo con los derechos de la mujer, sino también con los poderes del hombre! Pero cuando uno piensa en una Gy, tan culta, tan alta, tan majestuosa, tan por encima del estándar de la criatura que llamamos mujer como lo era Zee, ¡no! Incluso si no hubiera sentido miedo de ser reducido a cenizas, no es en ella en quien habría soñado en esa glorieta construida para sueños de amor poético.

Los autómatas reaparecieron, sirviendo uno de esos deliciosos líquidos que forman los vinos inocentes de Vrilya.

—En verdad —dije—, esta es una residencia encantadora, y apenas puedo comprender por qué no se instala aquí en lugar de entre las moradas más lúgubres de la ciudad.

“Como responsable ante la comunidad del suministro de luz, me veo obligado a residir principalmente en la ciudad y solo puedo venir aquí por cortos periodos de tiempo.”

“Pero puesto que entiendo de usted que su cargo no conlleva honores y que implica algunos problemas, ¿por qué lo acepta?”

Cada uno de nosotros obedece sin cuestionar la orden del Tur. Él dijo: «Se solicita que Aph-Lin sea Comisionado de la Luz», así que no tuve otra opción; pero habiendo desempeñado el cargo durante mucho tiempo, las preocupaciones, que al principio eran desagradables, se han vuelto, si no agradables, al menos soportables. Todos estamos formados por la costumbre; incluso la diferencia de nuestra raza con respecto a los salvajes no es sino la continuación transmitida de la costumbre, que se convierte, por descendencia hereditaria, en parte integral de nuestra naturaleza. Como ve, hay Ana que incluso se resignan a las responsabilidades del magistrado principal, pero nadie lo haría si sus deberes no se hubieran aligerado tanto, o si hubiera dudas sobre el cumplimiento de sus peticiones.

“¿Ni siquiera si consideraras que las peticiones son imprudentes o injustas?”

“No nos permitimos pensar así, y de hecho, todo sigue como si cada uno se gobernara según costumbres inmemoriales.”

“Cuando el magistrado jefe fallece o se jubila, ¿cómo se provee para su sucesor?”

“El An que ha desempeñado las funciones de magistrado jefe durante muchos años es la persona más indicada para elegir a alguien que pueda comprender dichas funciones, y generalmente es él quien nombra a su sucesor.”

¿Su hijo, tal vez?

“Rara vez eso; pues no es un cargo que nadie desee o busque, y un padre, naturalmente, duda en obligar a su hijo. Pero si el propio Tur se niega a tomar una decisión, por temor a que se supusiera que guardaba rencor a la persona en quien recaería su elección, entonces hay tres miembros del Colegio de Sabios que sortean entre sí quién tendrá el poder de elegir al jefe. Consideramos que el juicio de un An de capacidad ordinaria es mejor que el de tres o más, por muy sabios que sean; pues entre tres probablemente habría disputas; y donde hay disputas, la pasión nubla el juicio. La peor elección hecha por alguien que no tiene motivo para equivocarse es mejor que la mejor elección hecha por muchos que tienen muchos motivos para no elegir bien.

“Ustedes invierten en su política las máximas adoptadas en mi país”.

“*¿Están* todos ustedes, en sus respectivos países, satisfechos con sus gobernadores?”

“¡Todos! Ciertamente no; los gobernadores que más agradan a algunos seguramente serán los que más desagradan a otros.”

“Entonces nuestro sistema es mejor que el vuestro.”

“Para ti puede ser así; pero según nuestro sistema, un Tish no podría ser reducido a cenizas si una mujer lo obligara a

casarse con ella; y como Tish, suspiro al regresar a mi mundo natal.”

«Ten valor, mi querido huésped; Zee no puede obligarte a casarte con ella. Solo puede tentarte. No te dejes tentar. Ven y echa un vistazo a mi dominio.»

Salimos a un recinto cercado, bordeado de cobertizos; pues aunque los Ana no crían ganado para alimentarse, sí crían algunos animales para ordeñar y otros para esquilarse. Los primeros no se parecen en nada a nuestras vacas, ni los segundos a nuestras ovejas, ni creo que existan tales especies entre ellos. Utilizan la leche de tres variedades de animales: uno se asemeja al antílope, pero es mucho más grande, tan alto como un camello; los otros dos son más pequeños y, aunque difieren un poco entre sí, no se parecen a ninguna criatura que haya visto jamás en la superficie. Son muy esbeltos y de proporciones redondeadas; su color es el del ciervo moteado, con rostros muy apacibles y hermosos ojos oscuros. La leche de estas tres criaturas difiere en riqueza y sabor. Generalmente se diluye con agua y se aromatiza con el jugo de una fruta peculiar y perfumada, y en sí misma es muy nutritiva y sabrosa. El animal cuya lana les sirve para vestir y para muchos otros fines, se parece más a la cabra italiana que a cualquier otra criatura, pero es considerablemente más grande, no tiene cuernos y carece del desagradable olor de nuestras cabras. Su lana no es gruesa, sino muy larga y fina; varía de color, pero nunca es blanca, sino más bien de un tono grisáceo o lavanda. Para

vestir, suele teñirse según el gusto de quien la usa. Estos animales eran sumamente mansos y recibían un trato extraordinario por parte de los niños (principalmente niñas) que los cuidaban.

Luego pasamos por vastos almacenes repletos de granos y frutas. Cabe mencionar que el alimento básico de este pueblo consiste, en primer lugar, en una especie de maíz con espigas mucho más grandes que nuestro trigo, que mediante el cultivo se enriquece continuamente con nuevas variedades de sabor; y, en segundo lugar, en una fruta del tamaño de una naranja pequeña, que, al ser recolectada, es dura y amarga. Se almacena durante muchos meses en sus bodegas, hasta que se vuelve jugosa y tierna. Su jugo, de color rojo oscuro, se utiliza en la mayoría de sus salsas. Poseen diversas frutas similares a la aceituna, de las cuales se extraen aceites deliciosos. Tienen una planta parecida a la caña de azúcar, pero su jugo es menos dulce y de un aroma delicado. No tienen abejas ni insectos productores de miel, pero aprovechan mucho una goma líquida que exuda de una planta conífera, similar a la araucaria. Su tierra también rebosa de raíces y verduras comestibles, cuyo cultivo se esfuerzan por mejorar y diversificar al máximo. Y no recuerdo ninguna comida entre este pueblo, por muy íntima que fuera, en la que no se introdujera alguna sutil novedad culinaria. En definitiva, como ya he mencionado, su cocina es exquisita, tan variada y nutritiva que no se echa de menos la carne; y su propia constitución física basta para demostrar

que, al menos para ellos, la carne no es necesaria para una producción superior de fibra muscular. No tienen uvas; las bebidas que se extraen de sus frutos son puras y refrescantes. Su bebida principal, sin embargo, es el agua, en cuya elección son muy exigentes, distinguiendo al instante la más mínima impureza.

«Mi hijo menor disfruta mucho aumentando nuestra producción», dijo Aph-Lin mientras pasábamos por los almacenes, «y por lo tanto heredará estas tierras, que constituyen la mayor parte de mi riqueza. Para mi hijo mayor, tal herencia sería una gran molestia y aflicción».

¿Hay entre vosotros muchos hijos que piensen que heredar una gran riqueza sería una gran aflicción y un problema?

Ciertamente, son muy pocos los Vril-ya que no consideran que una fortuna muy superior a la media sea una pesada carga. Somos un pueblo bastante perezoso después de la infancia y no nos gusta tener más preocupaciones de las que podemos evitar, y la gran riqueza conlleva muchas preocupaciones para su dueño. Por ejemplo, nos designa para cargos públicos, que a ninguno de nosotros nos gustan y que ninguno podemos rechazar. Nos obliga a interesarnos continuamente por los asuntos de nuestros compatriotas más pobres, para poder anticiparnos a sus necesidades y asegurarnos de que ninguno quede desamparado en la

pobreza. Hay un viejo proverbio entre nosotros que dice: "La necesidad del pobre es la vergüenza del rico".

“Perdone si lo interrumpo un momento. ¿Acaso admiten que algunos, incluso entre los Vril-ya, conocen la necesidad y requieren alivio?”

“Si por necesidad te refieres a la miseria que prevalece en un Koom- Posh, eso es imposible con nosotros, a menos que un An, por algún proceso extraordinario, se haya deshecho de todos sus recursos, no pueda o no quiera emigrar, y haya agotado la ayuda afectuosa de sus familiares o amigos personales, o se niegue a aceptarla.”

“Entonces, ¿acaso no sustituye a un bebé o a un autómatas, convirtiéndose en un obrero o en un sirviente?”

“No; entonces lo consideramos una persona desafortunada con razón inestable, y lo colocamos, a expensas de la comunidad, en un edificio público, donde se le prodigan todas las comodidades y todos los lujos que puedan mitigar su aflicción. Pero a un An no le gusta que lo consideren fuera de sí, y por lo tanto tales casos ocurren tan raramente que el edificio público del que hablo es ahora una ruina desierta, y el último habitante de él fue un An a quien recuerdo haber visto en mi infancia. No parecía consciente de la pérdida de la razón, y escribía glaubs (poesía). Cuando hablé de necesidades, me refería a necesidades como las que a veces alberga un An con deseos mayores que sus

posibilidades: pájaros cantores caros, casas más grandes o jardines campestres; y la manera obvia de satisfacer tales necesidades es comprarle algo que él 'vende'. Por lo tanto, los An como yo, que somos muy ricos, nos vemos obligados a comprar muchas cosas que no necesitamos, y vivimos a gran escala donde preferiríamos vivir a pequeña escala. Porque por ejemplo, el gran tamaño de mi casa en el pueblo es motivo de muchos problemas para mi esposa, e incluso para mí mismo; pero me veo obligado a tenerla tan incómodamente grande, porque, como el An más rico de la comunidad, estoy designado para hospedar a los forasteros de otras comunidades cuando nos visitan, lo cual hacen en grandes multitudes dos veces al año, cuando se celebran ciertos entretenimientos periódicos y cuando los parientes dispersos por todos los reinos de Vril-ya se reúnen alegremente por un tiempo. Esta hospitalidad, a una escala tan extensa, no es de mi agrado, y por lo tanto habría sido más feliz si hubiera sido menos rico. Pero todos debemos aceptar el destino que nos ha sido asignado en este breve paso por el tiempo que llamamos vida. Después de todo, ¿qué son cien años, más o menos, comparados con las edades por las que debemos pasar en el futuro? Por suerte, tengo un hijo al que le gusta la gran riqueza. Es una rara excepción a la regla general, y confieso que yo mismo no lo entiendo.

Tras esta conversación, quise retomar el tema que aún me inquietaba: las posibilidades de escapar de Zee. Pero mi

anfitrión, con cortesía, declinó volver a hablar del tema y llamó a nuestra lancha. De regreso, nos encontramos con Zee, quien, al vernos marchar a su regreso del Colegio de Sabios, había desplegado sus alas y volado en nuestra búsqueda.

Su rostro majestuoso, aunque para mí poco atractivo, se iluminó al verme, y, apoyándose junto a la barca sobre sus grandes plumas desplegadas, le reprochó a Aph-Lin: «¡Oh, padre!, ¿estuvo bien arriesgar la vida de tu invitado en un vehículo al que no está acostumbrado? Podría, con un movimiento imprudente, caerse por la borda; y, ¡ay!, no es como nosotros, no tiene alas. Sería la muerte para él caerse. ¡Querido!» (añadió, dirigiéndose a mí, que me encogía, con voz más suave), «¿no has pensado en mí, para arriesgar así una vida que casi se ha convertido en parte de la mía? No vuelvas a ser tan imprudente, a menos que yo sea tu compañera. ¡Qué terror me has infundido!»

Miré furtivamente a Aph-Lin, esperando, al menos, que reprendiera indignado a su hija por expresiones de ansiedad y afecto que, dadas las circunstancias, en el mundo de los vivos se considerarían inmodestas en labios de una joven, dirigidas a un hombre que no estaba prometido con ella, incluso si era de su mismo rango.

Pero los derechos de las mujeres en esa región están tan arraigados, y el privilegio del cortejo ocupa un lugar tan primordial entre ellos, que Aph-Lin jamás habría

considerado reprender a su hija virgen, del mismo modo que no habría pensado en desobedecer al Tur. En ese país, la costumbre, como él mismo insinuaba, lo es todo.

Respondió con suavidad: «Zee, Tish no corría peligro, y creo que puede cuidarse muy bien».

“Preferiría que me dejara a mí encargarme de su cuidado. ¡Oh, corazón mío, fue al pensar en tu peligro que sentí por primera vez cuánto te amaba!”

Jamás me había sentido tan avergonzado como entonces. Estas palabras fueron pronunciadas en voz alta, al oído del padre de Zee, al oído de la niña que conducía. Me sonrojé de vergüenza por ellos y por ella, y no pude evitar responder con enojo: «Zee, o te burlas de mí, lo cual, como invitada de tu padre, te resulta impropio, o las palabras que pronuncias son impropias para una doncella Gy, incluso para dirigirse a un An de su misma raza, si este no la ha cortejado con el consentimiento de sus padres. ¡Cuánto más impropio es dirigirlas a un Tish, que jamás se ha atrevido a solicitar tu afecto y que jamás podrá mirarte con otros sentimientos que no sean de reverencia y asombro!».

Aph-Lin me hizo una señal encubierta de aprobación, pero no dijo nada.

—¡No seas tan cruel! —exclamó Zee, aún con voz sonora. ¿Puede el amor imponerse donde realmente se siente?

¿Crees que una doncella Gy ocultará un sentimiento que la enaltece? ¡Buen país del que debes venir!

En ese momento, Aph-Lin intervino amablemente, diciendo: “Entre los Tish-a, los derechos de tu sexo no parecen estar establecidos, y en cualquier caso, mi invitado podrá conversar contigo con mayor libertad si no hay otras personas que lo interrumpen”.

Zee no respondió a este comentario, sino que, lanzándome una mirada tierna y reprochadora, agitó sus alas y huyó hacia su hogar.

—Contaba, al menos, con alguna ayuda de mi anfitrión — dije con amargura— ante los peligros a los que me expone su propia hija.

“Te brindé la mejor ayuda que pude. Contradecir a una Gy en sus asuntos amorosos es confirmar sus propósitos. No permite que ningún consejo se interponga entre ella y sus afectos.”

CAPÍTULO XXIV

Al bajar de la lancha neumática, un niño abordó a Aph-Lin en el vestíbulo con la petición de que estuviera presente en las exequias de un pariente que había fallecido recientemente.

Ahora bien, yo nunca había visto un cementerio entre esta gente, y, contento de aprovechar incluso una ocasión tan melancólica para aplazar un encuentro con Zee, le pregunté a Aph-Lin si me permitiría presenciar con él el entierro de su pariente; a menos que, en efecto, se considerara una de esas ceremonias sagradas a las que un extraño a su raza no pudiera ser admitido.

La partida de un An a un mundo más feliz —respondió mi anfitrión—, cuando, como en el caso de mi pariente, ha vivido tanto tiempo en este que ha perdido el placer en él,

es más bien una fiesta alegre aunque tranquila que una ceremonia sagrada, y puedes acompañarme si quieres.

Precedidos por el niño mensajero, caminamos por la calle principal hasta una casa a poca distancia y, al entrar en el vestíbulo, nos condujeron a una habitación en la planta baja, donde encontramos a varias personas reunidas alrededor de un diván en el que yacía el difunto. Era un anciano que, según me dijeron, había vivido más de 130 años. A juzgar por la serena sonrisa de su rostro, había fallecido sin sufrimiento. Uno de los hijos, que ahora era el cabeza de familia y que parecía gozar de una buena salud, aunque tenía bastante más de setenta años, se adelantó con rostro alegre y le dijo a Aph-Lin que «el día antes de morir su padre había visto en un sueño a su difunta Gy, y anhelaba reunirse con ella y recuperar la juventud bajo la presencia del Todopoderoso».

Mientras estos dos conversaban, mi atención se centró en una sustancia metálica oscura al fondo de la habitación. Medía unos seis metros de largo, era estrecha y completamente cerrada, salvo por unos pequeños orificios redondos cerca del techo, a través de los cuales se podía ver una luz roja. Del interior emanaba un perfume rico y dulce; y mientras yo conjeturaba la función de aquella máquina, todos los relojes de la ciudad dieron la hora con su solemne tañido; y al cesar aquel sonido, una música más alegre, pero aún de una alegría contenida y tranquila, resonó por toda la cámara y desde las paredes, en un coro. En sintonía con la melodía, los presentes alzaron la voz en un canto. La letra de

este himno era sencilla. No expresaba pesar ni despedida, sino más bien un saludo al nuevo mundo al que el difunto había precedido a los vivos. De hecho, en su idioma, el himno fúnebre se llama «Canto de Nacimiento». Entonces el cadáver, cubierto por un largo sudario, fue levantado con cuidado por seis de los parientes más cercanos y llevado hacia la oscura cosa que he descrito. Me acerqué para ver qué sucedía. Una puerta o panel corredizo en un extremo se levantó; el cuerpo fue depositado dentro, sobre un estante; la puerta se cerró de nuevo; se tocó un resorte en el lateral; se oyó un repentino *suspiro* desde el interior; ¡y he aquí! en el otro extremo de la máquina, la tapa cayó, y un pequeño puñado de polvo humeante cayó en una *pátera*¹⁸ colocada para recibirlo. El hijo tomó la *pátera* y dijo (en lo que después comprendí que eran las palabras habituales): «¡Mirad cuán grande es el Creador! A este pequeño polvo le dio forma, vida y alma. No necesita este pequeño polvo para renovar la forma, la vida y el alma del ser amado que pronto volveremos a ver».

Cada presente inclinó la cabeza y se llevó la mano al corazón. Entonces una niña abrió una pequeña puerta en la pared, y percibí, en el hueco, estantes sobre los que se colocaban muchas *páteras* como la que sostenía el hijo, salvo que todas tenían tapa. Con una tapa como esa, un Gy se acercó al hijo y la colocó sobre la copa, que se cerró con un

¹⁸ Se llama *pátera* a un plato de poco fondo que se usaba en ceremonias y ritos religiosos de la Antigüedad. [N. T.]

resorte. En la tapa estaban grabados el nombre del difunto y estas palabras: «(Nos lo prestó)» (aquí la fecha de nacimiento). «(Nos lo quitó)» (aquí la fecha de muerte).

La puerta, que estaba entornada, se cerró de golpe con un sonido musical, y todo terminó.

CAPÍTULO XXV

—Y esto —dije, con la mente llena de lo que había presenciado—, supongo que es su forma habitual de entierro.

—Nuestra forma invariable —respondió Aph—Lin—. ¿Cuál es la forma entre tu gente?

“Enterramos el cuerpo entero en la tierra.”

“¿Qué? ¿Degradar la forma que has amado y honrado, la esposa en cuyo pecho has dormido, hasta la repugnancia de la corrupción?”

“Pero si el alma vuelve a la vida, ¿acaso importa si el cuerpo se descompone en la tierra o si es reducido por ese terrible mecanismo, obrado sin duda por la acción del vril, a una pizca de polvo?”

—Respondes bien —dijo mi anfitrión—, y sobre sentimientos no hay discusión posible; pero para mí vuestra costumbre es horrible y repulsiva, y contribuiría a asociar la muerte con connotaciones sombrías y espantosas. También es significativo, a mi parecer, poder conservar la huella de quien fue nuestro pariente o amigo en el hogar donde vivimos. Así sentimos con mayor intensidad que aún vive, aunque no lo percibamos visiblemente. Pero nuestros sentimientos en esto, como en todo, están arraigados en la costumbre. La costumbre no debe ser cambiada por un An sabio, como tampoco por una Comunidad sabia, sin la más profunda reflexión, seguida de la más sincera convicción. Solo así el cambio deja de ser transitorio, y una vez hecho, es definitivo.

Cuando regresamos a la casa, Aph-Lin convocó a algunos de los niños a su servicio y los envió a casa de varios amigos, solicitándoles que asistieran ese día, durante las Horas Libres, a una fiesta en honor del regreso de su pariente al Todopoderoso. Esta fue la asamblea más grande y alegre que jamás presencié durante mi estancia entre los Ana, y se prolongó hasta bien entrada la noche.

El banquete se dispuso en una vasta sala reservada especialmente para grandes ocasiones. Esto difería de nuestros entretenimientos y guardaba cierto parecido con aquellos de los que leemos en la época de esplendor del Imperio Romano. No había una gran mesa, sino numerosas mesas pequeñas, cada una destinada a ocho comensales. Se

cree que, más allá de ese número, la conversación decae y la amistad se enfría. Los Ana nunca ríen a carcajadas, como ya he mencionado, pero el alegre sonido de sus voces en las distintas mesas denotaba jovialidad en sus interacciones. Como no consumen bebidas estimulantes y son moderados en la comida, aunque selecta y exquisita, el banquete en sí no duró mucho. Las mesas se hundieron en el suelo y entonces llegaron los espectáculos musicales para quienes los disfrutaron. Muchos, sin embargo, se dispersaron: algunos de los más jóvenes ascendieron sobre sus alas, pues la sala no tenía techo, formando danzas aéreas; otros pasearon por las distintas estancias, examinando las curiosidades que allí se guardaban, o se agruparon para jugar a diversos juegos, entre los que destaca una compleja variante de ajedrez para ocho personas. Me mezclaba entre la multitud, pero la constante compañía de alguno de los hijos de mi anfitrión, encargados de evitar preguntas indiscretas, me impedía participar en la conversación. Sin embargo, los invitados apenas me notaron; se habían acostumbrado a verme por la calle y ya no despertaba tanta curiosidad.

Para mi gran deleite, Zee me evitó y, evidentemente, buscó despertar mis celos con marcadas atenciones hacia un An joven y muy apuesto, quien (aunque, como es la modesta costumbre de los hombres cuando las mujeres se dirigen a él, respondió con la mirada baja y las mejillas sonrojadas, y se mostró recatado y tímido como las jóvenes recién llegadas

al mundo en la mayoría de los países civilizados, excepto Inglaterra y Estados Unidos) estaba evidentemente muy encantado con la alta Gy, y dispuesto a balbucear un tímido "Sí" si ella se lo hubiera propuesto. Con la ferviente esperanza de que lo hiciera, y cada vez más reacio a la idea de convertirme en cenizas después de haber visto la rapidez con la que un cuerpo humano puede convertirse en polvo, me entretuve observando los modales de los demás jóvenes. Tuve la satisfacción de observar que Zee no era el único defensor de los derechos más preciados de una mujer. Adondequiera que dirigiera mi mirada o prestara atención, me parecía que la Gy era la cortejadora, y el An el tímido y reticente. La inocente apariencia que un An adoptaba al ser cortejado de esa manera, la destreza con la que esquivaba las respuestas directas a las declaraciones de afecto, o convertía en broma los halagos dirigidos a él, habría honrado a la más consumada coqueta. Mis dos *acompañantes masculinos* fueron objeto de estas seductoras influencias, y ambos demostraron un admirable dominio de su tacto y autocontrol.

Le dije al hijo mayor, que prefería los trabajos mecánicos a la administración de una gran propiedad, y que tenía un temperamento eminentemente filosófico: «Me resulta difícil comprender cómo a tu edad, y con todos los efectos embriagadores de la música, las luces y los perfumes en los sentidos, puedes ser tan frío con esa apasionada Gy que acaba de dejarte con lágrimas en los ojos por tu crueldad».

El joven An respondió con un suspiro: “Querido Tish, la mayor desgracia en la vida es casarse con una Gy si estás enamorada de otra”.

“¡Oh! ¿Estás enamorado de otra persona?”

“¡Ay! Sí.”

“¿Y ella no te corresponde?”

“No lo sé. A veces una mirada, un tono de voz, me hacen albergar esperanzas; pero nunca me ha dicho claramente que me ama.”

“¿No le has susurrado al oído que la amas?”

“¡Qué vergüenza! ¿En qué estás pensando? ¿De qué mundo vienes? ¿Podría yo traicionar así la dignidad de mi sexo? ¿Podría ser tan poco Anly, tan cegado por la vergüenza, como para declarar mi amor a una Gy que antes no me lo ha declarado a mí?”

“Perdón: no sabía que llevabas tan lejos el pudor de tu sexo. Pero, ¿acaso ningún An le dice a un Gy, 'te amo', hasta que ella se lo dice primero a él?”

«No puedo asegurar que ningún An lo haya hecho jamás, pero si lo hace, queda deshonrado ante los ojos de los Ana y secretamente despreciado por la Gy–ei. Ninguna Gy bien educada le haría caso; consideraría que él infringe

audazmente los derechos de su sexo, ultrajando la modestia que dignifica el suyo. Es muy irritante», continuó el An, «porque aquella a quien amo no ha cortejado a nadie más, y no puedo evitar pensar que le gusto. A veces sospecho que no me corteja porque teme que le pida algún trato desmesurado a cambio de renunciar a sus derechos. Pero si es así, no puede amarme de verdad, pues cuando una Gy ama de verdad, renuncia a todos sus derechos».

“¿Está presente la joven Gy?”

“Oh, sí. Está sentada allí hablando con mi madre.”

Miré en la dirección a la que sus ojos se dirigían y vi a una Gy vestida con túnicas de color rojo brillante, lo cual, entre este pueblo, indica que aún prefiere la soltería. Viste de gris, un tono neutro, para señalar que busca pareja; de morado oscuro si desea dar a entender que ya ha elegido; de morado y naranja cuando está prometida o casada; y de azul claro cuando está divorciada o viuda y desea volver a casarse. El azul claro, por supuesto, rara vez se ve.

Entre un pueblo donde todos poseen una belleza tan sublime, es difícil destacar a alguien como particularmente guapo. La joven que eligió mi amigo me pareció tener una belleza promedio; pero había una expresión en su rostro que me agradaba más que la de las jóvenes Gy-ei en general, porque parecía menos osada, menos consciente de los derechos de la mujer.

Observé que, mientras hablaba con Bra, de vez en cuando miraba de reojo a mi joven amigo.

—Ánimo —dije—; esa joven Gy te quiere.

“Ay, pero si ella no lo dice, ¿de qué me sirve su amor?”

“¿Tu madre es consciente de tu apego?”

“Tal vez sí. Nunca se lo confesé. No sería propio de un An confiarle semejante debilidad a una madre. Se lo he contado a mi padre; puede que él se lo haya contado también a su mujer.”

¿Me permitirías alejarme un momento y escabullirme tras tu madre y tu amada? Estoy seguro de que están hablando de ti. No lo dudes. Te prometo que no permitiré que me interroguen hasta que vuelva con vosotros.

El joven An se llevó la mano al corazón, me tocó suavemente la cabeza y me permitió alejarme. Me escabullí sin ser visto detrás de su madre y su amada. Escuché su conversación.

Bra estaba hablando; dijo: «No cabe duda de esto: o mi hijo, que está en edad de casarse, será engañado para que se case con una de sus muchas pretendientes, o se unirá a los que emigran a lugares lejanos y no lo volveremos a ver. Si de verdad te preocupas por él, mi querida Lo, deberías proponerle matrimonio».

“Sí, lo aprecio, Bra; pero dudo que pueda ganarme su afecto. Le encantan sus inventos y relojes; y yo no soy como Zee, soy tan aburrida que temo no poder interesarme por sus aficiones, y entonces se cansaría de mí, y al cabo de tres años se divorciaría de mí, y jamás podría casarme con otro, jamás.”

«No hace falta saber de relojes para saber ser tan indispensable para la felicidad de un An que se preocupa por ellos, que preferiría renunciar a los relojes antes que divorciarse de su Gy. Verás, mi querida Lo —continuó Bra—, que precisamente por ser el sexo fuerte, dominamos al otro, siempre y cuando nunca mostremos nuestra fuerza. Si fueras superior a mi hijo en la fabricación de relojes y autómatas, como su esposa, deberías dejarle creer siempre que lo consideras superior a ti en ese arte. El An permite tácitamente la preeminencia de la Gy en todo, excepto en su propia afición. Pero si ella lo supera en eso, o finge no admirar su destreza, él no la amará por mucho tiempo; tal vez incluso se divorcie de ella. Pero cuando una Gy ama de verdad, pronto aprende a amar todo lo que hace el An».

La joven Gy no respondió a aquella invocación. Bajó la mirada pensativa, luego una sonrisa asomó en sus labios, se levantó, aún en silencio, y se abrió paso entre la multitud hasta detenerse junto al joven An, quien la amaba. Seguí sus pasos, pero me mantuve discretamente a cierta distancia mientras los observaba. Para mi sorpresa, hasta que recordé las tácticas tímidas de los Ana, el amante pareció recibir sus

insinuaciones con indiferencia. Incluso se alejó, pero ella lo siguió, y, poco después, ambos extendieron sus alas y desaparecieron en el luminoso espacio superior.

En ese preciso instante, me abordó el magistrado principal, quien se mezclaba entre la multitud sin mostrar la menor deferencia ni reverencia. Casualmente, no había visto a este gran dignatario desde el día en que entré en sus dominios, y al recordar las palabras de Aph-Lin sobre su terrible duda de si me diseccionarían o no, un escalofrío me recorrió al contemplar su semblante sereno.

—He oído hablar mucho de ti, forastero, por mi hijo Tae —dijo el Tur, posando cortésmente su mano sobre mi cabeza inclinada—. Le agrada mucho tu compañía, y confío en que no te desagraden las costumbres de nuestro pueblo.

Murmuré una respuesta ininteligible, que pretendía ser una muestra de gratitud por la amabilidad que había recibido del Tur y mi admiración por sus compatriotas, pero el bisturí brilló ante mis ojos y ahogó mis palabras. Una voz más suave dijo: «El amigo de mi hermano debe de ser muy querido para mí». Y alzando la vista vi a una joven Gy, de unos dieciséis años, de pie junto al magistrado, mirándome con un semblante muy bondadoso. Aún no había alcanzado su estatura adulta y apenas era más alta que yo (aproximadamente 1,78 metros), y, gracias a esa estatura relativamente pequeña, me pareció la Gy más hermosa que había visto hasta entonces. Supongo que algo en mis ojos

reveló esa impresión, pues su semblante se volvió aún más bondadoso.

—Tae me dice —dijo— que aún no te has acostumbrado a las alas. Eso me entristece, porque me hubiera gustado volar contigo.

—¡Ay! —respondí—. Jamás podré disfrutar de esa felicidad. Zee me ha asegurado que el uso seguro de las alas es un don hereditario, y que pasarían generaciones antes de que alguien de mi raza pudiera planear en el aire como un pájaro.

—No te preocupes demasiado por eso —respondió la amable princesa—, pues, al fin y al cabo, llegará el día en que Zee y yo debamos renunciar a nuestras alas para siempre. Quizás cuando llegue ese día nos alegraríamos si el An que elegimos también careciera de alas.

El Tur nos había dejado y se había perdido entre la multitud. Empecé a sentirme a gusto con la encantadora hermana de Tae, y la sorprendí un poco con la audacia de mi cumplido al responder: «Ningún An que ella pudiera elegir jamás usaría sus alas para alejarse de ella». Es tan contrario a la costumbre que un An diga tales cosas corteses a una Gy hasta que ella haya declarado su pasión por él y haya sido aceptada como su prometida, que la joven se quedó completamente atónita por unos instantes. Sin embargo, no parecía disgustada. Finalmente, recuperándose, me invitó a

acompañarla a una de las habitaciones menos concurridas para escuchar el canto de los pájaros. Seguí sus pasos mientras se deslizaba delante de mí, y me condujo a una cámara casi desierta. Una fuente de nafta brotaba en el centro de la habitación; a su alrededor se disponían suaves divanes, y las paredes de la habitación estaban abiertas por un lado a un aviario en el que los pájaros cantaban su ingenioso coro. Gy se sentó en uno de los divanes y yo me coloqué a su lado. —Tae me dice —dijo— que Aph–Lin ha establecido como ley en su casa¹⁹ que no se te pregunte de qué país vienes ni el motivo de tu visita. ¿Es cierto?

"Lo es."

“¿Puedo, al menos, sin infringir esa ley, preguntar si las Gy–ei de tu país son del mismo color pálido que tú y no más altos?”

«No creo, oh hermosa Gy, que infrinja la ley de Aph–Lin, que me impone más a mí que a nadie, si respondo a preguntas tan inocentes. Las Gy–ei de mi país son mucho más rubias que yo, y su estatura media es al menos una cabeza menor que la mía.»

19 Literalmente, «ha dicho: En esta casa se solicita». Este singular pueblo evita las palabras sinónimo de ley, que implican obligación forzosa. Incluso si el Tur hubiera decretado que su Colegio de Sabios me diseccionara, el decreto habría sido tan insípido como esto: «Se solicita que, por el bien de la comunidad, se le pida al carnívoro Tish que se someta a la disección».

“¿Entonces no pueden ser tan fuertes como los Ana que hay entre vosotros? Pero supongo que su fuerza vril superior compensa esa extraordinaria desventaja de tamaño.”

“No profesan la fuerza vril como la conoces. Pero aun así son muy poderosas en mi país, y un An tiene pocas posibilidades de tener una vida feliz si no está más o menos gobernado por su Gy.”

—Hablas con sentimiento —dijo la hermana de Tae con un tono de voz entre triste y petulante—. Estás casado, ¿verdad?

“No, desde luego que no.”

“¿*Ni* prometido?”

“*Ni* prometido.”

¿Es posible que ninguna Gy te haya propuesto matrimonio?

En mi país, la Gy no propone matrimonio; el An habla primero.

“¡Qué extraña inversión de las leyes de la naturaleza!”, dijo la doncella, “¡y qué falta de modestia en vuestro sexo! ¿Acaso nunca habéis propuesto matrimonio, nunca habéis amado a una Gy más que a otra?”

Me sentí avergonzado por estas preguntas ingenuas y dije: "Perdone, pero creo que estamos... comenzando a infringir la orden judicial de Aph-Lin. Esto es todo lo que diré en respuesta, y luego, te lo ruego, no preguntes más. Una vez sentí la preferencia de la que hablas; hice una propuesta, y la Gy me habría aceptado de buena gana, pero sus padres se negaron a dar su consentimiento.

"¡Padres! ¿En serio me está diciendo que los padres pueden interferir en la elección de sus hijas?"

"En efecto, pueden hacerlo, y de hecho lo hacen muy a menudo."

—No me gustaría vivir en ese país —dijo Gy con sencillez; pero espero que usted nunca vuelva a él.

Incliné la cabeza en silencio. Gy levantó suavemente mi rostro con su mano derecha y me miró con ternura. «Quédate con nosotros», dijo; «quédate con nosotros y serás amado».

Lo que podría haber respondido, los peligros de convertirme en ceniza que podría haber enfrentado, todavía tiemblo al pensarlo, cuando la luz de la fuente de nafta fue oscurecida por la sombra de alas; y Zee, volando a través del techo abierto, aterrizó junto a nosotros. No dijo ni una palabra, pero, tomándome del brazo con su poderosa mano, me apartó, como una madre aparta a un niño travieso, y me

condujo a través de los aposentos hasta uno de los pasillos, por el cual, mediante el mecanismo que generalmente prefieren a las escaleras, ascendimos a mi habitación. Una vez logrado esto, Zee respiró en mi frente, tocó mi pecho con su bastón, e instantáneamente caí en un sueño profundo.

Cuando desperté unas horas más tarde y oí el canto de los pájaros en el aviario contiguo, el recuerdo de la hermana de Tae, su mirada amable y sus palabras cariñosas, volvieron vívidamente a mi mente; y tan imposible es para alguien nacido y criado en el estado social de nuestro mundo superior despojarse de ideas dictadas por la vanidad y la ambición, que me encontré instintivamente construyendo orgullosos castillos en el aire.

“Aunque yo sea Tish”, así corrían mis meditaciones—
“Aunque yo sea Tish, está claro que Zee no es la única Gy al que mi apariencia puede cautivar. Evidentemente soy amado por una Princesa, la primera doncella de esta tierra, la hija del Monarca absoluto cuya autocracia tratan tan ociosamente de disfrazar con el título republicano de magistrado jefe. De no ser por el repentino ataque de esa horrible Zee, esta Dama Real me habría propuesto matrimonio formalmente; y aunque puede ser muy conveniente para Aph-Lin, que es solo un ministro subordinado, un simple Comisionado de la Luz, amenazarme con la destrucción si acepto la mano de su hija, sin embargo, un Soberano, cuya palabra es ley, podría obligar a la comunidad a abrogar cualquier costumbre que prohíba el

matrimonio con alguien de una raza extraña, y que en sí misma es una contradicción a su cacareada igualdad de rangos.

Se puede suponer que su hija, que hablaba con tanto desdén incrédulo de la intromisión de los padres, no tuviera suficiente influencia sobre su Padre Real para salvarme de la combustión a la que Aph-Lin condenaría mi forma. Y si me viera enaltecido por tal alianza, quién sabe si el Monarca me elegiría como su sucesor. ¿Por qué no? Pocos entre esta indolente raza de filósofos disfrutan de la carga de tal grandeza. A todos les complacería ver el poder supremo en manos de un extranjero consumado que tiene experiencia de otras formas de existencia más vivas; y, una vez elegido, ¡qué reformas instituiría! ¡Qué añadidos a la vida realmente agradable pero demasiado monótona de este reino produciría mi familiaridad con las naciones civilizadas de la superficie! Me gustan los deportes de campo. Después de la guerra, ¿no es la caza un pasatiempo de rey? ¡En qué variedades de extraños juegos abunda este mundo inferior! ¡Qué interesante derribar criaturas que eran conocidas en la superficie, antes del Diluvio! Pero cómo ¿Por ese terrible vril, en el que, por falta de transmisión hereditaria, jamás podría ser un experto? No, sino por un rifle de retrocarga civilizado y práctico, que estos ingeniosos mecánicos no solo podrían fabricar, sino sin duda mejorar; es más, seguro que vi uno en el Museo. De hecho, como rey absoluto, desaprobaba el vril por completo, excepto en casos de guerra. *A propósito* de la

guerra, es completamente absurdo limitar a un pueblo tan inteligente, tan rico, tan bien armado, a un territorio insignificante que basta para 10.000 o 12.000 familias. ¿No es esta restricción una mera manía filosófica, contraria al elemento ambicioso de la naturaleza humana, como la que intentó parcialmente, y con total fracaso, el difunto Sr. Robert Owen en el mundo superior? Por supuesto, uno no iría a la guerra con naciones vecinas tan bien armadas como sus propios súbditos; pero entonces, ¿qué pasa con aquellas regiones habitadas por razas que desconocen el vril y que aparentemente se asemejan, en su democracia a nuestras instituciones, compatriotas americanos? Uno podría invadirlas sin ofender a las naciones vril, nuestros aliados, apropiarse de sus territorios, extendiéndose, tal vez, a las regiones más distantes del inframundo, y así gobernar un imperio en el que el sol nunca se pone. (Olvidé, en mi entusiasmo, que sobre esas regiones no había sol que se pusiera). En cuanto a la noción fantasiosa de no conceder fama o renombre a un individuo eminente, porque, en verdad, la concesión de honores asegura la competencia en su búsqueda, estimula pasiones airadas y estropea la felicidad de la paz, se opone a los elementos mismos, no solo de la creación humana sino también de la creación animal, que son todos, si son domesticables, participantes en el sentimiento de alabanza y emulación. ¡Qué renombre se le daría a un rey que extendiera así su imperio! Sería considerado un semidiós.” Pensando en eso, la otra noción fanática de regular esta vida en referencia a una en la que,

sin duda, nosotros los cristianos creemos firmemente, pero que nunca tomamos en cuenta tras considerarlo, resolví que la filosofía ilustrada me obligaba a abolir una religión pagana tan supersticiosamente contraria al pensamiento moderno y a la acción práctica. Reflexionando sobre estos diversos proyectos, sentí cuánto me habría gustado en ese momento despejar mi mente con un buen vaso de whisky con agua. No es que sea un bebedor habitual de licores, pero ciertamente hay momentos en que un poco de estimulante alcohólico, tomado con un cigarro, aviva la imaginación. Sí; ciertamente entre estas hierbas y frutas habría un líquido del que se podría extraer un agradable alcohol vinoso; y con un filete cortado de uno de esos alces (¡ah! ¡qué ofensa a la ciencia rechazar el alimento animal que nuestros primeros médicos recomiendan a los jugos gástricos de la humanidad!) sin duda se pasaría una hora de comida más estimulante. Además, en lugar de esos dramas anticuados representados por aficionados infantiles, ciertamente, cuando sea rey, introduciré nuestra ópera moderna y un *cuerpo de ballet* para el cual se podría encontrar, entre Las naciones que conquistaré, jóvenes femeninas de menor estatura y fuerza que las Gy-ei, no armadas con vril y que no insistan en que uno se case con ellas.

Estaba tan absorto en estas y otras reformas similares, políticas, sociales y morales, destinadas a otorgar a la gente del inframundo las bendiciones de una civilización conocida por las razas del mundo superior, que no me di cuenta de

que Zee había entrado en la habitación hasta que oí un profundo suspiro y, alzando la vista, la vi de pie junto a mi lecho.

No hace falta decir que, según las costumbres de esta gente, una Gy puede visitar a un An en su habitación sin indecoro, aunque un An sería considerado sumamente insolente e inmodesto si entrara en la habitación de una Gy sin obtener previamente su permiso. Por suerte, llevaba puesta la ropa que Zee me había dejado en el diván. Sin embargo, me sentí muy irritado y sorprendido por su visita, y le pregunté con tono grosero qué quería.

—Háblame con dulzura, amado mío, te lo ruego —dijo ella—, porque estoy muy afligida. No he dormido desde que nos separamos.

“Una leve reflexión sobre tu vergonzosa conducta hacia mí como huésped de tu padre bien podría bastar para desterrar el sueño de tus párpados. ¿Dónde estaba el afecto que dices tenerme, dónde estaba siquiera esa cortesía de la que los Vril—ya se enorgullecen, cuando, aprovechándote tanto de la fuerza física en la que tu sexo, en esta extraordinaria región, supera al nuestro, como de esos poderes detestables e impíos que las agencias de vril confieren a tus ojos y dedos, me expusiste a la humillación ante los visitantes reunidos, ante Su Alteza Real —quiero decir, la hija de tu propio magistrado principal—, llevándome a la cama como a un

niño travieso y sumiéndome en el sueño sin pedirme mi consentimiento?”

“¡Ingrato! ¿Me reprochas las pruebas de mi amor? ¿Acaso puedes creer que, incluso si no me hirieran los celos que acompañan al amor hasta que se desvanece en una dichosa confianza cuando sabemos que el corazón que hemos conquistado es nuestro, podría ser indiferente a los peligros a los que podrían exponerte las audaces insinuaciones de esa niña tonta?”

«¡Un momento! Ya que sacas a colación el tema de los peligros, quizás no sea inapropiado que te diga que mis peligros más inminentes provienen de ti, o al menos provendrían si creyera en tu amor y aceptara tus halagos. Tu padre me ha dicho claramente que, en ese caso, sería reducido a cenizas con la misma indiferencia que si fuera el reptil al que Tae redujo a cenizas con el destello de su varita.»

—No dejes que ese miedo te enfríe el corazón —exclamó Zee, cayendo de rodillas y absorbiendo mi mano derecha en el espacio de su amplia palma—. Es cierto, en efecto, que nosotros dos no podemos casarnos como los casados por personas de la misma raza; es cierto que el amor entre nosotros debe ser puro como el que, según nuestra creencia, existe entre amantes que se reencuentran en la nueva vida, más allá del límite donde termina la vida anterior. Pero, ¿acaso no basta con estar juntos, unidos en mente y

corazón? Escucha: acabo de dejarte aquí. Él consiente nuestra unión en esos términos. Tengo suficiente influencia en el Colegio de Sabios para asegurar su petición al Tur de no interferir en la libre elección de una Gy, siempre que su matrimonio con alguien de otra raza sea solo la unión de almas. ¿Acaso crees que el verdadero amor necesita una unión innoble? No es que anhele solo estar a tu lado en esta vida, ser parte de tus alegrías y tristezas aquí: te pido un vínculo que nos una para siempre en el mundo de los mortales. ¿Me rechazas?

Mientras hablaba, se arrodilló, y la expresión de su rostro cambió por completo; ya no quedaba rastro de severidad en su grandeza; una luz divina, como la de un ser inmortal, resplandecía en su belleza humana. Pero más que una mujer, me inspiró como un ángel, y tras una pausa incómoda, balbuceé expresiones evasivas de gratitud, y traté, con la mayor delicadeza posible, de señalarle lo humillante que sería mi posición entre su raza a la luz de un marido al que jamás se le permitiría ser llamado padre.

«*Bat*», dijo Zee, «esta comunidad no constituye el mundo entero. No; ni tampoco todas las poblaciones que integran la liga de los Vril-ya. Por ti renunciaré a mi país y a mi pueblo. Volaremos juntos a alguna región donde estarás a salvo. Soy lo suficientemente fuerte como para llevarte en mis alas a través de los desiertos que nos separan. Soy lo suficientemente hábil como para abrir, entre las rocas, valles donde construir nuestro hogar. La soledad y una cabaña

contigo serían para mí la sociedad y el universo. ¿O acaso regresarías a tu propio mundo, por encima de la superficie de este, expuesto a las estaciones inciertas e iluminado solo por los cambiantes orbes que, según tu descripción, constituyen el carácter voluble de esas regiones salvajes? Si es así, di la palabra y abriré el camino para tu regreso, de modo que sea tu compañera allí, aunque, allí como aquí, compañera de tu alma y compañera de viaje contigo al mundo en el que no hay separación ni muerte."

No pude evitar sentirme profundamente conmovido por la ternura, a la vez tan pura y tan apasionada, con que se pronunciaron estas palabras, y en una voz que habría musicalizado los sonidos más ásperos de la lengua más tosca. Y por un instante se me ocurrió que podría valirme de la ayuda de Zee para lograr un regreso seguro y rápido al mundo superior. Pero un breve espacio para la reflexión bastó para mostrarme cuán deshonesto y vil sería el retorno a tal devoción al seducir así, lejos de su propia gente y de un hogar en el que había sido tratado con tanta hospitalidad, a una criatura para la cual nuestro mundo sería tan aborrecible, y por cuyo amor estéril, aunque espiritual, no podía reconciliarme para renunciar al afecto más humano de compañeros menos exaltados por encima de mi ser errante. A este sentimiento de deber hacia los Gy se unió otro de deber hacia toda la raza a la que pertenecía. ¿Podría atreverme a introducir en el mundo superior a un ser tan formidablemente dotado, un ser que con un movimiento de

su bastón podría en menos de una hora reducir Nueva York y su glorioso Koom–Posh a una pizca de rapé? Si era tan peligrosa para las ciudades y poblaciones de toda la superficie terrestre, ¿podría ser una compañera segura para mí en caso de que su afecto cambiara o se viera amargado por los celos? Estos pensamientos, que requieren tantas palabras para expresarse, cruzaron rápidamente por mi mente y determinaron mi respuesta.

—Zee —dije, en los tonos más suaves que pude, y presionando respetuosamente mis labios sobre la mano en cuyo agarre la mía había desaparecido—, Zee, no encuentro palabras para expresar cuán profundamente me conmueve y cuán honrado me siento por un amor tan desinteresado y autodestructivo. Mi mejor respuesta es la franqueza absoluta. Cada nación tiene sus costumbres. Las tuyas no te permiten casarte conmigo; las mías se oponen igualmente a tal unión entre razas tan diferentes. Por otro lado, aunque no me falta valor entre mi gente, ni en medio de los peligros que conozco, no puedo, sin un escalofrío de horror, pensar en construir un hogar nupcial en el corazón de un caos lúgubre, con todos los elementos de la naturaleza, fuego, agua y gases mefíticos, en guerra entre sí, y con la probabilidad de que en algún momento, mientras estabas ocupada partiendo rocas o transportando vril a lámparas, yo fuera devorado por un krek que tus operaciones sacaron de su escondite. Yo, un simple Tish, no merezco el amor de una

Gy, tan brillante, tan erudita, tan poderosa como tú. Sí, no merezco ese amor, porque no puedo corresponderlo.

Zee soltó mi mano, se puso de pie y giró el rostro para ocultar sus emociones; luego se deslizó silenciosamente por la habitación y se detuvo en el umbral. De repente, impulsada como por un nuevo pensamiento, regresó a mi lado y dijo en un susurro:

“Me dijiste que hablarías con total franqueza. Con total franqueza, entonces, respóndeme a esta pregunta: Si no puedes amarme, ¿amas a alguien más?”

“Desde luego que no.”

“¿No amas a la hermana de Tae?”

“Nunca la había visto antes de anoche.”

“Eso no es respuesta. El amor es más veloz que el vril. Dudas en decírmelo. No creas que solo los celos me impulsan a advertirte. Si la hija del Tur te declarara su amor —si en su ignorancia le confiara a su padre alguna preferencia que justificara su creencia de que te cortejará— él no tendría más remedio que pedir tu destrucción inmediata, pues tiene el deber especial de velar por el bien de la comunidad, la cual no podría permitir que una hija del Vril—ya se casara con un hijo del Tish—a, en ese sentido de matrimonio que no se limita a la unión de las almas. ¡Ay! Entonces no tendrías escapatoria. Ella no tiene la fuerza de sus alas para

sostenerte en el aire; no tiene la sabiduría para construir un hogar en el desierto. Créeme que aquí habla mi amistad y que mis celos guardan silencio.”

Con esas palabras, Zee me dejó. Y al recordarlas, dejé de pensar en acceder al trono de los Vril-ya, o en las reformas políticas, sociales y morales que debería instituir como Soberano Absoluto.

CAPÍTULO XXVI

Tras la conversación con Zee que acabo de relatar, caí en una profunda melancolía. El curioso interés con el que hasta entonces había examinado la vida y las costumbres de esta maravillosa comunidad había llegado a su fin. No podía apartar de mi mente la conciencia de estar entre un pueblo que, por muy amable y cortés que fuera, podía destruirme en cualquier momento sin escrúpulos ni remordimientos. La vida virtuosa y pacífica de este pueblo, que, aunque nueva para mí, me había parecido un contraste tan sagrado con las disputas, las pasiones y los vicios del mundo superior, ahora comenzaba a oprimirme con una sensación de tedio y monotonía. Incluso la serena tranquilidad del aire resplandeciente me agobiaba. Anhelaba un cambio, aunque fuera al invierno, a la tormenta o a la oscuridad. Empecé a sentir que, cualesquiera que sean nuestros sueños de perfectibilidad, nuestras inquietas aspiraciones hacia una

esfera de ser mejor, más elevada y más tranquila, nosotros, los mortales del mundo superior, no somos entrenados o preparados para disfrutar durante mucho tiempo de la felicidad con la que soñamos o a la que aspiramos.

Ahora bien, en este estado social de Vril-ya, era singular observar cómo se las arreglaban para unir y armonizar en un solo sistema casi todos los objetivos que los diversos filósofos del mundo superior habían presentado a las esperanzas humanas como ideales de un futuro utópico. Era un estado en el que la guerra, con todas sus calamidades, se consideraba imposible; un estado en el que la libertad de todos y cada uno estaba garantizada al máximo, sin ninguno de esos lazos de animosidad que hacen que la libertad en el mundo superior dependa de la lucha perpetua de facciones hostiles. Aquí, la corrupción que degrada las democracias era tan desconocida como los descontentos que socavan los tronos de las monarquías. La igualdad aquí no era un nombre; era una realidad. Las riquezas no eran perseguidas, porque no eran envidiadas. Aquí, aquellos problemas relacionados con el trabajo de la clase obrera, hasta entonces insolubles en la superficie y que en la superficie generaban tanta amargura entre clases, se resolvieron mediante un proceso sumamente sencillo: se eliminó por completo la existencia de una clase obrera distinta y separada. Inventos mecánicos, contruidos sobre principios que mi investigación no logró comprender, impulsados por un mecanismo infinitamente más poderoso y de manejo

infinitamente más sencillo que cualquier cosa que hayamos extraído hasta ahora de la electricidad o el vapor, con la ayuda de niños cuya fuerza nunca se exigió en exceso, sino que disfrutaban de su trabajo como deporte y pasatiempo, bastaron para crear un patrimonio público tan dedicado al uso general que jamás se oyó una sola queja. Los vicios que corrompen nuestras ciudades, aquí no tenían cabida. Abundaban los entretenimientos, pero todos eran inocentes. Ninguna celebración propiciaba la embriaguez, el motín o la enfermedad. Existía el amor, y era ardiente en su búsqueda, pero su objeto, una vez alcanzado, era fiel. El adúltero, el libertino, la ramera, eran fenómenos tan desconocidos en esta comunidad que, incluso para encontrar las palabras con las que se les designaba, habría que buscar en una literatura obsoleta compuesta miles de años antes. Quienes han estudiado filosofías teóricas en la superficie saben que todas estas extrañas desviaciones de la vida civilizada no son más que la materialización de ideas que se han planteado, debatido, ridiculizado y disputado; a veces se han intentado parcialmente, y aún se presentan en libros fantásticos, pero nunca han llegado a un resultado práctico. Ni estos fueron todos los pasos hacia la perfectibilidad teórica que esta comunidad había dado. Descartes creía firmemente que la vida del hombre podía prolongarse, no, ciertamente, en esta tierra, hasta la eternidad, sino hasta lo que él llamaba la edad de los patriarcas, y modestamente definió entre 100 y 150 años de longitud media. Bueno, incluso este sueño de los sabios se cumplió aquí, es más, se

superó con creces; pues el vigor de la mediana edad se conservó incluso después de transcurrido un siglo. A esta longevidad se le unió una bendición aún mayor: la de una salud continua. Las enfermedades que azotaban a la raza se eliminaban con facilidad mediante aplicaciones científicas de esa fuerza —tanto dadora como destructora de vida— inherente al vril. Incluso esta idea no es desconocida en la superficie, aunque generalmente se ha limitado a entusiastas o charlatanes, y emana de nociones confusas sobre el mesmerismo, la fuerza del odio, etc. Dejando de lado artilugios tan triviales como las alas, que todo colegial sabe que se han intentado y han resultado ineficaces, desde el período mítico o prehistórico, paso a esa cuestión tan delicada, planteada últimamente como esencial para la felicidad perfecta de nuestra especie humana por las dos influencias más perturbadoras y potenciales en la sociedad de la superficie: la feminidad y la filosofía. Me refiero a los derechos de la mujer.

Ahora bien, los juristas admiten que es inútil hablar de derechos donde no existen poderes correspondientes para hacerlos cumplir; y sobre la tierra, por una razón u otra, el hombre, en su fuerza física, en el uso de armas ofensivas y defensivas, cuando se trata de una confrontación personal positiva, puede, como regla general, dominar a las mujeres. Pero entre este pueblo no cabe duda de los derechos de las mujeres, pues, como ya he dicho, la Gy, físicamente hablando, es más grande y fuerte que el An; y su voluntad, al

ser también más resuelta que la de él, y siendo la voluntad esencial para la dirección de la fuerza vril, puede ejercer sobre él, con mayor potencia que él sobre sí misma, la agencia mística que el arte puede extraer de las propiedades ocultas de la naturaleza. Por lo tanto, todo aquello por lo que nuestras filósofas en la superficie luchan en cuanto a los derechos de las mujeres, se concede como algo natural en esta feliz comunidad. Además de tales poderes físicos, las Gy-ei tienen (al menos en la juventud) un agudo deseo de logros y aprendizaje que supera al del varón; y así son las eruditas, las profesoras, en resumen, la parte instruida de la comunidad.

Por supuesto, en este estadio de la sociedad, la mujer establece, como he demostrado, su privilegio máspreciado: el de elegir y cortejar a su pareja. Sin ese privilegio, despreciaría todos los demás. Ahora bien, en la superficie, no sería inverosímil que una mujer, tan poderosa y privilegiada, una vez que nos hubiera conquistado y casado con nosotros, se volviera imperiosa y tiránica. No así las Gy-ei: una vez casadas, con las alas suspendidas, y con parejas más amables, complacientes y dóciles, más comprensivas, que dedicaban sus elevadas capacidades al estudio de los gustos y caprichos comparativamente frívolos de sus maridos, ningún poeta podría concebir en sus visiones de dicha conyugal. Por último, entre las características más importantes de los Vril-ya, que los distinguen de nuestra humanidad, y la más importante para el desarrollo de su vida

y la paz de sus comunidades, se encuentra su acuerdo universal en la existencia de una Deidad misericordiosa y benéfica, y de un mundo futuro cuya duración, un siglo o dos, es demasiado breve para desperdiciarlo en pensamientos de fama, poder y avaricia. A este acuerdo se suma otro: dado que no pueden conocer nada sobre la naturaleza de esa Deidad más allá de su suprema bondad, ni sobre ese mundo futuro más allá de su dichosa existencia, su razón les impide entablar disputas acaloradas sobre cuestiones irresolubles. De este modo, aseguran para ese estadio en las entrañas de la tierra lo que ninguna comunidad jamás ha asegurado bajo la luz de las estrellas: todas las bendiciones y consuelos de una religión sin ninguno de los males y calamidades que engendran las contiendas entre religiones.

Sería, entonces, absolutamente imposible negar que el estado de existencia entre los Vril-ya es, en su conjunto, inconmensurablemente más feliz que el de las razas supraterrrestres y, haciendo realidad los sueños de nuestros filántropos más optimistas, casi se acerca a la concepción poética de un orden angelical. Y, sin embargo, si tomaras a mil de los mejores y más filosóficos seres humanos que pudieras encontrar en Londres, París, Berlín, Nueva York o incluso Boston, y los colocaras como ciudadanos en esta comunidad beatificada, creo que, en menos de un año, morirían de *hastío* o intentarían alguna revolución con la que

se rebelarían contra el bien de la comunidad, y serían reducidos a cenizas a petición del Tur.

Ciertamente, no tengo ningún deseo de insinuar, a través de esta narración, ningún menosprecio ignorante de la raza a la que pertenezco. Por el contrario, me he esforzado por dejar claro que los principios que regulan el sistema social de los Vril-ya les prohíben producir esos ejemplos individuales de grandeza humana que adornan los anales del mundo superior. Donde no hay guerras no puede haber Aníbal, ni Washington, ni Jackson, ni Sheridan; donde los estados son tan felices que no temen peligro ni desean cambio alguno, no pueden dar a luz a un Demóstenes, un Webster, un Sumner, un Wendel Holmes o un Butler; y donde una sociedad alcanza un estándar moral en el que no hay crímenes ni penas de las que la tragedia pueda extraer su alimento de piedad y dolor, ni vicios o locuras prominentes sobre los que la comedia pueda prodigar su sátira alegre, ha perdido la oportunidad de producir un Shakespeare o un Molière, o una señora Beecher Stowe. Pero si bien no deseo menospreciar a mis semejantes en la superficie al mostrar hasta qué punto los motivos que impulsan las energías y la ambición de los individuos en una sociedad de lucha y conflicto se vuelven latentes o anulados en una sociedad que aspira a asegurar para el conjunto la felicidad tranquila e inocente que presumimos que es el destino de los inmortales beatificados; tampoco, por otro lado, deseo presentar a las comunidades de Vril-ya como una forma

ideal de sociedad política, hacia cuyo logro deberían dirigirse nuestros propios esfuerzos de reforma. Por el contrario, es porque hemos combinado de tal manera, a lo largo de las eras, los elementos que componen el carácter humano, que nos sería absolutamente imposible adoptar los modos de vida, o reconciliar nuestras pasiones con los modos de pensamiento de los Vril-ya, que llegué a la convicción de que este pueblo —aunque originalmente no solo de nuestra raza humana, sino, como me parece claro por las raíces de su lengua, descendiente de los mismos ancestros que la gran familia aria, de la cual fluyó en diversas corrientes la civilización dominante del mundo; y habiendo, según sus mitos y su historia, pasado por fases de sociedad que nos resultan familiares,— se había desarrollado en una especie distinta con la que era imposible que cualquier comunidad del mundo superior pudiera amalgamar: y que si alguna vez surgieran desde esos recovecos oscuros hasta la luz del día, según sus propias creencias tradicionales sobre su destino final, destruirían y reemplazarían nuestras variedades existentes de hombre.

En efecto, podría decirse, puesto que más de una Gy podría concebir una predilección por un tipo tan ordinario de nuestra raza supraterrrestre como yo, que incluso si los Vril-ya aparecieran sobre la superficie, podríamos salvarnos de la exterminación mediante la mezcla de razas. Pero esta es una creencia demasiado optimista. Ejemplos de tal '*mestizaje*' serían tan raros como los matrimonios mixtos entre los

emigrantes anglosajones y los indios rojos. Tampoco se daría tiempo para el ejercicio de la interacción familiar. Los Vril-ya, al emerger, inducidos por el encanto de un cielo soleado a formar sus asentamientos sobre la tierra, comenzarían de inmediato la obra de destrucción, se apoderarían de los territorios ya cultivados y expulsarían, sin escrúpulos, a todos los habitantes que resistieran esa invasión. Y considerando su desprecio por las instituciones del Koom-Posh o Gobierno Popular, y el valor combativo de mis amados compatriotas, creo que si los Vril-ya aparecieran por primera vez en la América libre —como, siendo la porción más selecta de la tierra habitable, sin duda se verían inducidos a hacerlo— y dijeran: «Tomamos este cuarto del globo; ciudadanos de un Koom-Posh, abran paso al desarrollo de especies en el Vril-ya», mis valientes compatriotas mostrarían resistencia, y no quedaría ni un alma de ellos en esta vida para unirse en torno a la bandera de las barras y las estrellas al final de la semana.

Ahora veía muy poco a Zee, salvo en las comidas, cuando la familia se reunía, y entonces se mostraba reservada y silenciosa. Mis temores de peligro por un afecto que tan poco había fomentado o merecido se desvanecieron, pero mi abatimiento seguía aumentando. Anhelaba escapar al mundo exterior, pero me devanaba los sesos en vano buscando la manera de lograrlo. Nunca se me permitía salir solo, así que ni siquiera podía visitar el lugar donde había aterrizado para ver si era posible volver a subir a la mina. Ni

siquiera durante las horas de silencio, cuando la casa dormía profundamente, podía bajar del elevado piso donde se encontraba mi habitación. No sabía cómo controlar los autómatas que me vigilaban burlonamente junto a la pared, ni podía averiguar el mecanismo que ponía en movimiento las plataformas que hacían las veces de escaleras. El conocimiento para usar estos mecanismos me había sido ocultado deliberadamente. ¡Oh, si tan solo hubiera aprendido a usar las alas, tan libremente aquí al servicio de cada infante, entonces podría haber escapado de la ventana, recuperado las rocas y elevado a través del abismo cuyas paredes perpendiculares impedían que el pie humano pudiera pisar!

CAPÍTULO XXVII

Un día, mientras estaba sentado solo y meditando en mi habitación, Tae entró volando por la ventana abierta y se posó en el sofá junto a mí. Siempre me complacían las visitas de un niño, en cuya compañía, si bien humilde, me sentía menos eclipsado que en la del Ana, que ya había completado su educación y madurado su entendimiento. Y como se me permitía salir a pasear con él como compañero, y como anhelaba regresar al lugar donde había descendido al inframundo, me apresuré a preguntarle si tenía tiempo para dar un paseo más allá de las calles de la ciudad. Su semblante me pareció más serio de lo habitual cuando respondió: «*He venido* aquí expresamente para invitarte a salir».

Pronto nos encontramos en la calle, y no habíamos avanzado mucho desde la casa cuando nos topamos con cinco o seis jóvenes Gy-ei, que regresaban del campo con

cestas llenas de flores y cantaban una canción a coro mientras caminaban. Una joven Gy canta más a menudo de lo que habla. Se detuvieron al vernos, dirigiéndose a Tae con familiar amabilidad, y a mí con la cortés galantería que distingue a las Gy-ei en su trato hacia el sexo más débil.

Y aquí puedo observar que, si bien una Gy virgen es tan franca en su cortejo hacia el individuo que le agrada, nada se compara con la amplitud y la elocuencia que muestran las jóvenes de raza anglosajona, a quienes se les otorga el distinguido epíteto de «fast» [rápido], hacia los jóvenes caballeros a quienes no profesan amar. No: el comportamiento de las Gy-ei hacia los hombres comunes es muy similar al de los hombres de alta alcurnia en las sociedades galantes del mundo superior hacia las damas a quienes respetan pero no cortejan; deferente, halagador, exquisitamente refinado; lo que podríamos llamar «caballeroso».

Ciertamente me molestó un poco la cantidad de cosas corteses dirigidas a mí como *amado* que me dijeron estas jóvenes y corteses Gy-ei. En el mundo del que vengo, un hombre se habría sentido agraviado, tratado con ironía, irritado (si es que se puede permitir una palabra de jerga tan vulgar, por la autoridad de los novelistas populares que la usan tan libremente), cuando una bella Gy me felicitaba por la frescura de mi tez, otra por la elección de colores de mi vestido, una tercera, con una sonrisa astuta, por las conquistas que había hecho en el entretenimiento de Aph-

Lin. Pero yo ya sabía que todo ese lenguaje era lo que los franceses llaman *banal*, y no hacía más que expresar en la boca femenina, bajo tierra, ese tipo de deseo de parecer amable con el sexo opuesto que, sobre la tierra, la costumbre arbitraria y la transmisión hereditaria demuestran en la boca del hombre. Y del mismo modo que una joven de alta alcurnia, por encima de la tierra, acostumbrada a tales halagos, siente que no puede, sin incorrección, devolverlos, ni mostrar gran satisfacción al recibirlos; así que yo, que había aprendido modales en casa de un ministro tan rico y digno de aquella nación, no pude más que sonreír y tratar de lucir guapo, rechazando tímidamente los halagos que me prodigaban. Mientras hablábamos, la hermana de Tae, al parecer, nos vio desde las habitaciones superiores del Palacio Real, a la entrada de la ciudad, y, desplegando sus alas, descendió en medio del grupo.

Dirigiéndose a mí en particular, dijo, aunque todavía con la inimitable deferencia de modales que he llamado "caballeresca", pero no sin cierta brusquedad de tono que, al dirigirse al sexo débil, Sir Philip Sidney podría haber calificado de "rústica", "¿Por qué nunca vienes a vernos?".

Mientras yo reflexionaba sobre la respuesta adecuada a esta pregunta inesperada, Tae dijo rápida y severamente: «Hermana, olvidas que el extraño es de mi sexo. No corresponde a las personas de mi sexo, teniendo en cuenta

la reputación y la modestia, rebajarse buscando compañía como la tuya».

Este discurso fue recibido con evidente aprobación por las joven Gy-ei en general; pero la hermana de Tae parecía muy avergonzada. ¡Pobrecita! ¡Y encima una princesa!

Justo en ese instante, una sombra se proyectó entre el grupo y yo; y, volteándome, vi al magistrado principal acercándose a nosotros con el paso silencioso y solemne propio de los Vril-ya. Al ver su rostro, el mismo terror que me había invadido al verlo por primera vez regresó. En esa frente, en esos ojos, había algo indefinible que caracterizaba a una raza fatal para la nuestra: esa extraña expresión de serena exención de nuestras preocupaciones y pasiones comunes, de un poder superior consciente, compasivo e inflexible como el de un juez que dicta sentencia. Me estremecí y, agachándome, apreté el brazo de mi amigo niño y lo arrastré en silencio. El Tur se interpuso en nuestro camino, me observó un momento sin decir palabra, luego dirigió su mirada con calma al rostro de su hija y, con un grave saludo a ella y a las demás Gy-ei, pasó entre el grupo, aún sin pronunciar palabra.

CAPÍTULO XXVIII

Cuando Tae y yo nos encontramos solos en el ancho camino que se extendía entre la ciudad y el abismo por el que había descendido a esta región bajo la luz de las estrellas y el sol, dije en voz baja: «Hijo y amigo, hay una mirada en el rostro de ese An que me horroriza. Siento como si, en su terrible tranquilidad, hubiera contemplado la muerte».

Tae no respondió de inmediato. Parecía agitado, como si estuviera debatiendo consigo mismo qué palabras usar para suavizar una información desagradable. Finalmente, dijo: «Ninguno de los Vril—ya teme a la muerte, ¿y tú?».

El temor a la muerte está arraigado en el corazón de la raza a la que pertenezco. Podemos vencerlo a la llamada del deber, del honor, del amor. Podemos morir por una verdad, por una patria, por aquellos que nos son más queridos que

nosotros mismos. Pero si la muerte me amenaza de verdad aquí y ahora, ¿dónde están las acciones que contrarresten el instinto natural que infunde asombro y terror ante la contemplación de la separación entre el alma y el cuerpo?

Tae pareció sorprendido, pero había una gran ternura en su voz cuando respondió: «Le diré a mi padre lo que dices. Le rogaré que te perdone la vida».

“¿Entonces ya ha decretado destruirla?”

—Es culpa o necesidad de mi hermana —dijo Tae con cierta petulancia—. Pero esta mañana habló con mi padre; y, después de que ella hablara, él me llamó, como jefe entre los niños encargados de acabar con las vidas que amenazan a la comunidad, y me dijo: «Toma tu bastón vril y busca al forastero que se ha ganado tu afecto. Que su final sea rápido y sin dolor».

—Y —balbuceé, apartándome del niño—, ¿y es, entonces, para mi asesinato por lo que me has invitado tan traicioneramente a salir? No, no puedo creerlo. No puedo pensar que seas culpable de tal crimen.

“No es un delito matar a quienes amenazan el bien de la comunidad; lo que sí sería un delito es matar al insecto más pequeño que no puede hacernos daño.”

Si crees que amenazo el bien de la comunidad porque tu hermana me honra con la misma preferencia que un niño

siente por un juguete extraño, no es necesario matarme. Permíteme regresar con la gente que dejé atrás, por el abismo por el que descendí. Con un poco de ayuda tuya, podría hacerlo ahora. Tú, con la ayuda de tus alas, podrías sujetar a la cornisa rocosa del abismo la cuerda que encontraste y que sin duda has conservado. Haz solo eso; ayúdame a llegar al lugar de donde descendí, y desapareceré de tu mundo para siempre, tan seguro como si estuviera entre los muertos.

«¡El abismo por el que descendiste! Mira a tu alrededor; ahora estamos justo donde se abría. ¿Qué ves? Solo roca sólida. El abismo se cerró, por orden de Aph-Lin, tan pronto como se estableció comunicación entre él y tú en tu trance, y él supo de tus propios labios la naturaleza del mundo del que provenías. ¿No recuerdas cuando Zee me pidió que no te interrogara sobre ti mismo ni sobre tu raza? Al despedirme de ti aquel día, Aph-Lin me abordó y me dijo: “Ningún camino entre el hogar del extraño y el nuestro debe quedar sin cerrar, o la tristeza y la maldad de su hogar podrían descender al nuestro. Toma contigo a los hijos de tu banda, golpead las paredes de la caverna con los bastones de vril hasta que la caída de sus fragmentos llene cada rendija por la que pudiera colarse un rayo de nuestras lámparas”.

Mientras el niño hablaba, me quedé atónito ante las rocas ciegas que tenía delante. Enormes e irregulares, las masas de granito, que mostraban una decoloración carbonizada

donde se habían roto, se elevaban desde los cimientos hasta la cima; ¡ni una sola grieta!

«Se ha desvanecido toda esperanza», murmuré, hundiéndome en el rocoso arcén, «y jamás volveré a ver el sol». Me cubrí el rostro con las manos y oré a Aquel cuya presencia tantas veces había olvidado cuando los cielos anunciaban su obra. Sentí su presencia en las profundidades de la Tierra y en medio del mundo de la tumba. Levanté la vista, reconfortado y fortalecido por mis oraciones, y mirando con una suave sonrisa al rostro del niño, dije: «Ahora, si has de matarme, hazlo».

Tae negó suavemente con la cabeza. —No —dijo—, la petición de mi padre no es tan formal como para no dejarme otra opción. Hablaré con él y tal vez logre salvarte. Es extraño que tengas ese miedo a la muerte que creíamos propio de las criaturas inferiores, a quienes no se les ha concedido la certeza de otra vida. Con nosotros, ni un bebé conoce tal temor. Dime, mi querido Tish —continuó, tras una breve pausa—, ¿te reconciliaría más partir de esta forma de vida a aquella que yace al otro lado del momento llamado «muerte» si te acompañara en tu viaje? Si es así, le preguntaré a mi padre si me está permitido ir contigo. Pertenezco a una generación, destinada a emigrar, cuando tenga edad para ello, a regiones desconocidas de este mundo. Preferiría emigrar ahora mismo a regiones desconocidas, en otro mundo. El Todopoderoso está allí tanto como aquí. ¿Dónde no está?

—Hijo mío —dije, viendo en el rostro de Tae que hablaba con total seriedad—, es un crimen que me mates; sería un crimen igual de grave que yo te dijera: «Mátate». El Todopoderoso elige su momento para darnos la vida y su momento para quitárnosla. Volvamos atrás. Si, al hablar con tu padre, decide mi muerte, dame el mayor aviso posible para que pueda prepararme durante un tiempo.

Regresamos a la ciudad caminando, conversando a ratos. No lográbamos entendernos, y sentí lástima por aquel niño rubio, de voz suave y rostro hermoso, como un condenado siente lástima por el verdugo que lo acompaña al lugar de su ejecución.

CAPÍTULO XXIX

En medio de esas horas reservadas para dormir y que conforman la noche del Vril-ya, una mano sobre mi hombro me despertó del sueño interrumpido en el que acababa de caer. Me sobresalté y vi a Zee de pie a mi lado.

—Silencio —dijo en un susurro—; que nadie nos oiga. ¿Acaso crees que he dejado de velar por tu seguridad porque no pude ganarme tu amor? He visto a Tae. No ha logrado convencer a su padre, quien, mientras tanto, consultó con los tres sabios a quienes consulta en asuntos dudosos, y siguiendo su consejo, ha decretado que perezcas cuando el mundo vuelva a la vida. Yo te salvaré. Levanta y vístete.

Zee señaló una mesa junto al sofá donde vi la ropa que llevaba puesta al abandonar el mundo de los vivos, y que luego cambié por las vestimentas más pintorescas de los

Vril-ya. La joven Gy se dirigió entonces a la ventana y salió al balcón, mientras yo, apresuradamente y con asombro, me vestía. Cuando me reuní con ella en el balcón, su rostro estaba pálido y rígido. Tomándome de la mano, dijo suavemente: «*Mira* con qué brillantez el arte de los Vril-ya ha iluminado el mundo en el que habitan. Mañana ese mundo será oscuro para mí». Me condujo de vuelta a la habitación sin esperar mi respuesta, y de allí al pasillo, desde el cual descendimos al vestíbulo. Pasamos por las calles desiertas y por el ancho camino ascendente que serpenteaba bajo las rocas. Aquí, donde no hay ni día ni noche, las Horas Silenciosas son inefablemente solemnes; el vasto espacio iluminado por la habilidad mortal está completamente desprovisto de la vista y el movimiento de la vida mortal. Suaves como eran nuestros pasos, sus sonidos molestaban al oído, como en desarmonía con el reposo universal. Yo era consciente, aunque Zee no lo dijera, de que había decidido ayudarme a regresar al mundo superior, y que nos dirigíamos hacia el lugar del que había descendido. Su silencio me contagió y dominó el mío. Y ahora nos acercábamos al abismo. Se había reabierto; no presentaba, ciertamente, el mismo aspecto que cuando había emergido de él, pero, a través de aquella pared de roca cerrada ante la cual había estado por última vez con Tae, se había abierto una nueva grieta, y a lo largo de sus lados ennegrecidos aún brillaban Chispas y brasas humeantes. Sin embargo, mi mirada hacia arriba no podía penetrar más que unos pocos metros en la oscuridad del vacío hueco, y me quedé

consternado, preguntándome cómo iba a realizar aquel sombrío ascenso.

Zee adivinó mi duda. «No temas», dijo con una leve sonrisa; «tu regreso está asegurado. Comencé esta obra cuando empezaron las Horas Silenciosas, y todos dormían; créeme que no me detuve hasta que el camino de regreso a tu mundo estuvo despejado. Estaré contigo un poco más. No nos separaremos hasta que digas: “Vete, pues ya no te necesito”».

Estas palabras me llenaron el corazón de remordimiento. —exclamé—. '¡Ojalá fueras de mi raza o yo de la tuya, entonces nunca diría: 'Ya no te necesito'!)

“*Te bendigo* por esas palabras, y las recordaré cuando te hayas ido”, respondió la Gy con ternura.

Durante este breve intercambio de palabras, Zee se había apartado de mí, encorvada y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Ahora, se irguió en toda su majestuosa estatura y se plantó frente a mí. Mientras había estado apartada de mi mirada, había iluminado la diadema que llevaba en la frente, de modo que resplandecía como una corona de estrellas. No solo su rostro y su figura, sino también la atmósfera a su alrededor, se iluminaron con el resplandor de la diadema.

—Ahora —dijo ella—, abrázame por primera y última vez. No, así; ánimo, y aférrate con fuerza.

Mientras hablaba, su forma se dilató, las vastas alas se expandieron. Aferrado a ella, me sentí como en casa, elevado a través del terrible abismo. La luz estrellada de su frente se extendió a nuestro alrededor y delante de nosotros a través de la oscuridad. Brillante, firme y veloz como un ángel puede elevarse hacia el cielo con el alma que rescata de la tumba, fue el vuelo de Gy, hasta que oí a lo lejos el murmullo de voces humanas, los sonidos del trabajo humano. Nos detuvimos en el suelo de una de las galerías de la mina, y más allá, en el paisaje, ardían las tenues, raras y débiles lámparas de los mineros. Entonces solté mi agarre. Gy me besó apasionadamente en la frente, con la pasión de una madre, y dijo, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos: «Adiós para siempre. No me dejarás entrar en tu mundo; jamás podrás regresar al mío. Antes de que nuestra casa despierte de su letargo, las rocas habrán vuelto a cerrar el abismo, para que yo no lo vuelva a abrir, ni quizás otros, durante siglos aún incalculables. Piensa en mí de vez en cuando, y con cariño. Cuando alcance la vida que yace más allá de este instante en el tiempo, te buscaré. Incluso allí, el mundo que te pertenece a ti y a tu pueblo puede tener rocas y abismos que lo separen de aquel en el que me reúna con los de mi raza que me precedieron, y puede que sea incapaz de abrirme camino para recuperarte, como me he abierto camino para perderte».

Su voz cesó. Oí el susurro de sus alas, como el de un cisne, y vi los rayos de su diadema estrellada alejarse cada vez más entre la penumbra.

Me senté un rato, sumido en la tristeza; luego me levanté y caminé lentamente hacia el lugar donde oía voces. Los mineros que encontré me resultaban extraños, de otra nacionalidad. Se volvieron para mirarme con cierta sorpresa, pero al ver que no podía responder a sus breves preguntas en su idioma, retomaron su trabajo y me dejaron pasar sin ser molestado. Finalmente, regresé a la entrada de la mina, sin mayores problemas con otros interrogatorios, salvo los de un funcionario amigo que me conocía, y por suerte estaba demasiado ocupado para hablar mucho conmigo. Me aseguré de no regresar a mi antiguo alojamiento, sino que me apresuré ese mismo día a abandonar un vecindario donde no habría podido eludir por mucho tiempo las preguntas a las que no habría podido dar respuestas satisfactorias. Regresé sano y salvo a mi país, donde he vivido plácidamente durante mucho tiempo y me he dedicado a los negocios, hasta que me retiré, con una buena fortuna, hace tres años. He recibido pocas invitaciones y pocas tentaciones de hablar de las andanzas y aventuras de mi juventud. Algo decepcionado, como la mayoría de los hombres, en asuntos relacionados con amor familiar y vida doméstica, a menudo pienso en la joven Gy mientras estoy solo por la noche, y me pregunto cómo pude haber rechazado tal amor, sin importar los peligros que lo

acecharan o las condiciones que lo restringieran. Solo que, cuanto más pienso en un pueblo que se desarrolla con serenidad, en regiones excluidas de nuestra vista y consideradas inhabitables por nuestros sabios, poderes que superan nuestros modos de fuerza más disciplinados, y virtudes a las que nuestra vida, social y política, se vuelve antagónica en proporción al avance de nuestra civilización, más fervientemente ruego que transcurran siglos antes de que aparezcan a la luz del sol nuestros inevitables destructores. Sin embargo, habiendo sido informado francamente por mi médico de que padezco una dolencia que, aunque produce poco dolor y no da señales perceptibles de su avance, puede ser fatal en cualquier momento, he considerado mi deber para con mis semejantes dejar constancia de estas advertencias sobre El Regreso.

FIN



ACERCA DEL AUTOR

EDWARD GEORGE EARLE BULWER-LYTTON, primer barón Lytton (Londres, 25 de mayo de 1803-Torquay, 18 de enero de 1873), fue un poeta, novelista, dramaturgo, político y periodista británico. Lytton fue un popular escritor de su tiempo que acuñó frases como «La pluma es más fuerte que la espada» y «Perseguir al todopoderoso dólar». Hoy se recuerda mejor su tópico: «Era una noche oscura y tormentosa...».

Su hijo Robert Bulwer-Lytton, primer conde de Lytton, fue virrey de la India desde 1876 a 1880.

Orígenes y formación

Hijo menor del general William Earle Bulwer, de Heydon Hall y Wood Dalling (Norfolk), nació en Londres el 25 de mayo de 1803. Tuvo dos hermanos: William (1799-1877) y Henry (posteriormente Lord Dalling, 1801-1872). El padre de Bulwer murió cuando el muchacho tenía cuatro años de edad. Su madre, Elizabeth Barbara, hija de Richard Warburton Lytton, de Knebworth (Hertfordshire), se estableció en Londres tras la muerte de su esposo. Bulwer, que era delicado y neurótico, dio pruebas de un talento precoz y fue enviado a varios internados, donde siempre estaba descontento, hasta que en el centro de un tal Mr. Wallington en Ealing encontró en su maestro a un oyente comprensivo y admirativo.

En 1822 ingresó en el Trinity College, Cambridge, pero enseguida se trasladó al Trinity Hall. En 1825 ganó un premio de poesía, la Chancellor's Medal for English Verse. Al año siguiente se licenció en Artes, publicando un librito de poemas: *Weeds and Wild Flowers*. Pasó brevemente por el ejército y, contra los deseos de su madre, contrajo matrimonio con Rosina Doyle Wheeler. Su madre, entonces, le retiró la asignación económica, y Lytton tuvo que ponerse

a trabajar. En 1836, tras una tormentosa relación, se separó de su mujer. Tres años más tarde ella publicó una novela en la que caricaturizó a su marido. Estos ataques se prolongaron durante años.

En 1831 resultó elegido para el Parlamento, puesto que conservó durante nueve años. Su carrera política se prolongó en el tiempo y no hizo más que prosperar, haciéndole merecedor, entre otros nombramientos, del de Secretario de Estado para las Colonias (1858).

Su carrera literaria se inició en 1820, con sus primeros poemas. Escribió en una gran variedad de géneros, incluyendo ficción histórica, misterio, novela romántica, ocultismo y ciencia ficción.

De sus relatos macabros, como la novela *Zanoni* o los cuentos *Strange story* y *La casa y el cerebro*, señaló H. P. Lovecraft, en su ensayo *El horror sobrenatural en la literatura*, que «pese a sus fuertes dosis de retórica y de hueco romanticismo, el éxito de sus escritos es innegable merced a su habilidad para tejer una cierta clase de singular encantamiento».